

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

158

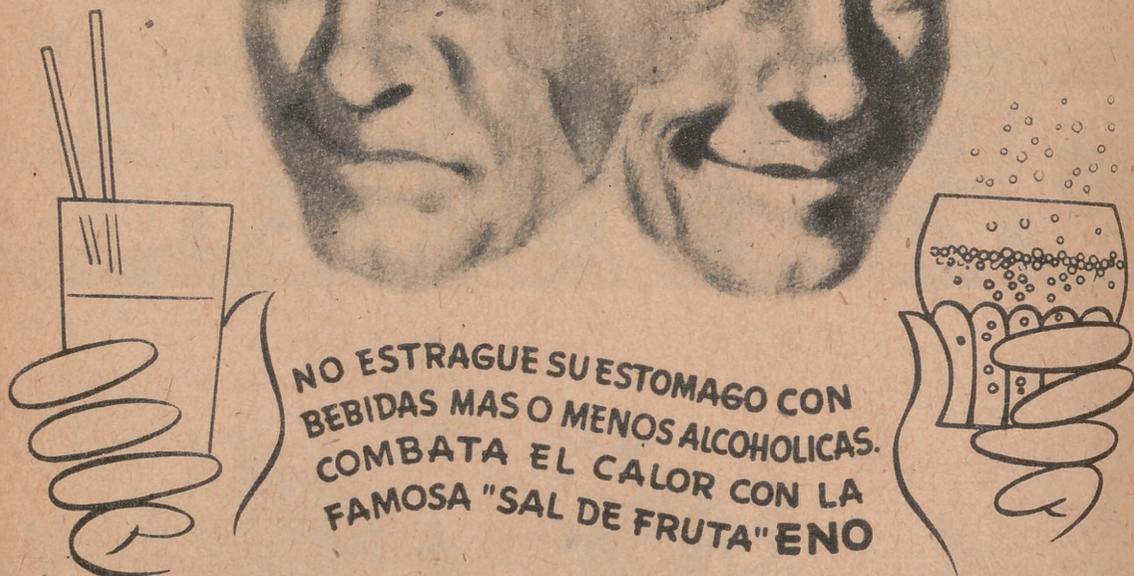
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 27 julio 2 agosto 1958 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Época Núm. 504 M 58.69 - Depósito

O. M. ZONA DE PELIGRO



SON COMUNES LOS INTERESES DE ORIENTE MEDIO Y OCCIDENTE



Evite el abuso de helados y de bebidas alcohólicas. Un vaso de agua fría, unas gotas de limón y una cucharadita de ENO, refresca la sangre y estimula las defensas naturales contra el calor.

"Sal de Fruta" ENO es un producto consagrado por la experiencia de cerca de un siglo de consumo en todo el mundo. Posee en forma conveniente y concentrada muchas de las propiedades de la fruta fresca y madura.

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

EL REFRESCO QUE CALMA LA SED FISIOLÓGICAMENTE

Laboratorio : FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid

O. M.

ZONA DE PELIGRO

SON COMUNES LOS INTERESES DE ORIENTE MEDIO Y OCCIDENTE

DESDE Nicosia a Amman hay un vuelo sobre el Mediterráneo y las tierras de la Biblia. En pocas horas, las fuerzas británicas han montado un puente aéreo tendido entre la isla y el continente, las montañas y los desiertos.

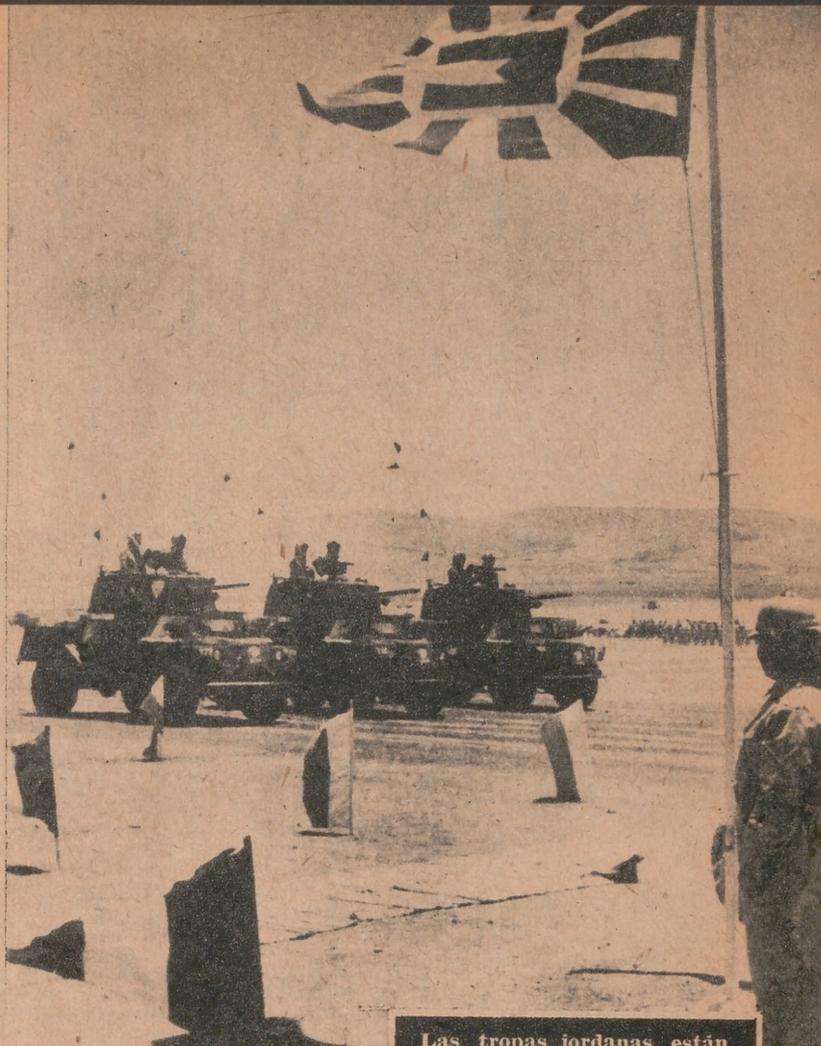
Diez mil «diablos rojos» vigilan ahora, arma al brazo, las tierras de Jordania. Son paracaidistas preparados para el golpe de mano o la defensa personal. Conocen bien el partido que se puede sacar a las armas y las diversas maneras de sobrevivir sin ellas. Son fuerzas de choque llamadas de aquí para allá cuando la situación lo exige.

En el aeropuerto de Amman se concentran numerosos transportes aéreos británicos. Los «diablos rojos» no se han visto obligados a usar el paracaídas, sino que han arribado tranquilamente a la capital de una nación amiga. El día 17, Radio Amman anunciaba a todo el mundo que el rey Hussein había solicitado ayuda militar de los Estados amigos. La demanda, amparada por el artículo número 51 de la Carta de las Naciones Unidas estaba, además, reforzada por la aprobación del Parlamento jordano.

Las gentes de Amman saben ahora que ya no habrá revuelta. Las incitaciones para que el pueblo jordano siga el ejemplo del iraquí, repetidas constantemente por las emisoras del bloque sirio-egipcio no hallarán eco en las tierras de Hussein, Jordania, baluarte de Occidente, ha sido conservada.

SOBOLEV, EN LA O. N. U.

Quince segundos duró la lectura realizada por Sobolev en el Consejo de Seguridad de la moción soviética, por la que se reclamaba la inmediata retirada de las tropas americanas del Líbano.



Las tropas jordanas están preparadas para intervenir en un posible conflicto armado

A las cuatro menos cuarto de la tarde del día 17 se iniciaba así una nueva y más dura fase en el desarrollo de la crisis del Oriente Medio. En su comunicado, Rusia declaraba que no podría permanecer indiferente ante los acontecimientos del Oriente Medio. Por esta causa se reservaba el derecho de adoptar las medidas encaminadas a preservar la paz en aquella zona del mundo.

Sobolev, actual delegado soviético en el Consejo de Seguridad, no ha seguido la norma de sus predecesores en el cargo, en cuanto a portazos, despedidas violentas, ataques groseros y otras muestras de la vieja diplomacia soviética. Él es un hombre untuoso que de una manera suave viene a decir lo mismo que cualquiera de los que le antecedieron. El veto usado ampliamente, la obstrucción sistemática y el cinismo continúan siendo las normas por cuyos cauces se desenvuelve la delegación soviética en el Consejo de Seguridad.

Nadie sabía si aquella nota rusa era un ultimátum en el efectivo sentido de la palabra. Muchos se inclinaban a considerarla legal y efectivamente como una mera indicación de disconformidad, destinada a alentar la resistencia antioccidental en algunas zonas del Oriente Medio.

La Unión Soviética trataba de provocar un agudizamiento de la crisis. Tras la advertencia final se iniciaba el más duro período del conflicto. Durante unas jornadas las armas han reemplazado a la

diplomacia. Importaba menos lo que ocurriera en la O. N. U. o en las Cancillerías que lo que sucediese en los lugares previamente designados como el posible teatro de una lucha armada.

Ahora de nuevo la tensión parece haber cedido, siquiera sea temporalmente. La amenaza de una guerra local o mundial ya no es tan intensa como en pasadas jornadas. Este hecho no puede significar, sin embargo, un posible reblandecimiento de la crisis. Las causas que la motivaron están plenamente vigentes y no será posible hacerlas desaparecer en tanto persista inevitablemente la actitud rusa. Es preciso no olvidar que los motivos reales de discordia que existen en el Oriente Medio están continuamente avivados por la Unión Soviética, única beneficiaria en realidad de todas las disensiones que puedan surgir en estos territorios. La U. R. S. S. no persigue el fortalecimiento del bloque sirio-egipcio, sino la subversión antioccidental en todo el Oriente Medio.

ADANA, PUNTO CLAVE

El día 18 una de las mayores concentraciones aéreas norteamericanas reunidas desde la pasada guerra mundial sobrevolaba Turquía y aterrizaba en la base de Adana.

Precedentes de Alemania y los

CAMINO NUEVO PARA LA PREVISION SOCIAL

HACE veintidós años, cuando los hombres de España reconquistaban su tierra a tiro limpio, a punta de fusil, en las ciudades de la retaguardia otros combates silenciosos, incruentos, comenzaban también a librarse. Eran las batallas y las victorias de la previsión y seguridad social.

En el año 1936, cercano todavía el ronco rumor de las formaciones camino de las trincheras, en la España nacional, por voluntad del hombre que conducía a los ejércitos, se trazaban, con línea clara y orientada, las nuevas tendencias de la previsión española.

Poco a poco, nuevos premios, nuevas prestaciones, nuevos subsidios, fueron incorporándose al disfrute de la masa trabajadora. Un instrumento, dotado de renovada savia, iba haciendo, dentro del lógico poder de las fuerzas humanas, la obra: el Instituto Nacional de Previsión. Y con él, las Mutualidades Laborales, Subsidios a la familia, a la vejez, al matrimonio; seguros contra la enfermedad, contra los accidentes, contra la muerte. Primero, la rama industrial; después, la marinera y campesina. La estrecha base sobre la que naciesen los propósitos resistió firme, como los hormigones duros, y fue admitiendo en su superficie el justo derecho de todos los hombres a estar a cubierto del riesgo, de la enfermedad y del infortunio.

No hace mucho tiempo, los órganos difusores de la información explicaron, con motivo del cincuentenario del I. N. P., el camino avanzado, los finales conseguidos, las orientaciones modificadas. Y ahora, después de cincuenta años de vida de la institución y de veintidós de auténtica y vital fortaleza, la previsión española, en su madurez, coge un rumbo nuevo. El Ministro de Trabajo, en su último mensaje a los trabajadores españoles, hacía notar cómo se ha llevado a cabo últimamente una intensa reorganización de la previsión social española, dándole toda la ágil eficacia que necesitaba, al propio tiempo que se modernizaba y simplificaba su administración.

Para que una idea pueda ser hecha realidad se necesita un brazo, una mano ejecutora. El Instituto Nacional de Previsión y las Mutualidades Laborales, de veintidós años a esta parte, han desarrollado un esfuerzo tan

grandioso que ha sido calificado de «extraordinario e inimaginable» en Congresos y reuniones internacionales en las que se ha tratado de previsión y seguridad social. En menos de un cuarto de siglo, se han planificado y llevado a la total actividad ramas de previsión social de una gigantesca complejidad y envergadura. Esta labor, que forzosamente tenía que tropezar con algunos desfases e incomodaciones propias de la celeridad con que se han puesto sus mecanismos en total funcionamiento, ha tropezado en España en algunos casos con ciertas incomprendiones. Una labor que otros países han tardado casi un siglo en actualizar, el Movimiento Nacional la ha creado precisamente en los veintidós años de su vigencia.

Y ahora la previsión española pasa a la segunda fase, a la de su perfeccionamiento y acomodo conforme a los tiempos y a la experiencia. No son simplemente las nuevas normas de contratación del plan de instalaciones sanitarias, sino la puesta en marcha, en su momento preciso, de una ajustada y exacta política de coordinación, simplificación y abaratamiento de toda la seguridad social española y, lo que es más, de su extensión a los que todavía, por cualquier causa, carezcan o puedan carecer de ella.

Las líneas maestras del Plan Nacional ya estaban fundamentadas y establecidas. Ahora son las piezas menores las que se ponen al compás del tiempo. Un compás que va en beneficio del asegurado. Porque abaratar la administración—a ello responde esas tres mil vacantes del I. N. P. amortizadas en los diez años últimos, en los que, además, no ha habido ningún nuevo nombramiento administrativo—, simplificar el trámite y poner en marcha modernas y amplias instalaciones no son otra cosa que mejoras considerables en prestaciones, en servicios, en ayudas para el beneficiario. Y si en veintidós años la base se fue haciendo cada vez más ancha, más extensa, en la nueva etapa que comienza se hará más rápida, más moderna, más voluminosa. Ciencia cierta y seguridad presiden el proyecto. Porque si veintidós años fueron testigos de lo imposible, ahora, cuando lo difícil está logrado, lo adjetivo estará terminado en las justas y precisas etapas previstas.

Estados Unidos habían acudido los componentes de esta fuerza a la que se ha denominado brigada nuclear. Con los bombarderos supersónicos llegaron también los grandes aviones de transportes, que conducían a 2.000 soldados norteamericanos, que en gran parte habrían de ser trasladados después a Beirut.

Adana es un punto estratégico, que podría convertirse en el centro de todo el despliegue aéreo en el caso de que estallara un conflicto armado en el Oriente Medio. La gran base militar, próxima al golfo de Alejandría, se halla situada a corta distancia de la frontera siria. Desde su aeropuerto los grandes bombarderos de la brigada nuclear pueden cubrir los objetivos de una amplia zona de Europa, Asia y África. Al otro lado de la península de Anatolia, y más allá del mar Negro, está Yalta, la lujosa residencia de verano de Krustchev, situada exactamente a 800 kilómetros de Adana. Siguiendo la línea de la costa, la distancia que existe hasta Damasco, capital de la antigua Siria, hoy englobada en la R. A. U., es solamente de 400 kilómetros en dirección sudeste. A 1.000 kilómetros después de volar sobre el Eufrates, está Bagdad, y más cerca todavía, tan sólo a 800 kilómetros, se hallan las fronteras de la Armenia soviética.

¿Cuál era la razón de tales desplazamientos militares? Una vez más, la explicación de estas medidas estaba en la actitud rusa al otro lado del mar Negro, en el propio Cáucaso y en Bulgaria. El día 17 la Unión Soviética anunciaba la celebración de unas grandes «maniobras» conjuntas que deberían desarrollarse precisamente en zonas próximas al Oriente Medio. En el comunicado oficial se advertía que las maniobras estaban destinadas a mantener a las fuerzas armadas soviéticas «en alta disposición de combate». Claro es que también se cuidaba de señalar que tales movimientos respondían a la convocatoria anual ordinaria de maniobras, sin que tuvieran relación alguna con los sucesos que se desarrollaban en cercanas regiones.

LAS «MANIOBRAS» MILITARES SOVIÉTICAS

Dos de los principales jefes militares soviéticos dirigían los ejércitos de tierra en la Transcaucasia y Turquestán, zonas ambas próximas a Turquía: Cyril Maretskov, que mandó durante la guerra el frente de Leningrado, y el mariscal Grechko, antiguo comandante en jefe de las fuerzas rusas en Alemania, en la actualidad primer adjunto del ministro de Defensa.

Mientras tanto, las unidades de la flota soviética del mar Negro iniciaban movimientos conjuntos frente a las costas de Turquía, y en Bulgaria se estacionaban grandes contingentes de paracaidistas rusos.

La razón de tales despliegues de fuerzas que contrastan duramente con el supuesto pacifismo de las declaraciones oficiales estriba en el deseo de amedrentar a Turquía. Si esta nación hubiera cedido un tanto en su adhesión a Occidente ante el temor de una posible invasión es muy posible



Después del triunfo de la revolución las turbas se manifiestan en las calles de Bagdad

que otro tanto hubiera podido suceder en el Irán.

Los efectivos terrestres que toman parte en tales maniobras han sido estimados en unas catorce divisiones; sin embargo, la constante afluencia de nuevos contingentes hace creer a los observadores que tales efectivos ascenderán en pocos días a un total de treinta divisiones.

La flota del mar Negro, bajo el mando del almirante Kasatonov, se compone de diez cruceros, setenta destructores y 150 submarinos. Por su parte y como directa amenaza al Irán las flotillas soviéticas del mar Caspio han iniciado al mismo tiempo otras «maniobras».

Junto a este despliegue de fuerzas, la U. R. S. S. prepara el apoyo a la R. A. U. El día 17 se reunieron durante tres horas en El Cairo el mariscal Hakin Amer, comandante en jefe de las fuerzas armadas de la R. A. U., y el mariscal Rudenko, jefe supremo de la Aviación soviética. Tras el reconocimiento del Gobierno del Iraq por parte de la U. R. S. S., aquél podría invocar de Rusia la pertinente ayuda militar. Careciendo ambos países de fronteras comunes las tropas rusas habrían de atravesar el Irán, ya que Turquía se mostraría aún más hostil a esta tentativa.

De acuerdo con un tratado ruso-soviético, firmado en 1921, la Unión Soviética está autorizada a penetrar en el territorio del Irán si una potencia extranjera amenaza las fronteras de la U. R. S. S. o de sus aliados y si el Gobierno persa se muestra impotente para contener tal amenaza. Es muy posible que la U. R. S. S. invocara en la actualidad este tratado para desarrollar su nueva tentativa belicista.

Todas estas razones son las que han movido a los Estados Unidos a realizar a su vez el desplazamiento de tropas como una seria advertencia a los dirigentes comunistas. La proximidad de las fuerzas americanas y de los bombardeos atómicos podrá inducir a Rusia a detener sus propósitos imperialistas en el Oriente Medio.

NASSER, EN MOSCÚ

La Unión Soviética ha necesitado tres días para poner a punto su máquina propagandística y definir su actitud con respecto a la crisis del Oriente Medio. Los observadores occidentales coinci-

den en afirmar la desorientación de los diplomáticos rusos en las primeras horas de la crisis; su actitud revelaba bien a las claras que aún no habían recibido instrucciones de Moscú.

El propio embajador soviético en la O. N. U., Sobolev, se limitó a repetir los habituales tópicos de la propaganda comunista cuando la arribada de los «marines» americanos al Líbano puso de relieve la firme actitud de Occidente.

Finalmente, el día 17, la agencia semioficial de noticias, Oriente Medio daba la explicación de tal silencio. Nasser había



En la frontera con el Iraq, las tropas jordanas se hallan en estado de alarma en prevención de un posible ataque

permanecido durante aquel tiempo conferenciando con los dirigentes soviéticos.

El día 14, el jefe del Gobierno egipcio abandonaba precipitadamente el puerto de Pola, en Yugoslavia, y escoltado por destructores egipcios se dirigía aparentemente hacia Alejandría. A la extrañeza de que Nasser en los días subsiguientes no hubiera sido visto en la capital de Egipto sucedió después la sorpresa producida por la noticia de que el barco en que viajaba había cambiado de rumbo en alta mar, dirigiéndose hacia Latakia, un puerto sirio a 120 millas al norte de Beirut. Desde allí y en un avión ruso se trasladó inmediatamente a la Unión Soviética. Las conversaciones mantenidas con Krustchev en Moscú han totalizado dieciséis horas, durante cuyo tiempo ambos dirigentes prepararon su posición con respecto a la crisis del Oriente Medio.

POLITICA INGLESA EN EL ORIENTE MEDIO

La revolución iraquí del lunes 14 de julio de 1958 desmantelaba todo el armazón político sobre el que se alzaba la influencia occidental en el Oriente Medio. Era el más seguro y también el más mimado bastión de los intereses británicos en aquellos territorios. Era este uno de los golpes más dolorosos sufridos por Londres desde que en tiempos de la guerra de Crimea Inglaterra dejó sentir el peso de su poderío en los pueblos árabes. Para Londres el máximo objetivo a defender en esas arenas recalentadas era entonces evitar que Rusia amenazara con su presencia en el Oriente Medio las comunicaciones de la metrópoli con el Imperio de la India.

En la primera guerra mundial los vencedores se repartieron se-

cretamente las antiguas provincias turcas del Asia occidental. Al mismo tiempo, anunciaban su apoyo para la creación de un Estado árabe independiente y para la creación de un hogar judío en Palestina. Cuando termina esa contienda Londres se percata del interés que encierra el Oriente Medio como fuente de petróleo y convien con París el reparto de aquellos territorios en diferentes mandatos. El primer resultado de esta política, que no respetó las promesas hechas, fué que el nacionalismo árabe empezó a ser antibritánico y antifrancés, sin perdonar nunca el fraccionamiento impuesto por esas dos potencias.

Después de la segunda guerra mundial, el Foreign Office, regido por Ernest Bevin, dicta las líneas de la nueva política inglesa en el Oriente Medio. Se apoya ésta en dos puntos principales: el control de las instalaciones petrolíferas y el alejamiento de Rusia de esos territorios. Se procuró llevar a la práctica esos principios cultivando la amistad de los árabes y ofreciéndoles la completa independencia de los antiguos mandatos. Al mismo tiempo se intentaba asociar a los nuevos pueblos con los intereses económicos del mundo occidental, para evitar la penetración soviética en la zona.

La agitada historia de los años posteriores a la segunda guerra mundial constituye el resumen de los intentos para desarrollar esa política. Pero sus contradicciones y la interferencia comunista han hecho evolucionar los acontecimientos por derroteros muy distintos a los que en un día no lejano se marcó Londres.

LOS DOS BLOQUES DEL MUNDO ARABE

Contradicciones las había en proporciones notables. Se podía

dar por descontado que no se lograría la amistad de los pueblos árabes desde el minuto y hora en que las potencias occidentales favorecían la creación del Estado judío de Israel (mayo de 1948).

Al perder Gran Bretaña el Imperio de la India (1947) se creyó en Londres que con mantener una base militar en la zona del Canal sus intereses estarían suficientemente amparados. Fué entonces cuando la política británica entró en colisión con la egipcia, hasta que en diciembre de 1954, en gesto de buena voluntad, Londres suscribió el compromiso de retirarse de aquella zona.

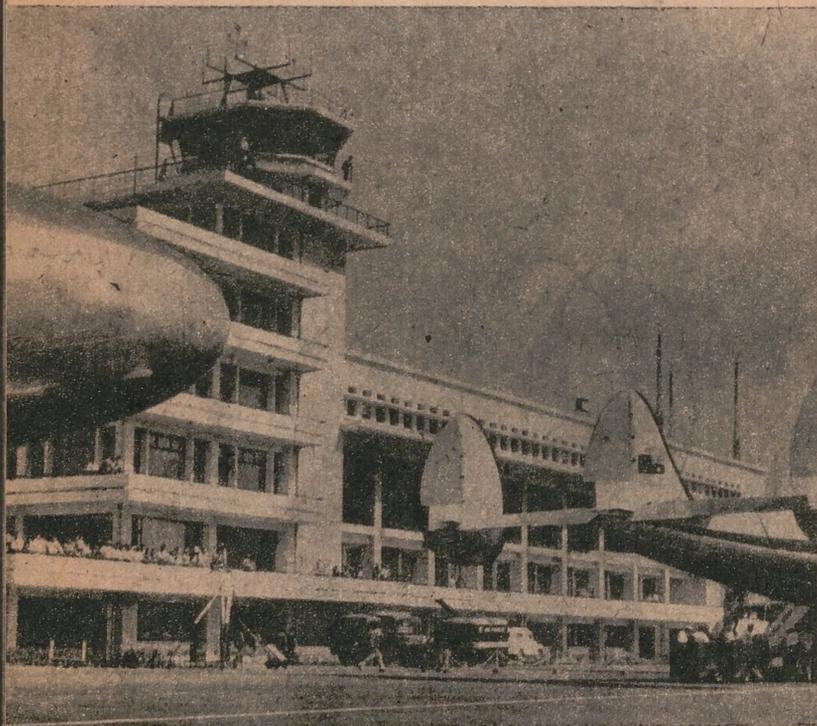
Los esfuerzos para alejar a Rusia del Oriente Medio fueron causa también de otros nuevos conflictos. En 1955, el Pacto de Bagdad, de carácter defensivo anti-soviético, agrupaba en un bloque a Turquía, Iraq, Persia y Pakistán. Pero esto también implicaba la escisión del mundo árabe en torno a dos polos: El Cairo y Bagdad, agudizándose esta rivalidad con la ascensión al Poder del coronel Nasser. Desde julio de 1952, este dirigente se convirtió en el símbolo de las aspiraciones árabes por la unidad.

Londres intentó llegar a una armonía con El Cairo y en noviembre de 1955 se comprometió a retirarse inmediatamente del Canal y a financiar con Norteamérica el proyecto de la presa de Asuan. Pero la actividad de que daban muestras ya por esos días los agentes de Moscú y el envío de armas rusas, determinaron una marcha atrás en esa política de apaciguamiento. La respuesta de El Cairo fué la nacionalización del Canal. Después de esto, el objetivo de la política británica fué oponerse a Nasser y en este camino se llegó a la crisis de Suez (1956).

En 1957 se va delimitando la división del mundo árabe en dos bloques: uno de ellos, partidario del político egipcio, y el otro, de las potencias occidentales. El problema queda planteado tan hondamente, que la hostilidad entre los dos sectores se agudiza.

Es en febrero de este año cuando el coronel Nasser se apunta el importante triunfo de la constitución de la República Árabe Unida, que recoge a Siria. El Cairo presenta este logro como la piedra maestra en que ha de apoyarse la unidad árabe. Y también en febrero de este año, el otro bloque responde a la política egipcia con la creación de una Federación con Iraq y Jordania.

Se agrava la situación cuando el pasado 18 de abril es asesinado en el Líbano el propietario de un periódico pro-Nasser. La agitación cunde por este país, alentada por la radio de El Cairo hasta degenerar en una declarada guerra civil. La oposición exige la dimisión del Presidente Chamoun y que el Gobierno de Beirut dé la vuelta a su política prooccidental. El Jefe del Estado denuncia entonces a Siria y a Egipto por «interferir masivamente» en los asuntos internos del Líbano y pide la ayuda de los países amigos. El envío de observadores por las Naciones Unidas y la visita del secretario general de la Organización no pone fin a los san-



El aeropuerto de Beirut está ya bajo el control de las fuerzas americanas



Los «marines» establecen sus primeros puestos de vigilancia en el Líbano

grientos sucesos del Líbano. En esta situación, inesperadamente, la radio de Bagdad anuncia el 14 de julio un «golpe de Estado» que derriba al régimen iraquí y que instaura una República, presidida por el mayor general Abdul Karim el Kassem. El Rey Feisal, adtío el príncipe hereditario y el primer ministro Nuri Es Said son las primeras víctimas de la revolución.

EL VETO NUMERO 83

Nadie desea tanto que los «marines» se retiren del Líbano como los propios norteamericanos. Ello no significa una modificación de la posición oficial mantenida hasta el momento, sino precisamente la reafirmación de la tesis expuesta en el mensaje de Eisenhower, cuando anunció el envío de tropas, atendiendo a la solicitud del Presidente Chamoun.

Los Estados Unidos desean la inmediata sustitución de sus unidades por una fuerza especial de las Naciones Unidas; en este sentido estaba formulada la moción que presentó Cabot Lodge, delegado americano en el Consejo de Seguridad.

Cuando la propuesta fué sometida a votación, hizo su aparición el veto número 84 de la Unión Soviética, que ha intentado el triunfo de otra moción solicitando la retirada inmediata de los «marines», sin que ninguna fuerza internacional acudiera a reemplazarlos.

Todavía quedaba una tercera propuesta presentada por el Japón, y en la que se pretendía la armonización de estas dos posiciones extremas. En la moción japonesa, como en las dos anteriores, se proponía la inmediata retirada de los «marines», que no serían substituidos por una fuerza especial de la O. N. U., pero que tampoco dejarían el Líbano a merced de la anarquía y la infiltración. Simplemente, el grupo de observadores que hasta ahora había desempeñado su misión en el

Líbano sería ampliado hasta alcanzar una considerable extensión. No podía hablarse de una fuerza especial, aunque de una manera efectiva pudiese llegar a constituirse.

Naturalmente, y como parecía lógico, dada la postura anticonformista de la Unión Soviética, el veto número 85 ha hecho su aparición, frustrando una vez más las esperanzas de un arreglo.

De nuevo queda patente la mala voluntad de Rusia al rechazar esta proposición mediadora, que si no hubiera podido significar la solución completa de la crisis, acarrearía al menos la desaparición de un inmediato peligro de guerra en el Oriente Medio.

El jueves día 24 había de tener lugar la elección de nuevo Presidente del Líbano que sustituyera a Chamoun, tras la terminación de su mandato presidencial. Dos días antes, Adel Ossleran, presidente del Consejo de los Diputados, anunciaba la indefinida suspensión de la elección; aunque no fueron explicados los motivos de tal aplazamiento, éstos resultan obvios. En las circunstancias por las que atravesaba el Líbano, la elección debe ser aplazada. Con la presencia de las tropas norteamericanas, el advenimiento de un nuevo Presidente serviría a los antioccidentalistas para acusar a los Estados Unidos de inmiscuirse en los asuntos internos del Líbano.

NO HUBO CITA EN GINEBRA

Ningún jefe de Gobierno acudió el día 22 a Ginebra. De las cinco personalidades a quien dirigió Krustchev sus divulgadas cartas, sólo dos, Hammarskjöld y Nehru, se han mostrado favorables a la inmediata celebración de las reuniones de alto nivel.

En el ánimo de los occidentales pesa demasiado el recuerdo de Munich. En 1938 también hubo una Conferencia de alto nivel, cuyo resultado inmediato fué tan

sólo el de retrasar la guerra un año y proporcionar una derrota diplomática a Francia e Inglaterra. En líneas generales, los Gobiernos de ambos países se muestran favorables a la celebración de una Conferencia en un plazo más amplio y que pudiera coincidir con la solicitada por los rusos en meses anteriores.

Dada la premura solicitada por el dirigente soviético, los jefes de Gobierno hubieran debido acudir a Ginebra sin hallarse debidamente preparados para discutir los problemas que afectan a todo el Oriente Medio. Por otra parte, faltaba un orden del día que hubiese sido preparado por los ministros de Asuntos Exteriores o los correspondientes embajadores.

Los objetivos de la frustrada Conferencia de Ginebra se centraban en la posibilidad de desunir a los occidentales en su postura conjunta con respecto a Occidente. Contando con el posible apoyo de Nehru, contrario a la intervención occidental de Oriente Medio, y de Hammarskjöld, disgustado con los Estados Unidos después de que éstos desoyeron su informe sobre el Líbano, decidieron enviar tropas a este país a solicitud de Chamoun. Krustchev esperaba obtener resultados muy favorables para la Unión Soviética.

En cualquier caso, la Conferencia de alto nivel daría a Rusia un motivo más para incrementar toda su propaganda.

Como se ha señalado muy bien en los medios occidentales, las Naciones Unidas es el organismo apropiado para resolver estos conflictos y nada se opone a que la categoría de los representantes de cada nación pueda ser elevada en algunas reuniones con la presencia de los propios jefes del Gobierno. No han faltado comentaristas que señalaran la posibilidad de una sesión especial de la Asamblea General, a la que concurrirían todos los jefes de Gobierno de las naciones miembros;

aunque esta reunión no parece que vaya a realizarse, si sería factible la celebración de la Conferencia de alto nivel en el seno del propio Consejo de Seguridad, con la presencia de los «grandes».

En las cartas dirigidas a los occidentales, Krustchev ha dado muestras de una falta de tacto típicamente soviética. Al general De Gaulle le ha recordado las dificultades que Francia encuentra en Argelia y el fracaso de la expedición anglofrancesa de Suez. Igualmente la Embajada soviética en París hizo pública la carta dirigida al jefe del Gobierno francés antes de que éste la hubiera contestado, hecho totalmente inólito en las relaciones entre dos países.

Occidente se ha mostrado partidario de una Conferencia de alto nivel desarrollada dentro del marco de las Naciones Unidas. Con esta contestación a la propuesta rusa, la Unión Soviética fracasa en su propósito de desacreditar a este organismo internacional.

Cabe destacar también en la propuesta de Krustchev para la Conferencia de alto nivel el hecho de que no estuviera incluido Nasser entre los hombres que habrían de estudiar la solución de la crisis. Prescindir del Presidente de la R. A. U. en estas reuniones comprometería gravemente el éxito de las mismas. Cabe también la posibilidad de que Rusia pretendiera arrogarse «de facto» la representación de los intereses sirioegipcios, hecho tanto más peligroso para éstos cuanto que las actividades de la U. R. S. S. estarían directamente encaminadas a lograr los objetivos soviéticos, en probable perjuicio de los árabes.

HUSSEIN NO ATACA A BAGDAD

Hubo un momento en los días de esta grave crisis en que el Rey Hussein pareció decidido a realizar una intervención armada en Iraq. En las Cancillerías occidentales se ha discutido largamente la conveniencia de tal medida, que habría de exigir forzosamente la ayuda militar de Estados Unidos e Inglaterra. El paso no se ha dado y todo tiende a indicar una progresiva consolidación del movimiento republicano de Bagdad.

Después de haber sido reconocido rápidamente por la R. A. U., el Gobierno iraquí obtuvo también el reconocimiento de varios países árabes; poco después se sucedía el de Rusia, hecho que marcaba una clara indicación del deseo de intervenir activamente en la crisis del Oriente Medio. A este reconocimiento seguirían, naturalmente, el de la China comunista, Polonia y Checoslovaquia. Una vez más, los Gobiernos comunistas de los países satélites han demostrado su «disciplina» respecto de las órdenes emanadas de Moscú. Tras esta serie de sucesivos reconocimientos, la intervención para derribar al Gobierno del Iraq hubiera podido acarrear consecuencias imprevisibles, que Occidente ha preferido obviar. Por otra parte, una penetración en Iraq tropezaría con la oposición armada del grueso del Ejército iraquí, leal al Gobierno de Bagdad. Si bien es cierto que los occidentales podrían desarticular rápidamente

estas unidades una incursión en esta nación podría dar lugar al envío de tropas de la R. A. U. y posiblemente de «voluntarios» de las Repúblicas musulmanas soviéticas.

PETROLEO SIN RESTRICCIONES

Para la mayoría de los ingleses los acontecimientos del Líbano, Iraq y Jordania eran sólo una nueva versión de los sucesos de Suez. Sin embargo, las circunstancias actuales son muy diferentes y la sucesión de los hechos muy distinta.

La alegría que experimenta cada británico al ver manar la gasolina por la boca de las mangueras de los surtidores, sin que nadie intente cerrar el grifo, esta vez ha seguido sintiéndose en Inglaterra a pesar de los sucesos del Oriente Medio. La razón de esta abundancia responde a causas bien fundadas.

Los países árabes vienen suministrando el 25 por 100 del total del petróleo que consume el mundo occidental. Las instalaciones de Kuwait, en el golfo Pérsico, no se han visto amenazadas recientemente, y ellas por sí solas proporcionan una tercera parte de aquella cantidad. Además como Persia no ha hecho intento de interrumpir los suministros de Abadan, de aquí que casi la mitad del petróleo del Oriente Medio siga fluyendo para los países libres, sin riesgo próximo de suspender los envíos.

La situación por lo que al suministro de petróleo se refiere muestra asimismo otros aspectos favorables. Aun suponiendo que las fuentes del Iraq y de la Arabia Saudita se cerrasen, lo que supondría una pérdida anual de unos 90 millones de toneladas. Kuwait y Persia podrían muy pronto incrementar su producción en 20 millones de toneladas extra, y se estima que en el transcurso de doce meses conseguirían suplir totalmente la falta de los otros centros de aprovisionamiento del Oriente Medio.

Dato también optimista es que las reservas de petróleo de Europa son muy altas en la actualidad. Además Venezuela, que se ha visto en la necesidad de reducir su producción por la falta de demanda norteamericana en los últimos meses, estaría en condiciones favorables para proporcionar a los países libres muy fuertes contingentes de petróleo. Los Estados Unidos, por su parte, tienen capacidad para situar en el mercado unos 40 millones de toneladas sobre las que viene vendiendo cada año.

No hay razones en las circunstancias actuales para temer la escasez de carburantes líquidos, y mucho más teniendo en cuenta que ni los sirios han tocado los oleoductos que transportan el petróleo del Iraq, ni los egipcios han puesto obstáculos a la navegación por el Canal, ni los sauditas se han negado a suministrar a ningún cliente. Y mayor tranquilidad es aún saber que el mundo libre tiene en estos momentos cinco millones de toneladas de arqueo en petroleros que están amarrados en los puertos por falta de trabajo. A esta inmensa flota de reserva para hacer frente a cualquier contingencia hay que sumar también

el millón de nuevas toneladas de arqueo que se ponen en servicio cada dos meses siguiendo los planes de construcciones navales de los países occidentales.

Por todas estas poderosas razones ninguna mano intentó en los primeros días de la revuelta del Iraq o de los desembarcos angloamericanos cerrar la espita del petróleo. Y por eso también ninguna autoridad británica ha pronunciado una palabra que encierre una amenaza velada de restricción en los suministros. Las ciudades inglesas han seguido así estos días con su problema habitual: el de los humos de los motores, que cubren con una gruesa capa negra cuanto edificio se pone al alcance de la acción de los tubos de escape.

IRAQ HABLA A OCCIDENTE

Las Bolsas internacionales se recuperan lentamente de los bruscos descensos experimentados en los valores petrolíferos durante los primeros días de la crisis iraquí. Ha sido el propio jefe del nuevo Gobierno quien ha contribuido más directamente a esta recuperación de las acciones del petróleo. «¡Por Dios, explicad a Occidente que nosotros somos aún sus amigos!», declaró por teléfono a la Embajada en Londres. Y estas palabras, ampliamente difundidas por el portavoz de la Embajada coronel Abdul Kadir Faik, se han completado con las de este último, que ha señalado la posibilidad de reanudar inmediatamente las relaciones comerciales entre Iraq y Occidente.

Aun cuando los nuevos dirigentes de Bagdad tuvieran la intención de unir el Iraq a la R. A. U., propósito todavía no manifestado, es indudable que no pueden pretender el rompimiento de las relaciones económicas con Occidente. En el recuerdo de todos está el bloqueo impuesto a los bienes egipcios tras los sucesos de Suez.

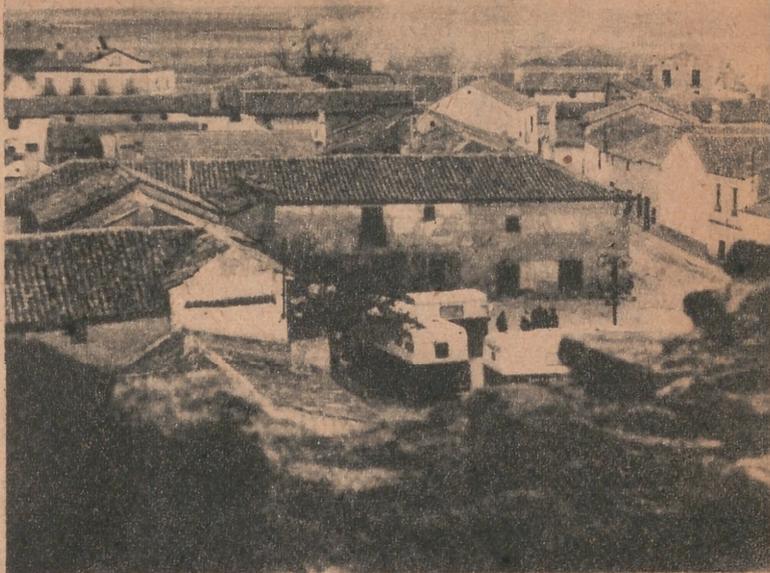
En su campaña para atraerse la benevolencia de los países occidentales tras las sangrientas jornadas de la revolución, el Gobierno iraquí ha facilitado una versión propia de las muertes del Rey Feisal y el príncipe heredero, a quienes señala como culpables de su propia suerte. En el diario «Al Ajjar», de El Cairo, se ha publicado este alegato, según el cual los revolucionarios intimaron a la rendición a la guardia de Palacio, en su deseo de salvar las vidas del Rey y del príncipe. La guardia respondió con fuego, dirigido por el propio Abdul Illah, tras de lo cual las turbas irrumpieron en el Palacio y asesinaron a los que se resistían.

Aun sin aceptar plenamente la versión oficial del nuevo Gobierno, existen indicios de que la preparada revolución habría de haberse ejecutado en forma mucho más pacífica. En las primeras horas los dirigentes del movimiento se revelaron impotentes para controlar los movimientos de las turbas. Claro es que entre éstas pudieron haberse infiltrado gran número de agentes provocadores interesados precisamente en colocar al Iraq en la órbita soviética.

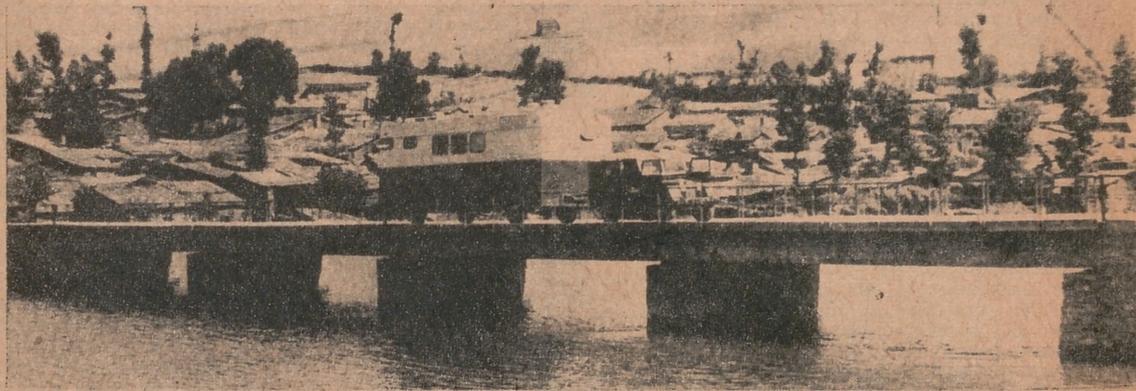
Alfonso BARRA
(Desde Londres)
Guillermo SOLANA
(De nuestra Redacción, en Madrid)

MISION POR TIERRAS DE CASTILLA

CATEDRAS
AMBULANTES
PARA ENSEÑAR
AL QUE NO SABE
Y AYUDAR A
QUIEN LO NECESITE



UNA TAREA GENEROSA AL BORDE DE LOS CAMINOS



En la plaza de Humanes pueden verse los vehículos que componen la Cátedra Ambulante. Abajo, la Misión cruzando un puente sobre el Tajo

TIERRA parda y dilatada en la que ponen sus manchas rubias los rastros. Ni una ondulación, ni una quebrada. Es Castilla lisa y llana como la palma de la mano. Cuando los pueblos se acercan, una avanzadilla de olivos y un regato y en los trozos que verdea pastores y ganados ponen su estampa viva sobre el inanimado paisaje. A la izquierda queda la carretera de Toledo con su intenso tráfico, pero el vehículo en que viajamos, Equipo Móvil del Ministerio de Educación Nacional, ha enfilado por ganar tiempo por una carretera secundaria que parece hace a la furgoneta saltar, bufar y casi desensamblarse cuando nos salen al paso los frecuentes baches. Uno de nuestros compañeros de viaje dice:

—Para venir por aquí debíamos de traer el «Land Rover». Sólo él puede resistir por donde nos vamos metido...

—Pero así hemos cortado—responde una muchacha espigada, morena y de ojos muy claros.

Este Equipo nos lleva a todos a incorporarnos a la Cátedra Ambulante número 2 de la Sección Fe-

menina que actúa por estos pueblos de Castilla la Nueva, que están como colgados del brazo de Madrid. Todo el año hombres y mujeres abnegados se entregan a esta casi desconocida tarea por las tierras de España. En unos lados la cátedra «Francisco Franco», en otros esta número 2, que ha plantado sus reales en esta zona haciendo cabeza de su labor a los pueblos de Griñón y de Humanes. Pero la Sección Femenina no está sola. El trabajo es compartido por la Comisaría de Extensión Cultural del Ministerio de Educación Nacional. Unas veces como en tierras de la Mancha la Sección Femenina actúa sola, otras la Comisaría que ha creído necesario llevar su Misión de Cultura a cualquier zona llama a las chicas y todos juntos emprenden la tarea de despertar en los pueblecillos y aldeas dormidos con el aldabonazo de toda clase de divulgaciones necesarias para los que viven en los ambientes rurales. Se hace casi todo el año vida de nómada. Se curten los componentes de la Misión Cultural por todos los aires. Sus rostros toman el tinte tosta-

do por el sol de los campesinos, pero qué importa todo esto.

—Compensa todos los trabajos el ver con la alegría e interés que nos acogen—me explica Pablo Guzmán, jefe de la Misión por parte de la Comisaría de Extensión Cultural del Ministerio.

—Y yo llevo dos años sin ir a mi casa. Me mandan de Misión a Misión—me cuenta María Inés Pineda, curtida como una labradora.

La Sección Femenina lleva un coche vivienda para las chicas y una clínica. Ellos «jeeps», los equipos móviles que transportan material y una emisora. Coches y remolques hacen una lucida caravana que tiene el milagro de congregar en su torno constantemente a chicos y grandes del pueblo a donde llegan. La plaza de estos pueblos se anima de improviso con la llegada de los coches. Los chiquillos gritan:

—¡Un circo, un circo! ¡Qué viene el circo...!

Y de pronto se quedan muy parados, con los ojos muy abiertos cuando de los altavoces una voz amiga les llama a ellos, a los chiquillos, y les cuenta cosas apropia-

das a sus inteligencias y les dice todas las ventajas que tendrán cuando sean mayores si no faltan a la escuela. Los chiquillos siempre son los mejores amigos de la Cátedra. Ellos son los primeros que entablan amistad y siempre surge el chico servicial que se convierte en recadero y «cicerone» espontáneo. Luego este chiquillo avisado es el que mejor les hará a las chicas de la Cátedra en las clases de redacción un trabajo estupendo sobre las cosas del pueblo. En el pueblo de Humanes a Juliancillo las chicas le han vaticinado que será escritor por lo bien que ha sabido narrar la historia del Cristo del pueblo. Y Juliancillo se ha esponjado de orgullo con estas palabras y le han gustado casi más que el premio que le ha dado,

GRINÓN, UN PUEBLO TRABAJADOR

Grifón es un pueblo alegre, riente y todo él reverdecido de su huerta. Los viejos cuentan:

—Si hubiera usted visto este pueblo hace treinta años al atardecer. A esa hora emprendían el camino la reata de carros para andar a la fresca y llegar a Madrid a la mañana. Cincuenta o sesenta carros se cargaban de coliflores y piano, pianito a venderlas a Madrid. Ahora no hace falta tomar tanto tiempo. Por la mañana salen los camiones cargados y en poco tiempo en la capital. ¡Qué adelantos hay...!

Y cierran los ojos al sol en esta plaza de Grifón donde se levanta una impresionante Cruz de los Caídos y donde han puesto su aminación los vehículos de la Cátedra. Como esta Cátedra no lleva remolque para dar clases, como tiene la «Francisco Franco», las clases se suelen dar en un salón del Ayuntamiento, en una escuela o en otro local amplio. Las de labores y corte se están dando en la casa parroquial. Y aquí nos encontramos con un sacerdote heroico, del que hace unos años hablaron todos los periódicos. Ahora está de párroco en Grifón, don Pablo Valdericeras, «el cura del avión», como le llaman aquí. Don Pablo estaba de párroco en el pueblo de Guadarrama cuando cayó en plena sierra un avión de viajeros y el cura salió el primero a buscar a las víctimas. Noche de nieve, de aire, de tormenta, oscura como boca de lobo y donde cada paso podría conducir a la muerte en la angustiada búsqueda y casi escalada.

—Creímos que nos habíamos quedado sin hijo —me cuenta su padre que vive con don Pablo—. Cuando llegó venía extenuado y con la sotana hecha jirones, se le había quedado entre los riscos de la sierra.

Ahora don Pablo está muy contento porque todos los sacerdotes de su arceprestazgo están motorizados.

En esta clase de labores que se da en la casa parroquial acuden todas las muchachas y mujeres casadas de Grifón. Se deja el paseo de Carrasperal, se deja el bajar a la estación por el paseo de los Frailes, se deja todo para venir a aprender. Pueblo rico, Grifón, las muchachas de las mejores familias no se desdían de venir a aprender junto con las de

las familias más humildes en esta Misión que las hermana a todas. Desde luego, aquí en Grifón trabaja todo el mundo y si se pregunta por el alcalde os dirán:

«Está en el campo arando...»

Los viejos también vienen a la Misión. El tío «Socorro» es un entusiasta de ella, tanto que los chicos de la emisora de la Comisaría de Extensión Cultural le han hecho una simpática entrevista que ha escuchado por los altavoces todo el pueblo, que se asombra de que estos forasteros les den a ellos tanta importancia. Cuando el tío Socorro y otros viejos salen de la clase de divulgación agrícola comentan:

—Hay que ver, y luego dicen que la «experiencia». Nosotros llevamos toda la vida en las cosas de la tierra y no sabemos «na» del campo en comparación con estos señores que nos trae la Misión para que nos enseñen. ¡Lo que son las cosas de la vida! Lástima que a nosotros nos coja ya viejos. Pero a los jóvenes les va a servir de mucho.

Cuando llega la noche las chicas de la Sección Femenina dan comienzo a los que pudiéramos decir el festejo de la Cátedra. Ellas resucitan todo nuestro emotivo folklore. Esto no se sabe si es una clase o un esparcimiento en honor del pueblo, el caso es que todo el mundo se congrega en la plaza y todo el mundo canta con ellas. En primer lugar siempre los viejos y los chiquillos. Los viejos cantan con todas sus fuerzas, animados, rejuvenecidos. En las arcaicas plazas, bajo la luna, en la inmensa llanura de Castilla las voces suenan con ecos impresionantes:

*En la raya del monte de Paloma
[res
hay un gañán arando con cuatro
[pares...*

Y luego otra canción, y otra, y otra, porque nadie se cansa. Los mozos piden:

—Conchita, canta una asturiada y luego otra de la montaña.

Conchita es Conchita Ibáñez, una palentina morena e incansable, y a ella, como a todas las chicas de la Cátedra, toda la gente del pueblo las conoce ya y las llaman por sus nombres. En el pueblo de Serranillos a Conchita la querían muchísimo. Conchita da también las clases de labores y las mujeres del pueblo no faltaban ningún día. Tanto, que tuvieron que cambiar la hora de la clase porque se enteraron que muchas mujeres no le hacían la comida a sus maridos a su debido tiempo por no perderse la clase.

CASTILLA DE LOS CASTILLOS

Cabeza de zona es Grifón en esta Misión, pero desde Grifón, donde se deja la vivienda y los remolques grandes, las chicas se desplazan todos los días también a dar clases en los pueblos cercanos, pues la Misión de Grifón abarca Torrejón de Velasco, Torrejón de la Calzada, Serranillos, Batres y Cubas de la Sagra. Por Torrejón de Velasco ya nos en-

contramos por la Castilla que tomó el nombre de sus castillos medievales' emplazados muchas veces en las alturas donde los romanos habían tenido sus castros para otear bien al enemigo. En este castillo de Torrejón estuvo preso Francisco I de Francia antes de pasar al castillo de Illescas, y posteriormente Antonio Pérez, cuando el Rey Prudente se convenció de la deslealtad de su secretario. En Batres también encontramos su castillo del siglo XIII. El paisaje de Batres es, en Castilla, el inusitado de un terreno accidentado y cruzado por el río Guadarrama. En este castillo vivió Garcilaso de la Vega, pues este castillo lo heredó su padre. De la estancia de Garcilaso en el castillo de Batres han quedado dos lápidas, una a cada lado de una pequeña fuente. En un lado se leen versos de Lope de Vega y en el otro de Góngora:

*Si pudieres, perdona
al paso un solo instante;
beberás cultamente
ondas que del Parnaso
a su vega trajo Garcilaso.*

A todos estos pueblos llegan todos los días los «Land Rover», que conducen a los componentes de la Misión, mientras que los de la Comisaría dan las clases a los hombres, las chicas enseñan a las mujeres de todo, desde curtir pieles, cosa que les es muy provechosa por la gran cantidad de ganado lanar que hay por aquí, hasta conservería. Allá van las chicas con sus botes para hacer los ensayos. Lo que más les ha sorprendido es ver que de los tomates se puede hacer una exquisita mermelada.

También la Comisaría hace su aportación femenina. Ellos traen tres muchachas licenciadas en Pedagogía. Ellas se encargan de los niños y de las niñas. Son tres muchachas modernas, el revés del concepto que antes se tenía de la pedagogía, tres muchachas jóvenes y bonitas como todas las de la Cátedra, Aurora Murga, María Luz Vicario y Ana. Y digo Ana sólo, porque ella llegó y me dijo:

—¡Hola! Yo soy Ana, ¿sabes?

Y Ana trata a las chiquillas con la más exquisita delicadeza para enseñarles a comportarse con la más perfecta educación. Ana y sus compañeras vienen desde sus Colegios Mayores Femeninos a esta vida dura y para la que se necesita extraordinaria vocación. Vocación, trabajo, penalidades y hasta riesgos.

—Yo lo que peor he pasado es cuando estuvimos once horas sin beber agua. A la Cátedra «Francisco Franco» se le había estropeado su coche clínico. Ellas estaban en la Mancha como tú sabes. Pues nosotros le prestamos nuestra clínica por unos días y se la fuimos a llevar desde aquí por el camino más corto, que era atravesando los montes de Toledo. Se nos terminó el agua y con un calor y un polvo espantoso estuvimos once horas sin beber agua. Ibamos por caminos por los que no atravesábamos pueblo ninguno. Fué espantoso. Siempre me acordaré—me dice María José Salgado.

Y María José Salgado es una

muchacha de la Sección Femenina que no tendrá más de veintitrés o veinticuatro años. Todas son así de jóvenes y admira verlas incansables. María Antonia, de larga melena y grandes ojos, le llaman «la peque», porque es la más joven de la Cátedra. María Antonio es de Toledo y nos cuenta cuánto le costó convencer a su familia para que la dejara venir a esta vida tan dura.

—Ahora ellos están muy satisfechos cuando ven la labor que puedo hacer junto con todas las chicas. Nunca creyeron que yo, que era una niña mimada, me pudiera sacrificar así — termina María Antonia.

Ahora María José Salgado, a pesar de su juventud, se va a hacer cargo de la dirección de esta Cátedra porque María del Carmen Obón, la Jefe que ha llevado a cabo toda esta Misión de los pueblos de la demarcación de Grifón, ha tenido un grave accidente en acto de servicio. Había venido Tina Ridruejo, Regidora Central de Formación, y la Jefe de la Cátedra con otras muchachas la acompañó a ver la labor desarrollada en los otros pueblos. Y entre Grifón y Cubas de la Sagra les volcó el «jeep» y resultaron heridas Tina, María del Carmen y alguna chica más. Por eso cuando vamos a montar otra cabeza de zona en Humanes, ya no nos acompaña María del Carmen Obón, la muchacha de Teruel que todos los buenos grifonenses recordarán siempre por su dinamismo y su incansable trabajo. En Grifón hay gente que llora cuando la caravana arranca.

—¡Ay qué tristes nos vamos a quedar sin ustedes!— planea una vieja.

En Grifón, cuando la Cátedra se va, deja ya funcionando e instalado por la Comisaría de Extensión Cultural una biblioteca y un centro cultural.

A VUELTAS CON EL FUELLE

El día comienza con radiación de los guiones de divulgación contra el analfabetismo. Después viene los que se titulan de «Mujer a mujer», en los que se les da a las mujeres toda clase de consejos sobre Higiene y Puericultura. En Humanes, como en Grifón, hay un viejo que no se separa de nosotros. Es el tío Remigio, que cada dos por tres se para delante de la puerta de la Cátedra y dice:

—Pobrecillas. Pero qué manera de trabajar por todos nosotros. Mire usted, a lo mejor comen a las cuatro o las cinco de la tarde y se acuestan a las mil y quinientas para luego levantarse cuando los pájaros. Y diga usted, siempre están así?

—Sí, siempre—contesto—. Por uno u otro lado.

Efectivamente, las muchachas se acuestan muy tarde. Porque estudian y preparan las lecciones que tienen que dar al día siguiente. Además, cada noche las muchachas que explican las diferentes clases redactan su parte diario y la jefe de la Cátedra hace un resumen de todos ellos para ir haciendo la memoria mensual que tiene que enviar a la Regidora Central de la Sección Femenina



Una pequeña llora ante el pinchazo de la vacunación

na en Madrid. En este coche, vivienda, todo de plástico y con ocho literas empotradas ante la mesa en la que nunca falta un búcaro rústico con flores silvestres que los chiquillos y las mujeres nos regalan. Las muchachas, trabajan hasta muy entrada la madrugada. En sus alojamientos del pueblo, Pablo Guzmán y sus hombres de la Comisaría de Extensión Cultural, también preparan a esas horas su trabajo del día siguiente. Pero antes de que el coche vivienda llegara—porque estuvo en reparación—, las muchachas de la Sección Femenina y las estudiantes de Pedagogía les cedieron aquí en Humanes una casa recién terminada.

—Aún no estaba instalada la luz y estudiábamos por la noche a la luz de una vela. Luego no nos dábamos mucha maña para encender la lumbre de carbón vegetal, acostumbradas como estábamos a la hornilla eléctrica del coche-vivienda, y ahí nos verías

tú los apuros que pasábamos dándole unas y otras a un fuelle. Lo malo fué una noche que se nos rompió y no podíamos hacer la cena. Era muy tarde y estaba todo cerrado para comprar otro. Nos pusimos todas a soplar con la boca y a hacer aire con periódicos—me cuentan riendo.

Si en Grifón su fama son las coliflores, tampoco le va a la zaga Humanes en la producción de esta fina verdura. Además, las patatas se cosechan en Humanes en cantidades fabulosas. La gente vive muy bien y no hay muchachas que quieran ir a servir a la capital. La gente de Humanes es muy acogedora, y dicen que deben su nombre a que hace siglos se les dió el sobrenombre de humanitarios a la gente que vivía en lo que era entonces sólo unas casas al borde del camino por el que pasaban las diligencias, cuyos viajeros recibían agua y viandas casi siempre gratuitamente de los habitantes del nuevo poblado. Pue-



Clase para todas las edades

blos devotos éstos, casi todos en la devoción del Crucificado. Humanes, como Griñón, tiene la leyenda de su Cristo. Griñón, de su Cristo aparecido en el campo en 1569. y Humanes de su «Cristito» hecho de la madera de un cerezo por un escultor de la corte de los cenciosos y se convirtió cuando ta-Austria, que llevaba una vida lilió la sagrada imagen.

DOSCIENTAS VACUNACIONES EN UN SOLO DIA

En Humanes he visto en un solo día a Providencia Hervás, la médica de esta Cátedra número 2. vacunar a 200 niños. Unos de difteria y otros de viruela. Y mirarlos también por rayos X con gran entusiasmo de las madres, que todas formaban en la cola a la puerta del coche-clínica y todas pedían:

—A mi hijo también, señorita. A la noche, Providencia, con su gracioso deo andaluz, me contaba que hoy habían conseguido agotarla, y le pedía a María José que le diera un café muy cargado para reanimarse.

Lo gracioso del caso fué que como entre las madres y las ayudantes de Providencia vestían a los niños con prisa, al final les sobraban un montón de prendas de chiquillos, que no se las habían puesto sin darse cuenta.

También lo gracioso de estas cátedras es que no hay un orden para hacer la comida. No se quiere cargar a nadie con este trabajo obligatoriamente, sino espontáneo. Así, la primera que llega al coche-vivienda porque ha terminado su clase, se pone a hacer la comida para cuando lleguen las demás. Alcanza los grandes botes de plástico, que contienen lentejas o arroz y se pone a hacer, a preparárselas un plato fuerte, porque de la intensa labor todas las chicas llegan casi desfallecidas a las cuatro o las cinco de la tarde.

Luego, ya muy tarde, a las ocho o las nueve, una taza de café que se les sirve también a los chicos de la Emisora y de la Comisaría. A esa hora solía llegar también desde Madrid alguna tarde Félix María Ezquerro, jefe de la Comisaría de Extensión Cultural a inspeccionar los trabajos de la Misión. También a esa hora llegaban dos peritos agrícolas, Durán y Más, que daban a los labradores que ya habían vuelto del campo clases de divulgación Agropecuaria. Una noche vino don Luis León, jefe de los Servicios de Veterinaria de la Diputación de Madrid, el que les explicó una clase amenísima y muy provechosa para ellos. Emocionaba ver a los curtidors rostros de los hombres del campo pendiente de la palabra del hombre de la ciudad que había estudiado sus problemas. De cuando en cuando una voz surgía:

—Eso es, sí señor. Muy bien dicho.

Luego la cosa terminó en coloquio y un viejo pastor de setenta y tantos años se levantó para decir:

—Mire usted, yo estoy con un amo y cuando una cabra u oveja se pone enferma de matistas dice que eso es la mano del pastor que no sabe ordeñarlas bien.

—Nada de eso. Puede usted es-

tar tranquilo. No es suya la culpa—contestó don Luis.

Y luego se explotó en darle toda clase de explicaciones sobre las causas fisiológicas de la enfermedad, con las que el anciano pastor quedó muy contento.

—Se lo diré al amo. Diré todo lo que usted sabe...—decía cuando ya la clase había terminado y él se iba. Don Luis le estrechó su rugosa mano y al viejo la emoción le enroqueció la voz.

Después casi todas las noches hay cine con películas también de divulgación que trae la Comisaría. Cuando ya todo ha terminado estamos cansados de verdad de la agotadora tarea diaria. Y la iglesia blanca, nueva, recién reconstruida de Humanes pone una larga sombra sobre la plaza.

CAFE A PESETA EN PARLA

Desde Humanes las chicas iban todos los días a los dos pueblos que la Misión había incluido en la zona de Humanes. Son estos Moraleja de Enmedio y Parla. Moraleja es un pueblo de 550 habitantes, asentado en una altura. A su entrada, los olivares le forman una verde guardia. En Moraleja cada día, mucho antes de que lleguen las muchachas para empezar las clases, ya las esperan. Las niñas en la puerta. Las mayores en la clase. Al ver llegar el «Land Rover» que lleva a las chicas y a la cronista prorrumpen en gritos de bienvenida.

—¡Jesús, qué entusiasmo! Están locas con todas las clases que les dan—nos dice la maestra, doña Felicidad Cernero.

Con la Cátedra han aprendido las muchachas de Moraleja hasta a hacer modernas muñecas de fieltro.

A las pequeñas se les procura despertar en ellas el sentido del arte. Y verdaderamente estas chiquetas campesinas dieron una estupenda sorpresa cuando se les dió lápices de colores y un papel y se les dijo que dibujasen cada una cómo se imaginaban ellas a un Ángel de la Guarda. Algunas no supieron hacerlo, pero otras dibujaron, sin haber visto nunca ninguna clase de pintura, ángeles al estilo de Fray Angélico, ángeles surrealistas, ángeles estáticos y de alas caídas con reminiscencias de pinturas egipcias. Ellas mismas estaban asombradas de lo que habían sabido hacer. Ahora en la escuela de Moraleja estos ángeles han quedado adornando las paredes.

Moraleja tiene su milagro moderno y actual. En su iglesia se conservan frescas veinticuatro sagradas formas que se consagraron antes del 18 de Julio de 1936. Estas formas fueron sacadas de la iglesia para evitar su profanación en los días en que Moraleja quedó en poder de los rojos, y enterradas en una cueva dentro de una caja, sin que ni la humedad ni el tiempo les haya hecho descomponerse ni perder su blancura.

En Parla nos encontramos con un pueblo cerealista y motorizado en su campo. En Parla a la hora de volver del campo hay por sus calles un rosario de tractores. Y en Parla y en su casino nos dieron un estupendo café por una peseta, mientras no volvíamos de nuestro asombro.

Después de esta misión por esta zona, otro día, en un

amanecer en la madrileña Puerta de Hierro, la caravana de la Misión se ha puesto otra vez en marcha, ahora hacia Zamora, en las tierras de Aliste, Flórez, Lober, Puercas, Alba y Gállegos del Río. Terreno abrupto éste y accidentado, por el que los «jeeps» cumplen bien su papel. Pueblos estos redimidos del olvido por una constante y eficaz labor, de la que habla por sí sola la cifra de 36 pueblos a los que el Gobernador Civil ha conseguido llevar la luz eléctrica en estos dos últimos años. Jefe de esta Cátedra por parte de la Sección Femenina ha sido María Tejedor, secretaria provincial de Zamora y por parte de la Comisaría, Orenco Sánchez Manzano.

TRES AÑOS POR LA MANCHA

De fabulosa se puede llamar la labor de la Cátedra «Francisco Franco», por tierras de la Mancha. La Cátedra empezó aquí su labor en el año 1955 y se acaba de clausurar en Puertollano. Ahora, imponiéndole el Ministro Secretario la Medalla de Plata de la Provincia. Desde Villanueva de la Fuente, en la misma sierra de Alcaraz, a estos barrios o suburbios de Puertollano creados con gentes de inmigración atraídas al señuelo de las minas, la Cátedra, con su Jefe Concha Mateo y sus generosas muchachas, han recorrido las tierras manchegas de parte a parte.

Gentes de toda España en las barriadas que ya han formado pueblos de Río Ojabién, Mina Asdrúbal, Muelle María Isabel, Barrio del Pino, Barrio de la Independencia, mujeres y niños con polvillo de carbón por las escombreras cercanas y que se maravillaban de que las muchachas les hablasen lo mismo de la biblia o de un texto de San Pablo. Muñecas que se emocionaban porque las enseñaban a hacer dulces para sus hijos con las zanahorias que aquí abundan mucho y que ellas tiraban a los cerdos. Vitaminas para sus hijos, enseñándoles a manejar los alimentos provechosamente o inyectándoles calcio y vitaminas en la clínica de la Cátedra.

Diez hombres de Mina Asdrúbal del nuevo Pozo Eloza de la Empresa Peñarroya, vinieron con sus rostros de mineros como tallados en piedra, rostros que no reflejan ya las emociones, con las tarteras de la comida al hombro y diciendo: «Hemos perdido voluntariamente una hora de trabajo para oír las clases y las cosas tan hermosas que ustedes explican.»

Y mozos mineros alumbrando con sus faroles el camino cuando las muchachas tuvieron que hacer un recorrido por la noche.

Ahora estos pueblecitos anejos a Puertollano echa de menos a la Cátedra, se han quedado más tristes.

—Nosotros les echamos hasta una ronda para darles la bienvenida cuando vinieron—dicen los mozos de Río Ojabién, «los bravos mineros de Río», como se les conoce aquí.

Mientras, la Cátedra marcha hacia Novia de Suarna, en Lugo. Ahora por caminos con calor achicharrante, después con frío, con viento, sin descanso.

Blanca ESPINAR

“XA-XA”

UN GALLEGO POR EL MUNDO

PESCADOR EN PUENTEDEUME,
VENDEDOR DE LICORES EN
MEJICO, RECOLECTOR DE
COCOS Y DUEÑO EN ESTADOS
UNIDOS DE UN RESTAURANTE
LEGIONARIO Y TIMONEL EN TODOS LOS MARES

‘SI HUBIESE ALGUN CONTRATO FORMAL PARA HACER
EL PRIMER VIAJE A MARTE, YO LO FIRMARIA’

HASTA ahora nadie se ha tomado el trabajo inmenso por cierto—de hacer la gran historia de los gallegos por el mundo. Pero si tal obra se realizara algún día vamos a tener hoy la oportunidad de ofrecer uno de sus capítulos.

La suerte nos ha deparado la ocasión de conocer y tratar a un gallego fuera de serie, uno de esos hombres que ha recorrido el mundo sin más bagaje que su sangre, su impetu personal y el gran caudal de valores que le da la raza a la que pertenece. Nos costó algún trabajo encontrarlo. Ha llegado a España después de diecinueve años de ausencia. Y se ha ido a Puentedeume, en donde tiene a sus hermanos. Allí no le

localizamos y hemos de recurrir otra vez al teléfono para saber si está en Ares, con una hija suya. Tenemos suerte, y convenimos la entrevista, a celebrar en La Coaña. ¿De quién vamos a hablar? ¿Quién es este gallego importante? Hacer un resumen de su vida es difícil. Nos bastaría con decir que desde 1932, en que salió de Puentedeume en el velero «Adoración» con maderas para los puertos del norte de España, ha recorrido todo el mundo y ha participado en mil gestas a las que le llevó su impetu aventurero. El mismo se define:

—Me gusta, sobre todo, la aventura. Si hubiese algún contrato formal para hacer el primer viaje a Marte, yo lo firmaría.

DEJO PUENTEDEUME A
BORDO DE UN VELERO

Hasta la edad de diecisiete años Luis Piñeiro Ulla trabajaba en Puentedeume con sus hermanos y su padre en las faenas de la pesca, a bordo de una tarrafilla que poseía su familia. Desde la edad de diez años comenzó a luchar duramente. Se preparó para ir a la Escuela de Aprendices Navales, pero esto no le gustó. Y como en su casa eran partidarios de que siguiese aquel camino, el joven Luis se decidió a marcharse. Llegado a Bilbao, dejó el velero «Adoración» y embarcó en un navío belga como carbonero. No estuvo mucho tiempo bajo pabellón belga, porque al llegar a Dunquer-



En Karachi (Pakistán), con unos marineros de cubierta; a la derecha, con un compañero noruego

que el barco fué destinado al d. s. guace.

Nueva etapa: París. De París a San Sebastián y vuelta a su casa de Puentedeume. A los pocos meses se alistó voluntario en la Marina de Guerra Española y fué patrón del bote del torpedero número 3, que mandaba don Joaquín Cervera Balseiro. Se licenció en 1935 y se fué a las islas Canarias y allí trabajó en el Cabildo Insular de ayudante mecánico.

LEGIONARIO DE HONOR

Llamándole nuevamente la aventura, se enroló en un navio danés y dió la vuelta a todo el continente africano, hasta desembarcar en Casablanca, desde donde volvió a Las Palmas. Al estallar el Movimiento Nacional, se alistó voluntario en la Legión Extranjera. Combatió en los frentes de Madrid, operaciones del Jarama, cuesta de la Reina, barrio Lucero, Casa de Campo y Ciudad Universitaria, como componente de la 12 Bandera de la Legión. Fué herido tres veces en acción de guerra. Su excepcional comportamiento le valió el ser nombrado por decreto legionario de honor. Tomó parte en la liberación de Madrid y en el desfile de la Victoria, y a continuación se fué con su Bandera a Dar Riffien (Ceuta). Allí se licenció, y le dieron pasaporte con destino a la Guinea Española.

Pero esta primera intención de ir a las posesiones españolas del Africa Occidental se cortó en la ruta, y el impetuoso Piñeiro Ulla se quedó en Las Palmas. Aquí pasó a formar parte de la dotación del vapor español «Monte Gorbea», y se fué a Argentina. De la República del Plata a Sligo (Irlanda), y de este puerto, al inglés de Cardiff (Inglaterra). Ya había estallado la segunda guerra mundial. Los campos de minas magnéticas ponían en serio peligro la navegación. Pero Piñeiro Ulla y sus compañeros continuaron en la mar y volvieron a Argentina, en donde tomaron un cargamento de trigo para Huelva.

Al tocar puerto español dejó aquel barco y se vino a Galicia a pasar unos días. Vuelto a emprender su constante viaje por el mundo, marchó de nuevo a Santa Cruz de Tenerife. Y aquí la aventura se recrudece, porque Piñeiro, al no tener otra salida, junto con otros dos compañeros, embarcó de polizón en un barco noruego que se dirigía a Colombia. Descubiertos, a Piñeiro le fué dada la categoría de tripulante por sus conocimientos marinos, y ya continuó con los nórdicos. Pero no había de sentar plaza por mucho tiempo. Llegados a Tampico (Méjico), Piñeiro Ulla desertó del barco, cogió un autobús y se dirigió a la capital del país. Durante siete u ocho meses trabajó en Méjico en una fábrica de manteca.

DESMANTELADOS POR UN CICLON

Otra vez el mar y su ansia de mundo le alejarían de entre los charros. Piñeiro volvió a Tampico y tomó plaza como contra-maestre en el «Charta», de nacionalidad hondureña, que se dedi-

caba al transporte de carga general desde Tamaulipas y Veracruz a Yucatán. En el tercero de estos viajes a través del peligrosísimo golfo de Méjico, el «Charta» fué desmantelado por un ciclón en las costas del Estado de Campeche. Después de tirar la carga de cubierta, y sin posibilidades de pasar la bocana del río, que arrastraba árboles y animales muertos de las inundaciones pasadas, lograron llegar a Cozucualcos (Puerto Méjico). Después de reparado el barco, continuaron a Yucatán y luego de descargar, a Veracruz. Aquí volvió a dejar el barco, y a los pocos días hizo nuevamente —con otro español— la aventura de polizón, en el barco «Río Neuquen», argentino. En cuanto los descubrieron, el navio dió vuelta a pesar de hallarse a 180 millas de la costa. La Policía mejicana de Veracruz lo detuvo, y allí permaneció veintiséis días.

—Lo que no ví en mi vida dice—. Baile los domingos, en la cárcel.

PRIMER ENCUENTRO CON LOS SUBMARINOS ALEMANES

Ya en libertad, volvió a embarcar, esta vez legalmente, en el carguero noruego «Askot», yendo a Jamaica, en donde tomaron azúcar para Saint Jhon. Wroslike. Canadá. Allí vió por vez primera la actividad submarina alemana. Iba entonces como timonel, que es su verdadera especialidad. A pocos metros del «Askot» emergió un submarino entre la neblina. Se veía a los alemanes sobre la cubierta del sumergible, preparándose para entrar en acción. Los del barco, con acción directa por parte de Piñeiro Ulla, que tenía que variar ruta constantemente de 35 grados a un lado y otro, pudieron salvarse, disparando su cañón contra los germanos. Se cree que el sumergible fué hundido o muy dañado por ellos. Con motivo de esta gesta, en Saint Jhon ofrecieron a los marinos una gran fiesta. Allí mismo cargaron material de guerra para una base naval en Hamilton. En Hamilton conoció a un gallego, de Corcubión, que navegaba en un barco norteamericano dedicado también al transporte de material bélico. Tuvieron que retrasar la salida del «Askot» por la gran actividad submarina de los alemanes entre Groenlandia y la costa de Labrador. Cuando las cosas estuvieron en calma, el barco salió, formando convoy, para Halifax, con magnésio. Tres de los quince barcos del convoy fueron torpedeados.

EXPERTO EN AMETRALADORAS

En Halifax, vuelta a cambiar de patrono y de vida. Allí estaba el navio griego «Taxiarchis», que cruzaba el Atlántico. Piñeiro quería acercarse nuevamente a España. Aquel barco, de todos modos, era un verdadero polvorín. Traía para Inglaterra tanques, aviones desarmados, municiones y material. Fueron atacados tres veces por los submarinos alemanes. En aquella ocasión, más de cuarenta unidades del convoy, en el que figuraba el «Taxiarchis», fueron

hundidos. Una tormenta les hizo perder de vista a los demás y quedaron solos en el Atlántico. Antes de llegar a puerto aún les había de atacar la aviación alemana, dejando caer sus bombas muy cerca del barco. Piñeiro Ulla fué uno de los que utilizaron las ametralladoras para repeler la agresión germana.

—Yo había obtenido el título de ametralladorista en Bremen Saven (sur de Inglaterra), tirando sobre una pequeña avioneta remolcada por otro avión.

El material lo desembarcaron en el puerto de Hull. Desde allí Piñeiro se trasladó a Londres y, para su desgracia, coincidió con el rigor de los bombardeos de la «Lutwaffe».

—¿Lo conté ya el ciclón pasado entre Cayo Hueso y La Habana? —pregunta.

—No.

—Era yo timonel de un petrolero panameño, dependiente de la administración de guerra americana. El ciclón se llevó de cubierta a dos tripulantes e hizo cundir la desmoralización. No tuve más solución que enfrentarme con la dura papeleta de aguantar el barco sin timón. Yo mismo eché las dos anclas, y con la máquina aguantamos sin tocar a un barco, sobre el que nos íbamos sin remedio. En aquella ocasión me dieron, por mi comportamiento, la documentación de marino norteamericano.

ATAQUE ALEMÁN A LA ALTURA DE FINISTERRE

Prosigamos. De Londres pasó Piñeiro Ulla a Cardiff. Antes de abandonar la capital inglesa, un bombardeo había destruido la casa en la que él se hospedaba, dejándole sin ninguno de los elementos de su equipaje. En Cardiff reembarcó otra vez en el «Monte Rodope», griego. Salieron con carbón para Sudamérica, en convoy, protegidos por barcos de guerra. A la altura de las Azores quedaron solos, ya que los navios de escolta no podían dedicarse a proteger aquella mercancía. Al pasar el Ecuador, a treinta millas del «Monte Rodope», fue torpedeado un barco belga. Ellos continuaron sin novedad hasta Río de Janeiro. Desde allí a Montevideo los escoltó la Marina de Guerra Brasileña. En Rosario de Santa Fe cargaron trigo para Inglaterra. A 500 millas de Fritown (Sierra Leona) fueron avisados por un destructor inglés de que había dos submarinos germanos actuando. En Fritown esperraron a otros barcos procedentes de Africa del Sur y se formó el convoy de ochenta unidades, que vinieron hasta Gibraltar protegidos. Allí se le unieron más navios, y ya la protección fué incluso con portaviones. La aviación alemana les atacó a trescientas millas a la altura de Finisterre, hundiendo solamente un barco. En el este de Inglaterra (mar del Norte) fueron atacados nuevamente por lanchas rápidas alemanas. Por fin llegaron a Londres.

LA GUERRA EN LONDRES ERA INSOPORTABLE

En estas fechas ocurrió uno de los sucesos más tremendos de su

vida. Un barco griego cargado con cuatro mil toneladas de dinamita, fué alcanzado por una bomba. La explosión resultó espantosa, y se hundieron varios barcos.

En Londres viví los días más horribles de mi vida. Ya no le importaba a uno morir o vivir. Aquello era insoportable.

Nuevo barco. Ahora el noruego «Marga», y viaje a Fritown, con carbón. De allí, mineral para Inglaterra.

En esta zona vivió una aventura con una tribu de salvajes. A Pifeiro Ulla y a cinco compañeros del «Marga» no se les ocurrió mejor cosa que introducirse en la selva virgen, en donde pudieron ver las danzas rituales de los negros, con sus hechiceros y bailarines. La Policía tuvo necesidad de proteger su regreso al barco, ya que la zona estaba considerada como peligrosísima.

Con tintes bien distintos dice el señor Pifeiro—me recordaba la fiesta de los fuegos en el Eume. Los alemanes «asaban» Car. dif. primero con bombas incendiarias y luego explosivas.

Dejó el «Marga» y se fué a Liverpool. Aquí un capítulo sentimental. Tuvo una novia en Manchester. Cuando fué a verla se encontró con que había muerto en un bombardeo.

El «Montevideo» fué su nuevo barco, en viaje a Halifax, Boston, Nueva York y Baltimore. Desembarcó y se trasladó al Estado de Louisiana, a Nueva Orleans, y allí pasó al barco frutero hondureño «Chiripo».

Corrí toda latinoamérica in-forma—cargando banana.

Un día de tormenta, en el golfo de Méjico, al trincar un bote, se cayó en cubierta y tuvo que estar dos meses hospitalizado en Nueva Orleans. Por medio de una amistad, pasó como primer oficial al «Izarra», en el cual recorrió todo el Caribe y América Central. Salvó el barco de otro ciclón, cuando llevaba 75.000 sacos de azúcar. Su gesto le valió un premio de tres mil dólares. Ya en La Habana, recibió órdenes de trasladarse a Puerto Plata (República Dominicana), en donde cargaron tabaco para Las Palmas. Del puerto canario pasaron al sur de Portugal, para llevar cargamento de sardina en conserva a Londres.

PRIMERA VISITA A RUSIA

—En la capital inglesa se incorporó a la dotación de una corbeta llamada «Norte», para llevarla a Génova, en donde sería transformada en un pequeño barco de pasaje, que navegaría bajo pabellón húngaro. En Génova permaneció unos meses y luego, por Suiza y Francia, volvió a Inglaterra, adonde había sido llamado por la Compañía. Pasó al «Aglós Gorge», con destino a Arkángelsk y Múrmansk (Rusia), en donde recogieron un cargamento de madera para Alejandría. Era el año 46 y Rusia vivía una de las peores épocas de su historia moderna. Lo que más llamó la atención de nuestro hombre fué ver cómo las mujeres acompañaban a los hombres en faenas tan rudas como estibar

madera y arreglar los desperfectos de los navíos.

Después, la ruta de Asia: Newcastle. Orán. Alejandría. Port Said. Haifa, en Palestina coincidió con el célebre contrabando de los judíos. Tuvo una gran disputa con un inglés por el mal trato que había dado a la tripulación española del «Dimitrios», que transportaba niños y mujer judías. Su pelea terminó con un soberano botellazo en la cabeza del inglés y un pequeño arresto en Haifa. De Palestina volvió a Huelva, y en el puerto español cargaron mineral para Chester (Pensylvania). Nuevo desembarco. Luego una temporada en tierra firme. Etapa siguiente, la ciudad de los rasca-cielos: Nueva York. Haciendo valer su documentación de marino norteamericano, se alistó en un navío yanqui. Voló hasta San Francisco y allí se hizo cargo del puesto de timonel y se dirigió con un cargamento de trigo a Bombay (India).

APERTURA DE UN RESTAURANTE EN NORFOLK

De Nueva York a Norfolk (Virginia). Pasó a otro barco, el «William Makey», en el que viajó hasta Casablanca. Otra vuelta a Norfolk y cambio de navío. Ahora el «Atlanticus», con el que vino a Europa ocho o diez veces. En uno de estos viajes conoció a una mujer turcoamericanagriega y en sociedad con ella abrieron un restaurante en la citada ciudad de Virginia. A los cuatro meses, el Departamento de Emigración U. S. A. le obligó a embarcar de nuevo, y lo hizo en el «Yoro», de bandera hondureña. De este barco pasó a un «Victory» americano, con el que vino a Dunquerque a traer trigo. Otro viaje sirvió para traer carbón a Fiume (Yugoslavia). Nuevo desembarco en Houston (Tejas) y vuelta a Norfolk en avión. De nuevo a otro «Victory», con material de guerra de Louisiana para Bremen. Su vuelta al Estado de Virginia y a su negocio de restaurante coincidió con la promulgación de la ley Mac Carran, que le obligó a salir de Norfolk en el plazo de veintinueve días. Y lo hizo, claro está. A bordo de su nueva casa fué tres veces a Venezuela.

Poco después decidí venir a Europa. Lo hizo a bordo del «Sarturnia», esta vez como pasajero. Traía visado para permanecer seis meses en Gibraltar. De allí le hicieron salir los ingleses, en 1953, para La Línea de la Concepción. Nuevos viajes de puerto en puerto español, hasta que en Cartagena entró como tripulante en un petrolero sueco, para ir a Venezuela, Main, Tampico, Nueva York y regreso hasta Marsella. A continuación, al golfo Pérsico, Pakistán, Madagascar, Adén.

—En Adén me prendieron.

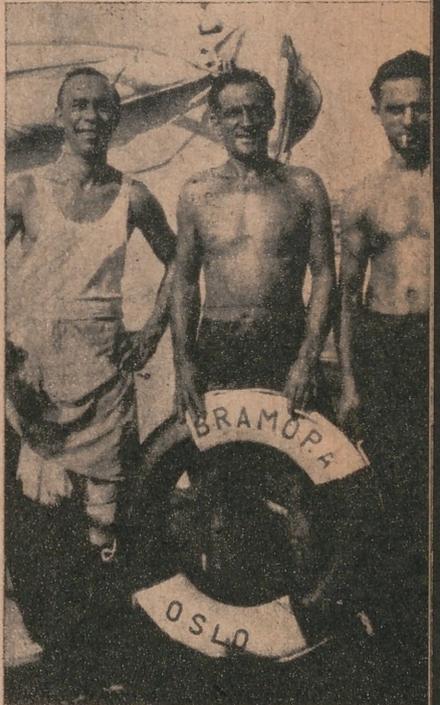
—¿Por qué?

—Por asestar un navajazo a un árabe. Cosas...

Nuevamente a Dunquerque y allí otro abandono de barco para venir a Huelva. Pasó al mototanco noruego «Bramora», para Trípoli, Venecia, Trieste, Argel, Fao (Irak). En Fao cargaron petróleo para Danges. Del puerto



En Haifa (Jerusalén), con un p
cia de la zona



Luis Piñero «Xa Xa», como timon
del barco noruego «Bramora»

francés salieron para Viaños (Siria), Estambul, Novorosiisk (Rusia), Helsinki, Trípoli, Port Bou. Otro desembarco y se viene por San Sebastián a Huelva.

SALVADO DE UN ACCIDENTE EN VALENCIA

De Huelva salió para Cartagena y allí embarcó en el navío costarricense «Alicia», en el cual embarrancaron a la salida del puer-

TIMBRE DE HONOR

Si sobre Pedro, piedra, Cristo edificó su Iglesia, sobre la piedra permanente de la Iglesia los hombres han de fortalecer su vida, orientar sus actos, regular sus acciones. La religión, concreta y precisamente, igual que las cuadernas de los buques, que los entramados de los hormigones que sostienen los rascacielos, es forja y basamento de la rectitud moral, del orden del derecho. Andar a espaldas de ella es querer, por decisión propia, caminar sobre los abismos que desembocan en la injusticia, en la desobediencia a las leyes, en la violencia, en el desorden, en la inexistencia de frenos, morales y materiales, para el vicio, para el crimen. Es la paz, la paz nacional y la paz internacional la que huye del mundo cuando el mundo olvida la ley de Dios.

En su carta encíclica «*Meminisse Juvant*», dirigida a todo el episcopado católico. Su Santidad Pío XII hace constar cómo «la ley de Dios ha sido ignorada o suprimida en amplias regiones del mundo, por lo que los pueblos no conocen la paz». Cuando falta una entente fraternal, cuando los gérmenes de la discordia debilitan la sociedad, cuando los problemas sociales, económicos, nacionales o internacionales, quieren solucionarse por la violencia, es que la Ley de Dios ha sido no ya olvidada, sino proscrita. Así, días de luto, de terror, se han ensañoreado de aquellas naciones en las que la ley de Dios fue o es, en tiempos no lejanos y en días presentes, abolida o perseguida.

Y es, también precisamente, en aquellos países que no sólo hacen profesión de su fe católica, sino que la cumplen totalmente, en donde la paz social, la convivencia fraterna y el entendimiento mutuo adquieren vigencia con carácter de ejemplo para la

universalidad. El punto segundo de la Ley Fundamental del 17 de mayo de 1958, por la que se promulgan los principios del Movimiento Nacional, expresa que «la nación española considera como timbre de honor el acatamiento a la Ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única verdadera y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirará su legislación».

España, por ventura, puede ser ejemplo para el mundo de cómo un orden político puede estar basado en la Ley de Dios. Y de cómo este orden fundamentado en la divina ley puede, entonces, presentar la más limpia y clara ejecución en justicia social, en paz, en unidad de pensamiento de sus habitantes, en inviolabilidad de la familia, del hogar, de todas aquellas instituciones que constituyen el vínculo, la atadura por la que se mantiene la existencia cotidiana de una nación.

España, acatando la Ley de Dios, según la única y verdadera doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana ha conseguido, por el camino del entendimiento y de la comprensión, una legislación, una situación y una estructura social en la que pueden mirarse las naciones del mundo, esas naciones precisamente que olvidaron la Ley del Creador.

«Las instituciones humanas se derrumbarán si la autoridad divina es suprimida o simplemente olvidada» Palabras de Pío XII que son aplicables, porque así ha quedado demostrado, a la Historia de los pueblos. Esa historia que sólo necesita, para ser grande y digna, oír la palabra de Cristo y practicarla: dos conceptos que para España son timbre de honor, motivo de orgullo.

to español. Después de reparar salieron para Rotterdam, y vuelta a Cartagena. Y su nuevo barco fué también de Costa Rica, el «Saint George». Casablanca, Meztol (Escocia), Rotterdam, Peres (Grecia). Aquí pasa a la motonave sueca «Ada Ghorton», como motorista, y se dirige a Yugoslavia, cinco o seis puertos italianos y franceses y al español San Felú de Guixols, Sevilla, Suramérica. Regresa a Barcelona, Marsella, Génova, Yugoslavia, Grecia y Turquía. A la salida de la ría de Sevilla embarrancan otra vez. Van a Valencia a reparar, y permanecen allí cuarenta y seis días. En la ciudad del Turia le ocurrió un incidente fuerte. Era un cliente asiduo de un bar del Grao, en donde todos los sábados hacían una fiesta, en la que el señor Piñero Ulla daba una cena a los

escandinavos amigos suyos los sábados por la noche. Al finalizar una de estas cenas, minutos después de abandonar el bar, se hundió la casa y murieron cinco personas.

Después de un pequeño viaje en este último barco, volvió a Cartagena y allí pasó a ser intérprete de un grupo de ingenieros norteamericanos en el montaje de la planta hidroeléctrica de Escobreras. De Cartagena, finalizada su misión con los americanos, embarcó de nuevo en el «Tore Knudsen», saliendo para Noruega, en donde se alistó voluntario para llevar combustible a una Compañía ballenera que trabajaba en el Antártico. Y allá fué, al Polo Sur, en el «Anna Knudsen», en donde permaneció tres meses entre los hielos.

TROTAMUNDOS IMPENITENTE

De regreso de los mares polares fué a la Ciudad del Cabo y de allí a Hamburgo. Después visitó a un amigo en Copenhague. Luego, en tren, vino a París, Holanda. Aquí surgió, después de casi veinte años, la necesidad de visitar a la familia, y el señor Piñero apareció en Puente deume. Y los de Puente deume, que lo quieren y admiran mucho, corrieron la noticia.

Ha vuelto «Xa Xa».

—¿Por qué le llaman así?

—De niño me mordió la lengua y luego silbaba al hablar.

Ahora, lector, después de este gigantESCO «curriculum vitae» de un hombre, un gallego, que solamente cuenta cuarenta y tres años de edad, se impone un resumen, que va a hacer él mismo.

—¿Qué idiomas habla?

—Inglés, griego, italiano, noruego, portugués. Conozco un poco de otras lenguas.

—¿Cuántos países ha visitado?

—El mundo, excepto Hungría y Checoslovaquia.

—¿Qué profesiones ha tenido?

—Pescador, conductor de camión, mecánico, viajante de licores en Méjico, cortador de uvas en Norteamérica y cocos en Sonora (Baja California), marino mercante, motorista, timonel. Me gusta la Naturaleza.

—¿Qué ciudad del mundo le gustó más?

Una de las que más me agrada es Buenos Aires. Para vivir Venecia. Me encanta el carácter de los griegos.

Tres años en el Lejano Oriente: Sumatra, Java, China, Nueva Zelanda, Europa, de arriba abajo, desde Arkangelsk, en el mar Blanco, hasta la isla de Creta, América del Canadá a la Antártida, Africa, en todas sus dimensiones. La vuelta al mundo: dos veces. Vivió en Inglaterra, Estados Unidos, Cuba, Chile, Francia, Italia, Grecia, Méjico y Egipto. ¿Se puede hacer más en los veintiséis años que median entre la salida de Puente deume en el velero «Adoración» y este regreso triunfante vía París-Hendaya.

—¿Cuánto dinero habrá ganado en todos estos años?

—Millones de pesetas. Las he ganado y las he gastado. He volado muchas veces de Barranquilla (Colombia) a Méjico para ver una corrida de toros. ¡Ah! Falta algo. En 1954 quise cruzar el Atlántico en un barril, patrocinado por una casa española de bebidas. Lo construí tipo yate, a mi manera. El barril todavía está en Las Palmas. Haría Las Palmas, Dakar, Norte de Brasil (Bolem), Puerto Rico, República Dominicana, Cuba y Miami. No pude realizar la hazaña porque las autoridades insulares consideraron que era un acto suicida.

Hemos sobrepasado muchísimo las medidas del reportaje, y el personaje apenas está expresado. Pero no es posible pasar de aquí. Última sorpresa. El señor Piñero Ulla me dice:

—¿Cuánto voy a percibir yo por este trabajo?

Salgo rápidamente de mí asombro y le digo que nada.

—¡Ah! En Estados Unidos me pagarían.

Jorge Víctor SUEIRO



LA CIUDAD DEL DONCEL, LUGAR DE VERANEO

EN ESTOS MESES SIGÜENZA
DUPLICA SU POBLACION

SURGE UNA NUEVA VIDA MAS ALLA DE LAS ANTIGUAS MURALLAS

[A línea del ferrocarril, que es la de Madrid Zaragoza, tiene que cruzar el Jarama antes de remontar el valle del Henares. Poco después llega el tren jadeando hasta Alcalá, donde algunos viajeros, por capricho, por tipismo o Dios sabe por qué, compran almendras garapiñadas de la tierra a vendedores ambulantes que pregonan a voces su mercancía.

Al salir de Alcalá, el camino comienza a empinarse por kilómetros, porque el curso del Henares, cuyo valle atraviesa el tren, está en cuesta. Muchos pueblos llevan con frecuencia el nombre del río por apellido. Son ya pueblos de la Alcarria, pequeños y de color terroso, en cuya región hemos entrado casi sin

darnos cuenta. En Guadalajara, nuevo parar el tren, y alguna señora que compra bizcochos, muestra tradicional de la dulcería local. Bueno, alguien también ha comprado, no sabemos a quién, un tarrito pequeño que pone "Miel de la Alcarria". Es un tarrito como ese que llevaba Caperucita en el cuento del lobo y de la abuela.

Hasta Jadraque, desde Guadalajara, queda casi otro tanto de camino como el que ha habido hasta aquí. Jadraque tiene un castillo rojo parduzco encima de un cerro, que se divisa perfectamente desde la ventanilla del tren, un poco jadeante por esto de la cuesta arriba. Como quien no quiere la cosa, hay que subir desde los 589 metros sobre el

nivel del mar en Alicante, de Alcalá, hasta los 984 de Sigüenza.

Porque de pronto, Sigüenza ha comenzado a asomar allá a lo lejos. A la derecha del tren, un campo de fútbol, rústico y duro, donde unos zagalones hacen rodar el "esférico". Hay también unas pértigas con aros para jugar al baloncesto. A la izquierda, en la bajada de un cerro, una ermita con un atrio chiquito y una pequeña explanada con árboles.

—Es la ermita de Santa Librada—dicen—. Arriba del cerro hay una fuente donde vienen a merendar por las tardes las pandillas de jóvenes veraneantes.

La gente parece haber oído la proximidad de Sigüenza. En el tren se ha organizado ese batl-

A la izquierda, la catedral. En el centro, el castillo. A la derecha, el Seminario y Palacio Episcopal, en primer término, y detrás, la parroquia de Santa María del Arrabal.



La calle Mayor de Sigüenza. Casas de típico estilo castellano, calles de suave pendiente, empedradas; al fondo, las iglesias medievales. Un marco extraordinario para el veraneo de hoy

burrillo de coger paquetes, bajar maletas de la red. Los más decididos hasta se han ido ya a la puerta para bajar los primeros. La estación de Sigüenza tiene arcos blancos de cal y un azulejo en el que pone el nombre de la ciudad al lado de su escudo: un castillo y un águila. En el andén espera gente, y la escena de siempre tiene lugar entre las carreras de los maleteros y del jefe con su gorrilla roja.

LA CATEDRAL, "OLIVEÑA Y ROSACEA"

Antes de entrar en la estación, lo primero que se ve de Sigüenza desde el tren es la catedral, con sus torreones cuadrados. A la luz del sol, el muro tiene unos manchurroneos más claros, de un rojo blancuzco que resalta con el color pardo del resto.

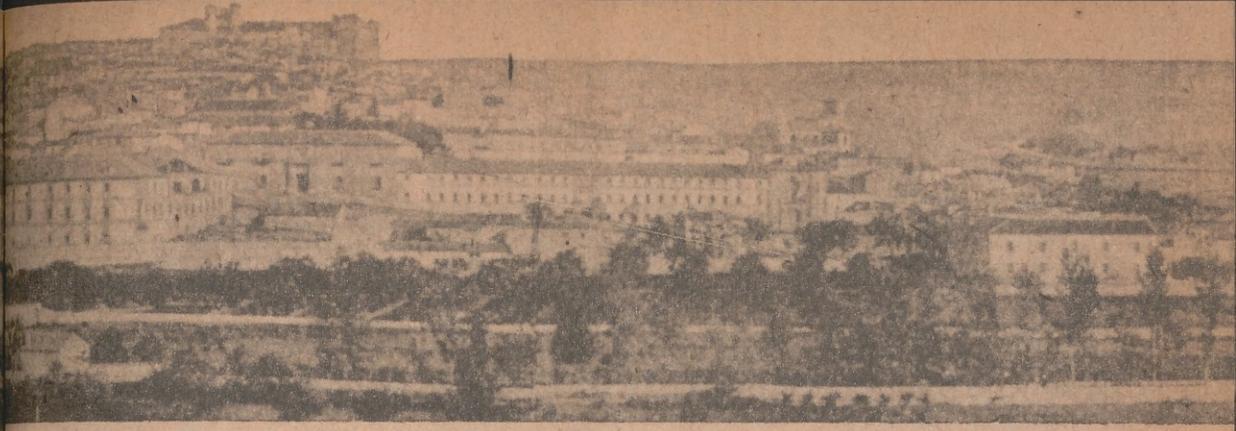
—En la guerra las bombas hicieron esos boquetes, y aunque se gastó mucho dinero en reconstruirlo, el color ese del tiempo no ha podido dárselo.

Esto del color de la catedral seguntina tiene su importancia, porque se ha escrito sobre ello muchas veces. Claro que llegó un momento en que una voz autorizada definió ese color, y ya no hay quien se atreva a añadir una palabra más: la catedral es "oliveña y rosácea".

La catedral está a mitad de camino entre la estación y el castillo. Desde el castillo a la catedral queda la ciudad vieja, que es "monumento artístico", con sus calles estrechas de nombres evocadores y con restos de murallones. Desde la catedral a la estación está la parte nueva, la más reciente, aunque a veces tenga ya uno o dos siglos.

No hay que creer que el crecimiento de Sigüenza quedó ahí, porque también por el lado alto se han construido numerosos chalets para el veraneo, aunque todos estén ya fuera de la ciudad, fuera del antiguo cerco de murallas. Para el Suroeste es hacia donde únicamente no ha crecido Sigüenza, que allí termina la ciudad en el castillo, con su poco de barranca a pico detrás de éste.

Claro está que este crecimiento sólo supone mayor número de casas, pero no de habitantes. Hace siglos parece que Sigüenza se propuso plantarse en los cuatro millares y pico de almas y no hay quien la saque de ahí. Sólo en el verano la población se duplica o más. Pero el veraneante es ave de paso, y cuando llega



el otoño, Sigüenza vuelve a su antigua vida, tranquila, pacífica, silenciosa.

UNA CIUDAD CUESTA ARRIBA

Ya lo hemos dicho. Estamos a 964 metros sobre el nivel del mar en Alicante, pero es en la estación, donde así lo dice una placa. El castillo está a muchos más, porque en Sigüenza todo está cuesta arriba. Ya se sabe, eso de las murallas, de los moros y los cristianos, del aceite hirviendo y todo lo demás de la Historia española de hace siglos. Por si no bastara, la ciudad estaba a mitad de camino entre los cristianos de Aragón y los de Castilla, y aquello tenía su importancia. El obispo era señor espiritual y temporal para evitar complicaciones, y su voz se escuchaba en todos los reinos.

Desde la estación a la ciudad se entra por una plaza redonda y un paseo, medio carretera, en el que hay un puente sobre el río, que aquí es poco más que un arroyo con más piedras que agua, recién nacido, que viene desde Torralba, quince kilómetros más allá del mapa.

Después del paseo, que se llama de Alfonso VI, conquistador de la ciudad a los moros, está, a un lado, la ermita del Humilladero, en cuyo chafalán hace tiempo existe una caseta de consumos que estropea la fachada lamentablemente. Al otro lado de la ermita, en cambio, el lado que da a la maravillosa Alameda, hay un jardincillo con su Cruz de los Caídos y dos lápidas llenas de nombres con el "¡Presentes!" debajo. Por esta parte es por donde llega a la ciudad cada obispo nuevo que viene a Sigüenza. Se trata de una tradicional ceremonia, que tiene no sé sabe cuántos años de antigüedad. El obispo se monta en una mula blanca y, entre palmas y vitores, pasea por las calles bendiciendo emocionadamente a sus nuevos feligreses.

A la derecha de la ermita del Humilladero está la calle de este nombre, con bares, comercios y motos aparcadas junto a la acera, señal evidente de que lo nuevo cabe cerca de lo antiguo. Por la calle del Humilladero también se llega al centro de la ciudad. Pero lo normal es bordear la Alameda para subir por la calle de Medina. Bueno, "antes Medina", que ahora se llama de Serrano Sanz, un polígrafo de la tierra que tiene su placa de recuerdo



Portada anterior del antiguo palacio fortaleza de Sigüenza, donde estuvo prisionera doña Blanca, la infortunada esposa de Pedro I de Castilla, llamado por unos el Cruel y por otros el Justiciero

el otoño, Sigüenza vuelve a su antigua vida, tranquila, pacífica, silenciosa.

UNA CIUDAD CUESTA ARRIBA

Ya lo hemos dicho. Estamos a 984 metros sobre el nivel del mar en Alicante, pero es en la estación, donde así lo dice una placa. El castillo está a muchos más, porque en Sigüenza todo está cuesta arriba. Ya se sabe, eso de las murallas, de los moros y los cristianos, del aceite hirviendo y todo lo demás de la Historia española de hace siglos. Por si no bastara, la ciudad estaba a mitad de camino entre los cristianos de Aragón y los de Castilla, y aquello tenía su importancia. El obispo era señor espiritual y temporal para evitar complicaciones, y su voz se escuchaba en todos los reinos.

Desde la estación a la ciudad se entra por una plaza redonda y un paseo, medio carretera, en el que hay un puente sobre el río, que aquí es poco más que un arroyo con más piedras que agua, recién nacido, que viene desde Torralba, quince kilómetros más allá del mapa.

Después del paseo, que se llama de Alfonso VI, conquistador de la ciudad a los moros, está, a un lado, la ermita del Humilladero, en cuyo chafalán hace tiempo existe una caseta de consumos que estropea la fachada lamentablemente. Al otro lado de la ermita, en cambio, el lado que da a la maravillosa Alameda, hay un jardincillo con su Cruz de los Caídos y dos lápidas llenas de nombres con el "¡Presentes!" debajo. Por esta parte es por donde llega a la ciudad cada obispo nuevo que viene a Sigüenza. Se trata de una tradicional ceremonia, que tiene no sé sabe cuántos años de antigüedad. El obispo se monta en una mula blanca y, entre palmas y vítores, pasea por las calles bendiciendo emocionadamente a sus nuevos feligreses.

A la derecha de la ermita del Humilladero está la calle de este nombre, con bares, comercios y motos aparcadas junto a la acera, señal evidente de que lo nuevo cabe cerca de lo antiguo. Por la calle del Humilladero también se llega al centro de la ciudad. Pero lo normal es bordear la Alameda para subir por la calle de Medina. Bueno, "antes Medina", que ahora se llama de Serrano Sanz, un polígrafo de la tierra que tiene su placa de recuerdo



Portada anterior del antiguo palacio fortaleza de Sigüenza, donde estuvo prisionera doña Blanca, la infortunada esposa de Pedro I de Castilla, llamado por unos el Cruel y por otros el Justiciero

en la pared de una de las casas.

En la Alameda hay cuadros de verde recortado, quioscos de bebidas con aspecto playero, una fuente con su surtidor que echa el agua haciendo equilibrios, y el templete para la banda y una pista de cemento para el "agarrar" los domingos por la tarde. Al fondo de la Alameda, un convento chiquito con verja al frente, que fué, al parecer, catedral mozárabe o así.

—Ahora hay clarisas, que se vinieron aquí después de la guerra, porque su convento de la calle Mayor quedó en ruinas...

En la Alameda hay también álamo, claro está, y bancos de piedra donde se sientan las "chachas" mientras los niños juegan con su pala y su cubito como si estuvieran en la playa. Por aquí es por donde se sentaban aquellos políticos de bombín y cuello duro que acompañaban a Romanones cuando el conde pasaba temporadas en Sigüenza.

Para separar a Alemania del paseo lateral hay una larga barbacana en la que se levantan unos obeliscos de cuando en cuando.

—La Alameda la hizo un obispo que era granadino y por eso los obeliscos terminan en una bola que es una granada de piedra en realidad. En esa placa que hay en la entrada principal dice el nombre del obispo y el año que se hizo.

"EL DONCEL", CLAVE PARA DESCUBRIR SIGÜENZA

En la calle de Medina comienzan las cuestas de Sigüenza. Primero se cruza con la calle de San Roque, formando una plaza con ocho esquinas. En uno de los rincones, el taller para arregiar y alquilar bicicletas, aunque ya eso de las motos se ha dejado sentir en el negocio. Un poco

después de San Roque, queda a la derecha la calle del Seminario. A la izquierda han comenzado las tapias pardas de la parroquia de San Pedro, que forma cuerpo con la catedral, cuyas verjas principales unos metros más arriba.

Es un pequeño rellano el patio exterior de la catedral en esta escalera que son las calles de Sigüenza desde la Alameda al castillo. Además, da gusto sentir el silencio junto al portalón de entrada que tiene arriba un gran relieve con la Virgen poniéndole, entre nubes de piedra oscura, la casulla a San Idefonso. A ambos lados del portalón, las torres cuadradas, gemelas, enormes, que le dan a la catedral ese aire de fortaleza.

Ha habido quien perdió años y más años en describir esta catedral de Sigüenza. El erudito don José Pérez Villamil gastó amor y muchas páginas en describir piedra por piedra esta maravilla de la catedral, donde se mezclan y se confunden estilos de todos los tiempos.

Pero aunque no tuviera tanta cosa para admirar, la catedral de Sigüenza sería famosa en el mundo entero sólo por la estatua funeraria de "El Doncel". Este Doncel fué un paje del obispo, de la familia señorial de los Vázquez de Arce, que se marchó a tierras de moros con las huestes del duque del Infantado cuando aquello de la conquista de Granada. Peleó y luchó como los buenos, y como los buenos fué muerto cuando socorria con otros compañeros a unos caballeros que estaban en peligro. Una historia como muchas otras.

Sin embargo, lo prodigioso viene detrás. La familia se trajo el cuerpo del Doncel y los padres encargaron una estatua funeraria a un escultor cuyo nombre se ha perdido para que todo sea

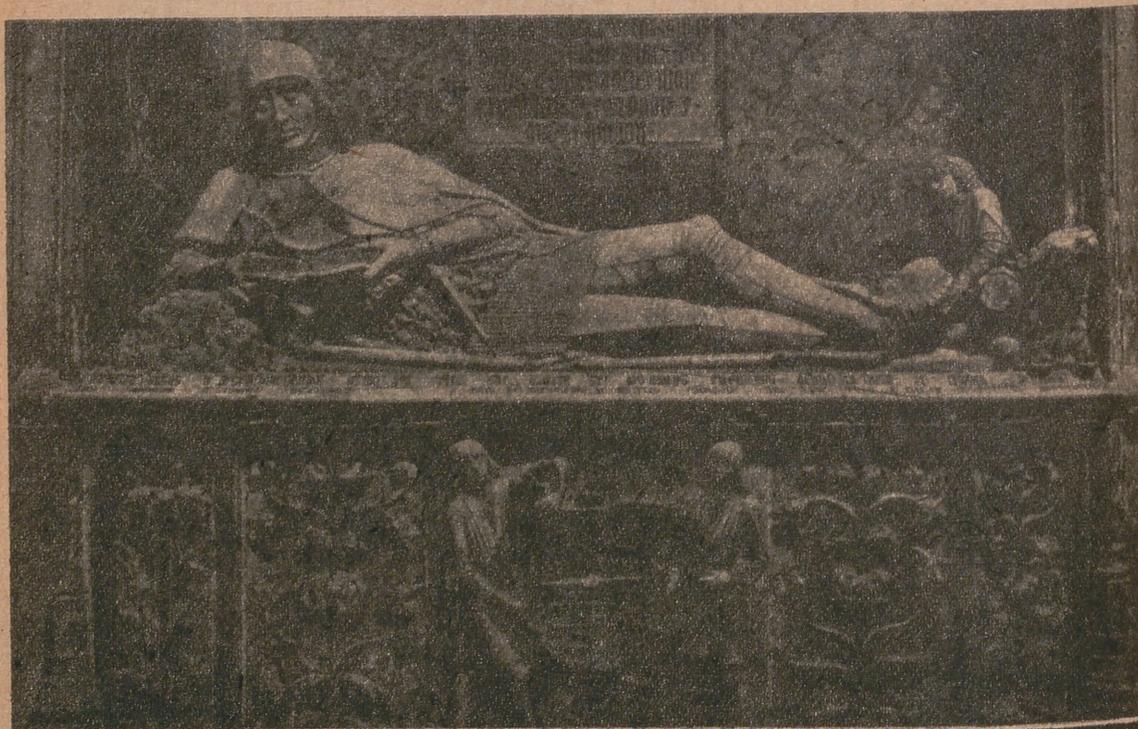
más bonito todavía. Y el artista hizo una estatua que no es, como las otras funerarias, yacente u orante. En ésta, el Doncel está recostado leyendo un libro sobre el cual se ha escrito mucho; que si de versos, que si guerrero, que si de oraciones... Bueno, en realidad sobre "El Doncel" entero se ha gastado mucha tinta, y las más prestigiosas firmas se han comprometido hablando del sepulcro éste de la capilla de Santa Catalina.

Podríamos decir de los destrozos de la guerra, de que si los refugiados estuvieron aquí o allí, de que tal o cual altar quedó destruido. Pero hoy, reconstruido ya todo es mejor olvidar aquellos días tristes. Aunque corra por la espalda un escalofrío cuando nos enseñen fotografías de relieves de madera rotos a golpes de martillo o hacha, de ángeles ingenuos con las alas partidas, con púlpitos de alabastro destrozados.

—La guerra hizo polvo muchas cosas; pero poco a poco se han ido restañando heridas. Murieron muchos en el frente y fueron fusilados muchos en las tapias del cementerio. Al obispo de entonces también lo mataron.

Hemos subido al campanario, que es una bonita aventura. El reloj da las horas con tranquilidad, y desde uno de los balconillos se divisa el paisaje urbano seguntino. Abajo, junto al muro de la catedral, un pequeño mercado. Hay arrieros que venden legumbres y mujeres que pregonan cántaros y búcaros de barro. A la izquierda queda la Plaza Mayor, hermosa y llena de encanto.

—Está reproducida en el Pueblo Español de Barcelona. Aquí se celebraban antes las corridas de toros. Ese callejón que ahora sirve para salir a "la pinarilla"



La estatua yacente del Doncel. Este es el sepulcro de don Martín Vázquez de Arce, en la capilla de Santa Catalina, en la catedral de Sigüenza

y al cementerio y a los chalets de verano era el callejón del toril.

DE LA CATEDRAL AL CASTILLO, MONUMENTO ARTISTICO

Enfrente del portalón grande de la catedral hay una casona con escudo en el balcón. Es un escudo de piedra que no sé a qué familia pertenecería. Pero tiene una leyenda sobre una aureola que es todo un grito de empuje para el que desea continuar hacia arriba la visita a Sigüenza. "Quien no procura subir, vive para no vivir."

Y, para que no digan, nos echamos cuesta arriba, dejando a la derecha la calle de Guadalajara, que es la principal de los comercios, y de los Bancos, y de las pastelerías que tanto abundan. Hay que llegar a la Plaza Mayor y seguir por la empinada calle Mayor, con sus piedras típicas y sus caserones con escudo.

—Todo esto es la parte vieja de la ciudad, y aquí vivían la gente de mejor familia.

La Plaza Mayor es cuadrada y uno de sus lados lo forma la catedral, con su puerta del Sagrario. El lado frontero es la fachada principal del Ayuntamiento, en la que lucen el castillo y el águila de San Juan del escudo de Sigüenza.

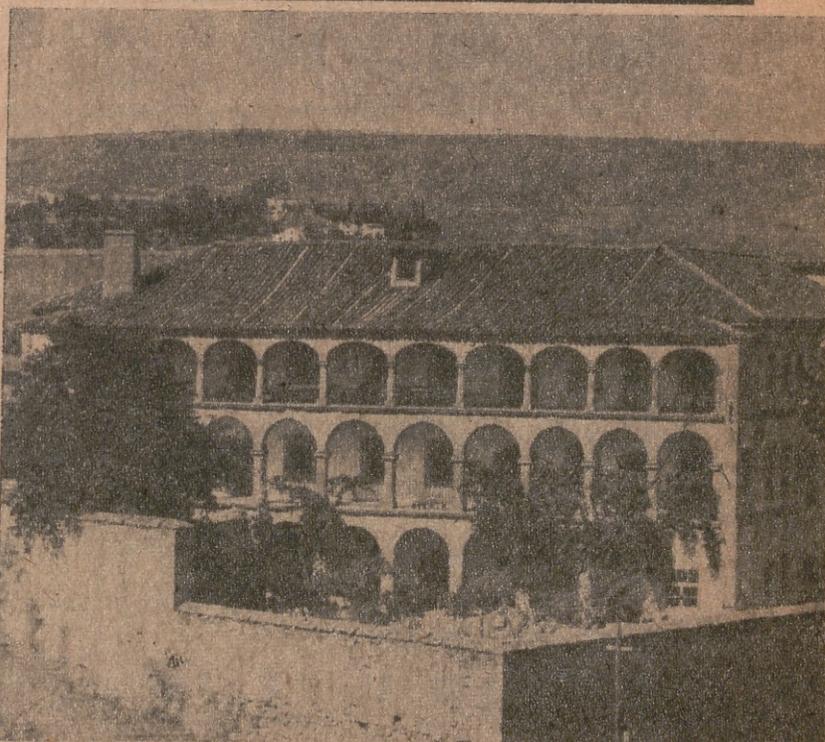
La calle Mayor está cruzada por dos paralelas que se llaman, respectivamente, Travesaña Baja y Travesaña Alta. En tiempos de murallas iban de puerta a puerta de la misma: Puerta del Sol, Puerta de Valencia, Puerta de Herreros, Puerta Nueva. Entrando en la Travesaña Baja, a la derecha, está la Casa de El Doncel, que en realidad se llama de los marqueses de Bédmar. Tiene escudos en la puerta y ropa tendida en los balconcillos, porque hoy es casa de vecindad. Pasos más allá, la iglesia de San Vicente, la calle Villegas, revoltetas de callejas, la de la Estrella, el Pozo, el Hospital, de la Yedra, con la Casa de la Inquisición. Y saliendo ya por la Puerta de Valencia, que se conserva entera, el arrabal, que debió ser barrio judío, porque por aquí existe la calle de la Sinagoga, aunque ya de la Sinagoga no existen ni los restos.

Pero subiendo más y más se avista la plaza de la Fortaleza y el torreón redondo de entrada al castillo. Es uno de esos castillos señeros que se glorían de haber tenido presa a aquella Reina rubia que fué Doña Blanca de Borbón, cuando Pedro I la olvidó por una cortesana bonita que tantos quebraderos de cabeza iba a dar.

Algún año ha habido homenaje a Doña Blanca con motivo de las ferias de agosto. En 1956, Alfredo Juderías, que es segundo "honoris causa", aunque natural de Molina, organizó unos Juegos Florales que tuvieron escenario en el patio de armas del castillo. En las almenas, muchachos del Frente de Juventudes tuvieron antorchas encendidas dando al acto aire de festejo medieval que es lo que se pretendía.



Casa de los marqueses de Bédmar, conocida por «La casa del Doncel».



Desde la Pinarilla, el Colegio de Infantes, residencia de los padres claretianos.

Detrás del castillo, ya lo hemos dicho, la barranca, con la carretera al fondo. Aquí termina Sigüenza.

EN EL VERANO, SIGÜENZA DUPLICA SU POBLACION

Solamente en el verano se despierta un poco la ciudad con la llegada de los forasteros. Son veraneantes amigos de un año y otro año, gente que busca el viento fresco y el sol suave en el hermoso pinar y en "la pinarilla", que empezó siendo aprendiz de pinar y ahora es un pinar como Dios manda.

A la vera de los pinos están los chalets con sus variados estilos y sus colores alegres. Ya no son casas de piedra parda como en la ciudad vieja, sino castas de jardín, con cal y rojo en la fachada. La carretera, con su poquito de polvo, lleva hasta Alcuneza y demás pueblos vecinos. Antes está la fuente del Abanico, con su pradillo verde para descansar. Por la parte alta, el camino del pinar, a través del cual marchan en septiembre muchas personas descalzas para ir a la ermita de Barbatona. Hay una Virgencita chica, que se llama de la Salud, y exvotos del mil setecientos en los muros blancos.

También en el camino del Alcuneza está la piscina. Se inauguró hace unos años tan sólo, y esto le ha prestado un nuevo aliciente al veraneo en la ciudad.

—Antes íbamos a una presa o a cualquier otro sitio. Pero ahora ya tenemos la piscina y da gusto refrescarse, porque aquí aprieta el calor en agosto.

No me dejan sonreírme cuando les digo que yo soy de Despeñaperros abajo y que allí sí que hace calor del bueno, del de asarse vivo. Aquí también hace calor, calor del otro, pero calor para remojarse en el agua y luego tostarse un poquito.

El camino de Alcuneza es la prolongación de la calle San Roque, a cuyo final está la placita de las Cruces y el callejón de Infantes, con el antiguo Colegio Seminario menor. A la placita de las Cruces da la espalda el cine, el Capitol, que proyecta de vez en cuando películas de esas que ya

han visto todos los veraneantes, pero que a los del pueblo les saben a gloria. La fachada principal del Capitol da a la Alameda y allí mismo empieza el paseo de las Cruces, que va hasta la vía del tren.

La calle de San Roque tiene árboles a los lados, y sus casas son de hace dos siglos, que las mandó construir un obispo para que con sus rentas viviera el hospital. La prolongación de la calle tiene un nombre pomposo: "Avenida de Ramón y Cajal, don Santiago". Y en el sitio donde deja de llamarse San Roque para llamarse así, realza una ermita en ruinas dedicada a aquel Santo, de antigua devoción seguntina. Esa manera de poner nombres a las calles tiene su poco de originalidad. La de Guadalupe, por ejemplo, tiene una placa donde dice la nueva denominación: "Calle del Cardenal Mendoza (obispo de Sigüenza en el siglo XVI)".

Al principio de San Roque está el Casino, con su salón para que los señores jueguen al ajedrez, al tresillo, al mus o a lo que sea y para que las señoras lo hagan a la canasta. A un lado, los billares, con sus cuadrados verdes y las bolas rodando que es un gusto. En un rincón queda la gran estufa con sus tubos enormes, que está encendida muchos meses del año.

CUANDO EL ROSARIO DE FAROLES PASA POR SAN ROQUE

En agosto son las fiestas mayores de Sigüenza. Claro está que hay otras ferias repartidas en otros meses, pero las principales son las de la Patrona, que es la Virgen de la Mayor. Además, el día 15 de agosto cae junto al de San Roque, que es el 16, y esto le da carácter de doble fiesta.

Hay funciones de iglesia por todo lo alto, con predicadores que hacen saltar lágrimas de placer a las viejecitas que se sientan en los primeros bancos. También habla el obispo el día grande, y se organiza antes una procesión por todas las calles de la ciudad. Se lleva un rosario, donde cada avemaría, cada gloria y cada padrenuestro es un farol encima de un palo. Hom-

bres y muchachos de toda clase, veraneantes y seguntinos, llevan cada uno su farol. A la caída de la tarde resulta impresionante ver ese caminar de luces por las calles de Sigüenza.

Claro está que no todo se queda en actos de iglesia, sino que hay casetas de tiro al blanco, concursos de cucañas, caballitos del tiovivo y puestos de dulces en la Alameda. Y por las tardes, corridas en la plaza, una plaza de madera a la salida del pueblo, camino de la ermita de Santa Librada. Vienen esos aspirantes a fenómeno de siempre, con ganas de partirse el pecho con los morlacos de turno, resabiadillos y difíciles. La banda de música ameniza el espectáculo con pasodobles y jotas, y los aficionados necesitan salir alguna que otra vez a rellenar las botas de vino que, entre trago y trago, se vacían más pronto de la cuenta.

La plaza de toros se instala en un llano enfrente del nuevo Seminario, quizá de los más modernos de España, y junto a un viejo edificio señorial con escudos a la puerta, que hoy alberga la Biblioteca Municipal, los Juzgados y unas cuantas oficinas más. Continuando el camino hacia abajo, ya hemos dicho que se sale a la carretera que marcha hasta Santa Librada, con el paisaje de unas huertas con árboles frutales, junto al aprendizaje de río que es por aquí el Henares.

Pero las fiestas terminan pronto. Y también los meses de verano. Los cinco mil o más veraneantes que desde Madrid marchan a Sigüenza para gozar de sus airecillos frescos de verano, vuelven a sus ocupaciones de siempre, al jaleo del Metro, de los autobuses y de las luces de tráfico. Y Sigüenza vuelve también a su vida habitual. Hay bien es verdad, otras fiestas en octubre. Pero ya no son sino fiestas para los de casa. Después, los fríos, que por aquí pegan en serio, porque la sierra Ministra envía unos airecillos que quitan las ganas de salir a la calle. Y así una y otra vez hasta el nuevo año.

Antonio GOMEZ ALFARO
(Enviado especial)

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA

Una publicación especializada en temas de información

Precio del ejemplar: 10 pesetas. Suscripciones: Semestre, 50 pesetas; año, 80.

Números atrasados a 15 pesetas

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA

Administración: Pinar, 5. - Teléfono 355640 - MADRID

LA VOCACION AFRICANISTA EN LA VIDA DE TOMAS GARCIA FIGUERAS



UN LIBRO IMPORTANTE SOBRE LA OBRA DE ESPAÑA EN MARRUECOS

“NUESTRA ACCION PROTECTORA HA DADO UN EJEMPLO AL MUNDO”

HAY un periodo, el más próximo, de las relaciones de España y de Marruecos que acaba de pasar a la Historia. Nos referimos al Protectorado (1912-1957). Este periodo de cuarenta y cuatro años, un tiempo minúsculo en el conjunto de la Historia, ha sido intenso y fecundo para los dos pueblos; especialmente a partir del año 1936, en que se inicia el glorioso Alzamiento Nacional, la evolución de Marruecos ha sido impulsada y estimulada por España de un modo tan amplio y fraternal que casi no ha dado lugar pese a aportaciones interesantes para su conocimiento, a apreciar muchos aspectos de ella y menos aún a formarse una idea clara de la arquitectura de su obra »

Con este párrafo, como primero de la introducción, comienza su libro el africanista don Tomás García Figueras. En la abundante y especializada obra de este escritor, docto y conocedor profundo del tema africano, su último libro

viene a ser culminación de una época que su pluma supo siempre captar con minuciosidad y sobra de acierto.

«España y su protectorado en Marruecos» es el título. En una perfecta síntesis, lo suficientemente apretada como para no olvidar ni quedar fuera de las 356 páginas nada de interés, y lo sobradamente inteligente y bien cuidada como para seguir y exponer, al margen de cifras y datos, las directrices políticas de cada momento, Tomás García Figueras nos ha dado un reflejo, una imagen completa de lo que fueron y significaron aquellos cuarenta y cuatro años de presencia y acción española en Marruecos.

En el libro hay, naturalmente, abundante bibliografía y exposición detallada de las fuentes que el escritor y publicista ha utilizado. Pero no podemos olvidar un dato fundamental que presta a la obra un rico margen de autenticidad: Tomás García Figueras ha vivido en Marruecos más de la

mitad de su vida y una gran parte de esos años en puestos de avanzada responsabilidad. De aquí posiblemente el creciente interés que encuentra el lector en estas páginas y la visión humana, al par que, estrictamente histórica, que el escritor da a los problemas y temas abordados.

En tres partes fundamentales divide el historiador su obra: acción material, acción espiritual y acción económico-social. Tres partes que corresponden a otros tantos jalones de la vida de Marruecos en tiempos de nuestro Protectorado: bienestar material, desenvolvimiento intelectual y perfección moral. Las tres etapas que un político español del XIX quería para España: un pueblo rico y que trabaje; un pueblo culto y que piense; un pueblo libre y que gobierne.

EJEMPLO DE UNA VOCACION AFRICANISTA

Don Tomás García Figueras tie-



Año 1925. Homenaje en Jerez e imposición de la Cruz de Carlos III

ne ahora sesenta y seis años. Alto, de fuerte complexión física, con algunas entradas en la cabellera, al escritor, si tuviera que definirlo con pocas palabras, yo pondría éstas: bondad, inteligencia y elegancia. No hay que rebuscarle las tres cualidades. Le saltan a los ojos y se perciben en el rato de charla, si es que no hubiera otros motivos para afirmarlo.

Nació el escritor en Jerez de la Frontera el 19 de junio de 1892. De párvulo asiste al colegio de doña Juana Redondo Sales y más tarde, al de don Luis Gonzaga Pérez Jurado. Dos nombres inolvidables que no se han borrado nunca en el recuerdo y en el reconocimiento de gratitud del jerezano. Estudia en la Escuela Jerezana de Santo Tomás, ingresando luego en el Instituto de Segunda Enseñanza de Jerez, donde termina el Bachillerato.

En 1907 marcha a Cádiz, al Colegio de los Marianistas, en el que permanece tres años. Tenían aquí un merecido prestigio las clases de preparación para ingreso en las Academias Militares, que dirigía don Ricardo Fernández de la

Puente, destacada figura en la Armada española. El y don Fernando García Veas, hoy general retirado de Artillería, son por entonces los profesores en esa especialidad del aspirante a militar. Hay de este período otros dos nombres inolvidables: el P. Enrique Quinchard, que consigue del alumno la afición a los estudios de Sociología, y don Pedro Ruiz de Azúa, con quien Tomás García Figueras mantendrá para siempre una larga y constante relación de afecto y de amistad, hasta que viene la muerte del profesor de otros tiempos, cuando desempeñaba el cargo de presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio de Nuestra Señora del Pilar.

De 1910 a 1915 hace los estudios en la Academia de Artillería, de la que sale segundo teniente alumno en 1913 y primer teniente en 1915. En este año el flamante teniente, con sus estrellas recién estrenadas, es destinado al Tercer Regimiento Montado, de guarnición en Sevilla. En Sevilla, durante dos años, se prepara para la Escuela Superior de Guerra, en la que in-

gresó en la XXII promoción en el año 1917. Tres cursos duran los estudios, y en 1921, en el mes de febrero, García Figueras marcha a Marruecos para realizar las prácticas. Larache, Comisión Geográfica, Regimiento de Caballería de Tardit, Comandancia General de Larache y Aviación. Este es el primer contacto personal, vivido y nunca olvidado, del africanista con África.

Al diplomarse de Estado Mayor, en 1922, fué destinado al Tercer Regimiento de Artillería pesada en el Puerto de Santa María, donde queda de guarnición hasta 1923, en que es destinado a la Comandancia de Artillería de Melilla e inmediatamente después a las Intervenciones Militares de Larache. Son los años de colaboración decidida y entusiasta con otro jerezano ilustre, el general Primo de Rivera. Muy de cerca, Tomás García Figueras puede apreciar la empresa difícil, llena de sinsabores y peligros, discutida, del general, que termina con el desembarco de Alhucemas, clave de la pacificación marroquí. El futuro escritor y publicista comienza a sentir desde entonces una profunda admiración y un sincero cariño por el general Primo de Rivera. Algún tiempo más tarde, a Tomás García Figueras se le concede y se le impone la Medalla Militar individual por su actuación en Beni Arós.

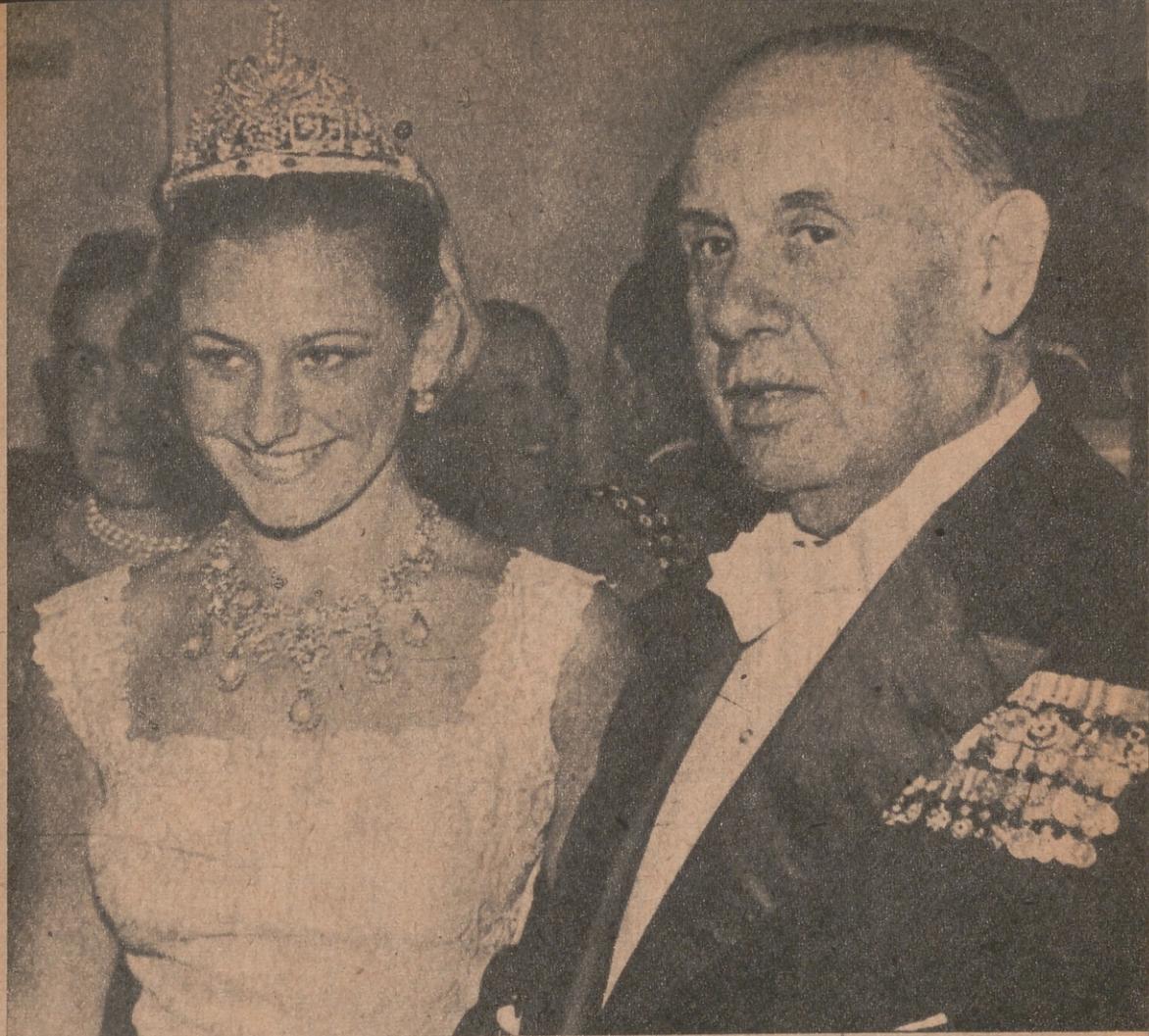
En las Intervenciones Militares de Larache está hasta mayo de 1926, en que vuelve de nuevo al Puerto de Santa María, pero ahora por poco tiempo, ya que en el mismo mes de junio, el general Sanjurjo le pide que vuelva a Beni Arós y allí permanece hasta 1927, el año de la pacificación marroquí. Cuando en África, en Marruecos, suena la hora de la paz, Tomás García Figueras pasa como profesor a la Academia de Artillería. En 1929 es designado jefe de la Oficina Mixta Hispanofrancesa de Información e inspector general de la Seguridad de Tánger. Al hombre fiel, al militar pundonoroso, cumplidor, se le van concediendo puestos de máxima responsabilidad. De esta época guardará un recuerdo perdurable del general Jordana, del coronel Capaz y del general Mola.

Retirado extraordinario en julio de 1931, don Tomás García Figueras marcha a su pueblo, a Jerez de la Frontera, y empieza con más intensidad sus trabajos de escritor sobre temas marroquíes. En el año 1936, el Caudillo pone al escritor y militar retirado a las órdenes del general Orgaz, entonces Alto Comisario, y desde entonces permanece durante veinte años ininterrumpidos en Marruecos. Veinte años con muchos jalones que hablan de la confianza del Estado en este hombre y de su pericia y fino entendimiento de los problemas y temas de Marruecos: interventor regional de Larache; secretario general de la Alta Comisaría; delegado de Educación y Cultura; delegado de Economía, Industria y Comercio; asesor financiero de la Alta Comisaría; otra vez delegado de Educación y Cultura, y, finalmente, delegado de Asuntos Indígenas desde 1952 a 1956.

Quando la nación no le llamó a puesto que le necesitaba, don Tomás García Figueras encontraba



Lyautey impone al capitán García Figueras la Cruz de Guerra Francesa



Tomás García Figueras con la reina de la jerezana Fiesta de la Vendimia de 1957

siempre su retiro en el mismo lugar, en su Jerez, el pueblo que le vió nacer. Pero en Jerez también se puede servir a España además del servicio permanente, velando constantemente las buenas armas de la pluma. En 1957 es nombrado presidente de la Comisión Oficial de las Fiestas de la Vendimia. ¡Buen título para un jerezano de fina cepa! En abril de 1957 es diputado provincial de Cádiz y en junio del mismo año le viene a las manos con los mejores merecimientos el máximo honor: la vara de Alcalde de su pueblo. Los jerezanos pueden estar de enhorabuena.

Antes de diplomarse de Estado Mayor, don Tomás García Figueras había contraído matrimonio con doña Felicidad Gallegos Martín, también jerezana, que compartió con el escritor su vida hasta 1947, en que murió. De este matrimonio nacieron tres hijas, de ellas la segunda es madre de nueve hijos y la tercera de uno. Diez nietos que hoy son la ilusión mayor del ilustre africanista.

LA PLUMA AL SERVICIO DE LA VOCACION

En 1916, cuando el escritor contaba sólo veinticuatro años, aparece su primer libro: «Elementos de educación moral del soldado». Desde entonces su actividad no encuentra descanso para la pluma y un año más tarde da a la estampa «Héroes sevillanos de la campaña del Rif». Está en marcha la vocación africanista. En

1925 aparecen «Recuerdos de la campaña». Después, «Temas de Protectorado», «Acción de España en Marruecos», que merece el Premio Nacional del Ayuntamiento de Madrid. En 1930 sale un nuevo libro, titulado «Del Marruecos feudal»; cuatro años más tarde, «Cuentos de Yehá», y en 1939, «Marruecos», Premio Nacional de Literatura «Francisco Franco». «Santa Cruz de Mar Pequeña-Ifni-Sahara», «Presencia de España en Berbería Central y Oriental», «El hecho político de Argel», «Ramadán de paz», Premio «Ejército»; «La acción social de España en Marruecos»; «Africa en la acción española», Premio «Africa» «Miscelánea», de estudios africanos, marroquíes, y varios estudios sobre Marruecos; «Economía social de Marruecos» en tres tomos, y nos falta espacio para reseñar títulos y conferencias del escritor sobre los más diversos temas africanos.

—¿Cuándo comenzó usted a escribir en la Prensa?

—Mi primer artículo lo publiqué en 1910. He escrito muchísimo para la Prensa, casi siempre sobre temas africanos; el periodo más intenso corresponde a los años 1941 a 1956. Es imposible dar referencia completa de todos los periódicos o revistas en los que he colaborado; le cito, entre otros, «La Vanguardia», «A B C», «Diario de Africa», «El Telegrama del Rif», «España», «El Guadalete», de Jerez; «Ayer...» y entre las revistas, EL ESPAÑOL, especial-

mente en su primera época; «Mundo», «Marruecos», «Africa», desde el comienzo de su publicación en 1924; «Ejército», «Nuestro Tiempo», «Revista de Historia Militar»... Creo de justicia citar algunos nombres que están muy estrechamente unidos a más actividades periodísticas: Manuel L. Ortega, Antonio Martín de la Escalera, Cándido Lobera, Rafael Fernández de Castro, Diego Brocardo—los cinco desaparecidos—. Vicente Gállego, Luis de Galinsola, Luis Calvo, Juan Aparicio, José Díaz de Villegas, Antonio Fontán, José Carrasco Téllez.

—¿Desde cuándo se sintió usted llamado por la vocación africanista?

—En realidad mi generación vivió toda la acción africanista desde comienzo del siglo. La Conferencia de Algeciras, los sucesos de Casablanca, las andanzas del Raisuni, la campaña de Melilla de 1909, eran en nuestra niñez y en nuestra pubertad temas que nos apasionaban. Aún recuerdo nuestra emoción cuando, estudiante en Cádiz, contemplábamos la bandera española colocada sobre el Gurugú. Después, en 1917, y estudiando en Madrid, seguía con especial interés la acción periodística de un jerezano inteligente, emprendedor y extraordinariamente simpático: Manuel L. Ortega, compañero de la niñez y que ya había templado su ágil pluma en campañas de Prensa jerezana con el seudónimo de «El Dómine Ga-

jas», y que entonces se dedicaba especialmente a Marruecos. A través de nuestras conversaciones y de sus libros me fueron apasionando temas concretos: la política con el Raisuni, tan discutida entonces; el movimiento hispano sefardí, que dirigí con tanta fe el ilustre doctor Pulido; la revista «Marruecos», en la que conocí a don Rafael de Roda; los Anuarios Generales de Marruecos. Fué en la revista «Marruecos» donde comencé en 1918 mi colaboración sobre temas marroquíes.

EL UNICO ALUMNO DE UN CURSILLO

Una generación de africanistas, de los cuales muchos, como él, siguen aún en la brecha.

—De los africanistas que usted ha conocido, ¿quienes cree que han destacado más?

Pregunta difícil, porque es natural que la memoria, a la hora de dar nombres concretos, falle. Por eso, la relación que el escritor nos da no es exclusiva.

—Nunca me ha gustado dar nombres. A veces puede uno dejarse en el tintero, o en los labios, nombres y apellidos de un profundo significado. Creo que una de las figuras más destacadas del africanismo que yo he conocido fué don Juan Beigbeder. Su claridad de visión, su inteligencia, su cultura y la rapidez y acierto de sus decisiones e impresiones. Su labor en Marruecos, de 1936 a 1939, tendrá que ser estudiada y ese estudio será un vivero de magníficas enseñanzas. Conocí también a Gonzalo de Reparaz, amargado y estridente en sus últimos tiempos, pero cuyo conocimiento del problema marroquí y africano eran indudables. Por cierto que hasta 1932 ó 1933 organizó un cursillo muy interesante de conocimientos africanos, del que yo fui el único alumno. En el aspecto económico y social es admirable la constancia y el conocimiento de don Rafael de Roda, que ha venido luchando con tenacidad ejemplar durante cuarenta años. Estas tres figuras son auténticamente africanistas, ya que los tres fueron «sembradores que no recogieron el fruto». Y, desde luego, no se pueden silenciar los nombres de José Díaz de Villegas, Tomás Borrás, Arques, Cordero Torres, Gil Benumeya, Luis Antonio de Vega, que han dado al actual africanismo español su inteligente y desinteresada cooperación.

—¿Qué tiempo tardó en escribir «España y su Protectorado en Marruecos»?

—En la materialidad de escribirla, unos cinco meses. Claro está que se trataba de ordenación de datos y de ideas.

—¿Ha utilizado muchos materiales?

—Los materiales utilizados han sido muchos, porque la bibliografía española sobre Marruecos es, aunque no todo lo conocida que debiera serlo, copiosísima y muy completa. Los datos estadísticos y de la acción en todos los aspectos han sido recogidos en numerosos Anuarios, Memorias, Vademécum, hojas informativas, etc., y se ha procurado en el libro dar referencias bibliográficas mínimas, pero de interés que permitan al lector un más amplio conocimiento.

En ese aspecto de la relación

entre el propósito de este libro y ese gran material bibliográfico conviene decir que es mucho lo que queda por divulgar en el aspecto de la ejemplar acción española en Marruecos.

LA EJEMPLARIDAD DE ESPAÑA

En alguna ocasión he oído a célebres africanistas elogiar la abundante biblioteca que en Jerez posee don Tomás García Figueras. Oí decir que es una de las más importantes de temas africanos. Don Tomás tiene en Jerez su biblioteca dividida. En su casa, en el número 41 de la calle del General Franco, posee una gran parte de ella. Otra está en unas habitaciones de un convento jerezano.

—Ciertamente que desde hace muchos años vengo reuniendo libros y publicaciones sobre Marruecos y sobre Africa. Hoy mi biblioteca, modesta, tiene unos 4.500 libros y unos 8.500 folletos; el interés de estas cifras reside en la especialización africana de la casi totalidad de esas publicaciones.

Secciones de ellas son: Cartografía, Dibujo y Fotografía, Miscelánea, Correspondencia..., aparte de mucho material de trabajo, alguno muy avanzado y la mayor parte precisada aún de ordenación y de labor intensa. Entre los trabajos más avanzados están: «Larache durante la primera ocupación española» (siglo XVI), «Bibliografía española sobre Africa», «Cronología», «La historia de Muley Ahmed Raisuni», que es tanto como decir la historia de la zona occidental de la que fué nuestro Protectorado marroquí durante el primer cuarto de nuestro siglo; «Africa en las Cortes Españolas»; algunos volúmenes más de «Miscelánea», etc. Ya comprenderá usted que no espero culminar toda esta tarea. Pero doy muchas gracias a Dios, que me tiene mi ilusión y sobre todo porque me da lo máximo que yo puedo anhelar: saber siempre que el trabajo que me queda es mucho más que el que yo pueda desarrollar en los años que El me dé de vida... Lo que es tanto como vivir a cubierto de la tristeza y de la depresión espiritual que me produciría el no hacer por España.

—¿Qué fines ha perseguido usted con la publicación de este libro?

—Los fines perseguidos han sido el dejar un testimonio histórico, sintético, pero lo más completo posible, de la obra de España en Marruecos; hacer que esa obra sea conocida por los españoles. Estoy seguro de que, recogida en su conjunto, impresionará a muchos y les hará sentir el orgullo de lo que allí hizo España. No se olvide tampoco la utilidad de escribir historia en su propia época, porque aunque ello exija apartarse de los juicios que precisan más amplia perspectiva en el tiempo, tiene, en cambio, la utilidad de aportar datos que luego, cuando el tiempo pasa, se reúnen con dificultad. Y España está obligada a conocer y a que conozca el mundo lo que fué nuestra acción en Marruecos, poniéndole a cubierto de cualquier especulación apasionada, ignorante e incluso malintencionada.

Don Tomás García Figueras me habla ahora de la ejemplaridad intachable de la conducta española en Marruecos a través de los años:

—España en su Protectorado marroquí se ha mostrado digna continuadora de su acción colonial, humana y noble, y ha dado un ejemplo al mundo, hoy que tanto se especula en torno a esa acción. España no perdió jamás de vista que el Protectorado era una acción eventual e hi. esfuerzos y sacrificios muy grandes a sabiendas de que era una obra generosa en beneficio de Marruecos. Por otra parte, la doctrina de la acción africanista española era bien conocida: unidad e independencia de Marruecos. El Caudillo en sus recientes intervenciones en las Cortes en las intervenciones con periodistas extranjeros ha puesto de relieve de un modo preciso y exacto cómo era de noble y de generosa la acción española en Marruecos. El hermano marroquí no fué nunca un tópic, sino una realidad indiscutible en nuestra acción.

LA VARA Y LA PLUMA

Dos preguntas en una para el señor Alcalde de Jerez:

—¿Está usted satisfecho por este nombramiento? ¿Puede impedirle esta nueva actividad su continuación en la vocación africanista?

—Extraordinariamente satisfecho. Sin duda no hay mayor orgullo, cuando se ha tenido todo, que regir los destinos de su propia ciudad; no hay tarea en la que pueda emplearse mejor que en la de servir a su propio pueblo la experiencia que la vida y la acción constante nos haya dado. Yo amo apasionadamente a Jerez y me enorgullece poderle dedicar mis mejores esfuerzos; Jerez bien se los merece. A su otra pregunta le respondo que no hay caso de desviación de mi actividad africanista, porque esa forma parte de mi propia vida. Comprendo que el ritmo en algunos aspectos disminuirá, pero la ilusión de hacer no y, además, esa ilusión será el contrapeso que la actividad necesite siempre para ser fecunda.

También para el señor Alcalde de Jerez la última pregunta:

—¿Qué proyectos tiene desde su sillón del Ayuntamiento de Jerez?

—En Jerez existe un plan del «Gran Jerez» que lo puso en marcha el Alcalde anterior. El plan es amplísimo y, además, con una cantidad de importantes derivaciones. Mi primer proyecto es trabajar intensamente en las directrices de este plan. Sobre todo en lo que se refiere a urbanismo. El problema fundamental es el de la vivienda y el de la enseñanza, especialmente en la campaña jerezana: a ellos pienso también dedicar toda mi atención.

Horas después de esta charla, don Tomás García Figueras emprendía el camino del hermoso pueblo gaditano. Para el publicista hay ahora dos símbolos que honran a un hombre sencillo, modesto y extremadamente bondadoso: vara de alcalde y pluma para seguir defendiendo la verdad de un importante capítulo de la Historia de España.

Ernesto SALCEDO



Medio millón de turistas ingleses camino de España

BOTIJOS Y SOMBREROS DE
PAJA EN LA ESTACION VICTORIA

UNAS VAGACIONES QUE NO SE OLVIDAN

EN la calle Piccadilly, a la altura del Green Park, suele estar plantado horas y horas uno de los más solemnes guardias de la circulación de la capital británica. Con el casco calado hasta los ojos y unos manguitos blancos, parece un general con mando en plaza mientras manotea energético para dirigir la riada de vehículos. Cuando se le habla no interrumpe su tarea y contesta sin mirar una sola vez a los ojos del que pide la información.

—La Casa Española de Turismo está en la calle Jermyn; dos manzanas a la derecha. Deberían escribir a los periódicos pidiendo que pongan un cartel indicador.

El guardia está ya cansado de dar la misma información. Cada día son cientos los ingleses que se encaminan a la Oficina que

nuestra Dirección General de Turismo tiene abierta en el más transitado barrio de Londres. Es un local bien presentado, de reducidas dimensiones, con dos amplios escaparates donde se exhiben muñecas vestidas con trajes regionales, objetos de cerámica, vistosos carteles y hasta algunos botijos de pura fabricación allicantina.

—El año pasado se atendieron unas cien mil consultas relacionadas con ingleses que preparaban su viaje a España. Solamente en lo que va de 1958 se han despachado ochenta y cinco mil. Está de moda en Inglaterra veranear o irse de vacaciones a nuestra patria. Los trescientos mil británicos que fueron a España en 1957 se convertirán en medio millón este año.

Es Alberto Martínez Adell, en su despacho de la Oficina Española de Turismo, quien va dando estas cifras aproximadas, a la vista de los antecedentes del archivo.

Hay colas de futuros viajeros ante los mostradores del establecimiento. Abundan las mujeres y entre éstas, chicas jóvenes. Algunos lucen sus conocimientos de nuestro idioma y hacen las preguntas en castellano rudimentario. Los nombres geográficos son un auténtico trabalenguas; hace falta ser tan expertos como las señoritas que atienden al público en esta Oficina para descifrar que hablan de La Toja o de Torremolinos.

—El último mes de junio acu-

dieron a nosotros unas diez mil personas, pero hay que tener en cuenta que estos meses de verano son los de menor afluencia. El inglés es previsor y le gusta hacer sus planes con una anticipación desconocida por los españoles. El mes de enero último fueron unos veintidós mil los que pidieron información para su veraneo. Uno de los días de más trabajo para nosotros es precisamente el primero de enero, que aquí en Inglaterra es día laborable.

BODA EN ESPAÑA

Tan metódico y tan previsor es el inglés, que acá por los primeros días de diciembre compra ya su agenda o libro de notas para el año venidero. Una de las más importantes anotaciones es la referente a las vacaciones y pronto se estrena el librito inscribiendo en los espacios reservados a las fechas iniciales del nuevo año un recordatorio para ir a la Oficina de Turismo. El ideal para el inglés es saber el 1 de enero hasta el más mínimo pormenor de su viaje de verano la hora de salida del tren en Irún, los minutos que tarda en llegar a San Sebastián, el número de la habitación que tiene reservada y el tiempo que tendrá para cambiarse de traje antes de tomar su primera comida. Por eso los que ahora piden datos para ir a España son la excepción, los imprevisores y también los excéntricos que siempre hay por toda tierra de Dios.

Pocos días atrás se presentó en la Oficina española de la calle Jermyn una inglesa rubia azafrañada de poco más de veinte años, con espléndidos ojos azules. La información solicitada no se refería esta vez a ninguna salida de trenes.

—Vengo a que me orienten de los requisitos que hacen falta para casarse en España.

Esta romántica británica nunca había estado en nuestro país y nunca había tenido la oportunidad de tratar a ningún español. Tampoco su intención era encontrar marido en su viaje, porque tenía novio, y nacido aguas arriba del Tamesis, en la misma localidad de Windsor. Lo que ella quería era simplemente contraer matrimonio en la soleada y poética tierra española, en plena Andalucía, con guitarras, flores y baile. Para ello la pareja estaba dispuesta a sacar el billete de avión y plantarse sin más trámites ante la puerta de una iglesia sevillana.

La atracción que el solo nombre de España ejerce para el inglés queda de manifiesto por las cifras siempre crecientes de los que nos visitan. Si en 1949, a lo largo de todo el año, sólo acudieron a nuestra Oficina de Turismo de Londres unos 7.000 futuros viajeros, ya al año siguiente este número ascendió a 19.000. En 1951, esa última cifra se multiplicó hasta 39.000. Pocos países pueden apuntarse el tanto de un desarrollo tan favorable del turismo en tan corto espacio de tiempo. Y más importante es aún el hecho de que este fenómeno se haya producido en Gran Bretaña, donde tan difícil es ir contra los hábitos adquiridos en muchos años de ir a veranear, por tradición, a la Costa Azul o a las playas italianas.

ESCALAFON DE TOREROS

Pasar un par de horas recostado sobre el mostrador de la Oficina de Turismo Española de la calle Jermyn es una magnífica experiencia para conocer qué pide el inglés de España, la idea que tiene de nuestro país y cuáles son sus preferencias. Aunque al formular sus consultas suelen ser de pocas palabras, reacios a exteriorizar abiertamente sus pensamientos y, en general, no piden sino datos concretos y, a ser posible, exactos, no es difícil, sin embargo, extraer sabrosas consecuencias de un rato de observación en aquel establecimiento.

No es ninguna novedad decir ahora que las corridas de toros se llevan la palma entre los atractivos que ofrece España para los ingleses. La mayoría de los que preparan sus maletas para visitarnos quiere saber cuándo y dónde podrán presenciar un espectáculo taurino. Son muchos los que piensan que se celebran corridas a diario en cada localidad importante y en lo que coinciden un gran número es en pedir «el escalafón» de los toreros para conocer los nombres de los de más fama y para saber también cuánto ganan cada uno a la semana o al mes.

La afición taurina de los ingleses va en aumento. Tanto es esto así que suelen aparecer con frecuencia cartas en los periódicos, manteniendo una viva y chispeante polémica entre los partidarios de la fiesta y los que censuran que



Unos turistas ingleses compran claveles en un puesto de flores detrás de la Giralda

sean precisamente los mismos británicos los que contribuyan con su nutrida asistencia a las plazas a mantener el fuego de la afición. Pero tanto hablan y tantas excelencias cuentan por acá turistas que vuelven de España después de asistir a las corridas, que su voz suele apagar a la de los contrarios.

Noticia de interés para los aficionados es que el espectáculo de la fiesta nacional gana cada día más partidarios entre los jóvenes de estas islas. Un gran número de ellos, de los que forman largas colas ante las puertas de los cines de barrio para ver la última película de vaqueros, conocen al dedillo las tardes de triunfo de un Litri o la pericia de un Bienvenida con la capa. Aunque no los hayan visto nunca actuar, se interesan tanto por ellos como por las escalofriantes aventuras de un «gunmann» de los que aparecen en las películas del Oeste. Una de las características del joven «duro» inglés es defender a ultranza al torero y a la fiesta.

LLEGADA DE LOS TRENES DE ESPAÑA A VICTORIA

Tampoco es descubrir nada nuevo el decir que Sevilla es el más sugestivo y poderoso imán de España para el inglés. Cosa más difícil de explicar es, sin embargo, la menor fortuna que tiene nuestro Toledo para despertar el mismo entusiasmo entre los habitantes de estas islas que entre los franceses, por ejemplo. Un Mauricio Marrés no se ha dado todavía entre las plumas inglesas para cantar a la ciudad del Tajo. Por el contrario, todo lo andaluz les excita la imaginación, lo admiran y les entusiasma.

A la llegada de los trenes procedentes de los puertos del canal de la Mancha, que transportan a una mayoría de los viajeros que regresan de España, es fácil ver en la estación Victoria, de Londres, la más abigarrada colección de artículos de recuerdo de nuestro país. Unos más y otros menos, casi todos giran en torno de lo que por acá se viene considerando como típico y castizo de Andalucía.

A pesar de las dificultades que exige el llevarlo a mano en tan largo viaje, las inglesas ponen sus pies en los andenes de la estación ostentando con orgullo un humilde ejemplar de botijo. Si sobre él campea cualquier letrero para dar fe de que la pieza se ha adquirido por Andalucía, entonces el objeto se transporta como una obra de arte.

Los castizos sombreros de paja, de la misma hechura de los que usan nuestros segadores para la faena, gozan igualmente de las predilecciones británicas. Por rara asociación de ideas se consideran como muestras típicas andaluzas y es posible comprobar en la estación de Waterlloo o en la de Victoria, a la llegada de uno de esos trenes, que más de un avispado artesano español se ha decidido por adornarlos con la silueta de la Giraldilla en tono rojo sangre de toro, que brinda un pintoresco contraste con el color pajizo del resto del artículo, y mucho más pintoresco aún si se admira en pleno Londres, bajo un cielo que no se cansa este verano de verter agua.



Los recuerdos toreros ejercen gran atractivo, como en esta turista, en el capítulo de compras en España.

Pero todo no es esta simpática afición infantil de los ingleses por los artículos más o menos andaluces. A la hora de hacer sus compras en España se pone también de manifiesto el agudo sentido práctico de la raza británica. Raro será el turista inglés que a su vuelta de nuestra tierra no tacee por las calles de Londres con flamante calzado «made in Spain», que suele ser algo así como tres veces más barato que el que está a la venta por el Reino Unido. Los zapatos de «rafia», que se fabrican principalmente en Baleares, se venderían en cantidades insospechadas en Inglaterra si se pusieran en los escaparates de las tiendas, tanta es la estimación en que aquí se les tiene.

Impermeables españoles, trajes españoles, objetos de vidrio para adorno de la casa y de hierro forjado, sin contar los artículos de cuero —gravados por las autoridades inglesas con fuertes impuestos de lujo— y las consabidas botellas de coñac, figuran entre el equipaje de los turistas que llegan de nuestro país como artículos de más extendida adquisición.

Importante también es señalar que una de las mercancías espa-

ñolas más divulgadas por los turistas y que más unánimes alabanzas merecen son nuestras cajetillas de «Bisonte», con las que casi todos los fumadores vienen cargados hasta el tope máximo de los 200 cigarrillos, que es el marcado por los inflexibles aduaneros británicos.

EL INGLÉS, BUEN CLIENTE DE NUESTROS BALNEARIOS

Alberto Martínez Adell, por los años que lleva en la Oficina de Turismo Española en Londres, atendiendo día a día a los cientos de ingleses que allí acuden para informarse de nuestro país, pulsando sus gustos y valorando toda clase de comentarios, conoce como el que mejor sus deseos, sus tendencias y sus reacciones. El sabe igualmente el tacto que se requiere para estar en ese puesto y la amplia gama de conocimientos que se exige para que todos y cada uno de los que traspasan esas puertas de la calle Jermyn saigan satisfechos de la visita. Un trabajo, el que se realiza por todos los funcionarios de esa Oficina española, que precisa a la vez técnica



Las excelencias de los paradores españoles ocupan destacado lugar en los elogios de nuestros visitantes. He aquí, iluminado, el de Teruel

y simpatía, ingenio y conocimientos

—España está de moda entre los ingleses; ahora ya hemos superado la que pudiéramos calificar como etapa de propaganda turística. No nos hace falta salir a la calle, utilizando los medios de difusión, para que cada año aumente casi en proporción geométrica el número de turistas. Ahora es labor de información, de atender al posible viajero casi paternalmente, suministrándole cuantos datos solicite.

Una buena demostración de que nuestro país está en boga entre los ingleses es que son muchas las agencias de viajes que se van abriendo a lo largo y a lo ancho de Gran Bretaña, utilizando el nombre de España en su rótulo comercial.

—Uno de los más importantes problemas que se venía planteando era el de poder atender a todas las reservas de hoteles que se hacían para los lugares más conocidos por la clientela inglesa: Costa Brava, Mallorca, algunas capitales andaluzas y San Sebastián, principalmente. El pasado año se inició intensivamente la labor de orientación hacia las playas de Alicante, y el resultado correspondió a nuestros deseos; en la actualidad esa región es ya muy conocida y los viajeros que la han recorrido son los más entusiastas propagandistas. Todavía quedan en España muchas zonas para acoger a la corriente de viajeros, evitando así la congestión de otros puntos recargados de visitantes, en los que se plantean a veces serias dificultades de hospedaje.

Según el señor Martínez Adell, este año es mayor el interés de los ingleses por nuestras playas del

Norte. Santander ha logrado mucha popularidad en estas islas por sus cursos de verano para extranjeros, y tiene ya clientela fija abundante, que repite allí su veraneo temporada tras temporada.

—De Galicia, los puntos que atraen más a los ingleses son, tal vez, La Toja y Santiago de Compostela. Son infinitud los católicos que aprovechan sus vacaciones para hacer la tradicional peregrinación a la tumba del Apóstol.

El Pirineo goza también cada año de mayor renombre entre los veraneantes de estas islas. El valle de Ordesa es muy conocido por los aficionados al montañismo, y está considerado entre ellos como de las mejores regiones europeas para la práctica de este deporte.

Entre los cientos de ingleses que vuelven un año y otro a España hay un grupo no importante por su número, pero sí por su inalterable costumbre de visitarnos; es el de los que acuden a los balnearios. Si hay un pueblo que mantiene su fe en las aguas medicinales éste es el inglés. Para esos excelentes catadores de dichas aguas, los manantiales españoles son de los mejores entre los mejores. Las fuentes de Lanjarón tienen probada su eficacia entre gran cantidad de británicos, y son fieles a ellas con el característico tesón de este pueblo.

SAN FERMIN: DE MODA ENTRE LOS BRITANICOS

La Semana Santa y la Feria sevillana tienen solera de muchos años para atraer a los ingleses. En estos últimos tiempos las fiestas de San Fermín, de Pamplona, van adquiriendo tanto renombre y fama que no pasarán muchos años hasta que igualen en el as-

pecto turístico a aquellos dos otros acontecimientos. La versión cinematográfica, estrenada en Londres la temporada pasada, de la novela «Fiesta», escrita por Hemingway, ha contribuido, más que lo hubiera hecho una campaña intensa de publicidad, a divulgar muy extensamente las características de las fiestas de la capital navarra. Los ingleses las van descubriendo en gran número ahora y las aprueban con entusiasmo poco habitual en pueblo tan flemático como el británico. Rara es la agencia de viajes que no ostenta en lugar preferente una estampa del encierro.

Esa íntima satisfacción que el viajero saborea lo que considera descubrimiento de las fiestas de San Fermín es semejante a la que experimenta cuando da con un rincón de España poco frecuentado por sus compatriotas. Si algo desagradaba al anglosajón es encontrarse entre sus semejantes cuando sale a descubrir mundo. Tal vez esta idiosincrasia influya mucho en el hecho de que el inglés, al buscar alojamiento en España, prefiera generalmente el hotel de dirección española, con cocina del país y costumbres de la tierra. Su predilección en esta materia es por el hotel pequeño, de tono familiar y sin pretensiones. El establecimiento típico de principios de este siglo, espacioso, con mármoles y bronce, constituye la antítesis de lo que el viajero quiere. Lo que se considera moderno, al estilo americano, deja al inglés indiferente.

España, vista desde Gran Bretaña, sigue siendo tierra que promete lo que por acá se viene en llamar «descubrimientos». La playa retirada poco frecuentada, la aldea de la montaña con una mo-



Es tal la afición de los ingleses a las corridas de toros, que un «matador» de las Islas Británicas, Vincent Hitcock, acaba de abrir una escuela de tauromaquia en Londres. He aquí la vista de una clase

desta y limpia pensión, siguen tentando al viajero británico, que en el fondo no ha perdido su afición a la aventura. Cuando los acontecimientos que tuvieron lugar en el África española airearon el nombre de Ifni por los diarios, fueron muchos los que inmediatamente se presentaron en nuestras oficinas de la calle Jermyn con el decidido propósito de plantarse en aquellas provincias españolas sin perder momento.

EL TURISMO, UNA BATALLA GANADA

De norte a sur de Inglaterra se hila muy delgado para atraerse al turismo y para encarrilarlo hacia los países propuestos. En esta tarea nada queda a la improvisación, y las mejores organizaciones de viajes del mundo tienen sus cuarteles generales en estas islas, sin descuidar medios y recursos de propaganda. El hecho de que nuestros servicios turísticos hayan ganado tan limpiamente la batalla de captación del viajero constituye un éxito sin antecedentes para España.

El relevante incremento en la cifra de viajeros que cada año nos visita es el mejor exponente de la labor concienzuda de las autoridades españolas, de una moderna técnica en la materia y, sobre todo, de una bien planeada política turística. Y además, la palpable realidad de que España brinda poderosos alicientes al viajero y le sirve «calidad». En la Europa de estos días, pocos países pueden ofrecer tanto y tan asequible al que se dispone a hacer sus malezas. Hay que callejear por las calles de Londres, por donde se despliegan en cada rincón todos los resortes de la publicidad turística, para comprender el verdadero al-

cance de la labor realizada, con recursos modestos, por nuestros servicios de turismo.

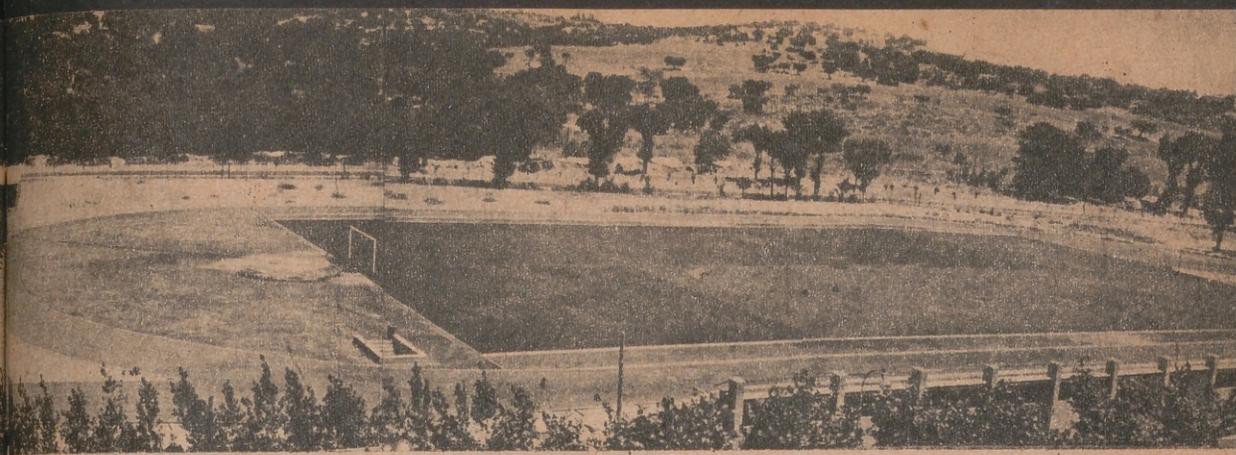
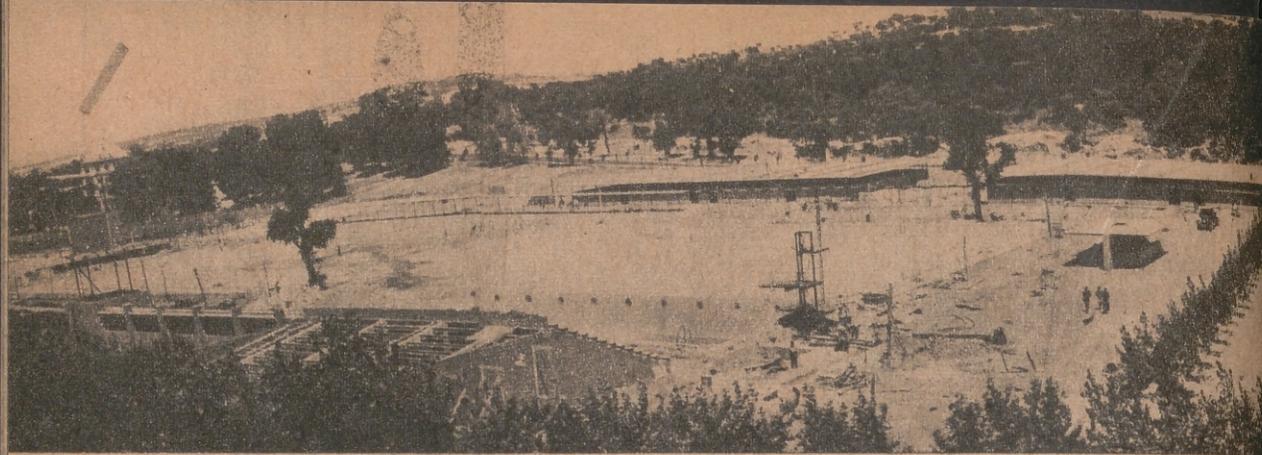
Cuando en las oficinas de la calle Jermyn se escucha a un inglés que pide información sobre las posibilidades de comprar un burro en España para traérselo a estas tierras; o cuando ruega e implora por un cartel español de propaganda; o cuando pide el programa de las actuaciones de la

compañía de bailes de Antonio, dispuesto a seguirla por toda la geografía patria, es cuando mejor se comprende que la batalla turística en Inglaterra la ha ganado España por su personalidad, por su gracia y por su habilidad. Y en todo esto, ningún otro país nos puede hacer competencia.

Alfonso BARRA
(Corresponsal
en Londres.)



Andalucía; el canto, el baile y el vino, preferencias grandes en las visitantes femeninas



CITA CON EL VERANO EN PUERTA DE HIERRO



CADA DOMINGO, QUINCE MIL PERSONAS EN EL PARQUE SINDICAL DEPORTIVO

INSTALACIONES MODERNISIMAS Y LA MAYOR PISCINA DE EUROPA AL ALCANCE DE TODOS

EL río, este río tan traído y llevado por los comentaristas de la capital, va discurriendo, lento y tranquilo, con cierto aire de señor que saca en el paseo del domingo el bastón con empuñadura de plata, herencia de los abuelos. El Manzanares, que ya lo han llamado de todo, desde aprendiz de río a plagiador del Sena, ya no está solo. Antes, por esas cosas que tiene la vida y que nadie se explica, el río Jarama acaparaba la atención general. Era una historia un poco triste. Voy a contarla rápidamente.

Cuando el estío cae con toda su fuerza sobre Madrid hay dos cosas que toman vigencia en la capital: Las verbenas y las excursiones. Las verbenas, aquí y allá, desperdigadas a lo largo y lo ancho de los barrios, ponen su nota castiza, con las señoras ya un poco entradas que salen a los soporales y comienzan la alegre cháchara echando de vez en vez su traguito de agua al botijo. Las excursiones dejan a Madrid paralizado en los días de fiesta, a merced de la soledad de un éxodo implacable, y a la mañana endomingada, los automóviles van saliendo rumbo a la sierra, y los autobuses, repletos, ponen la nota de la fiesta caliente y tibia de las personas que buscan el agua fres-

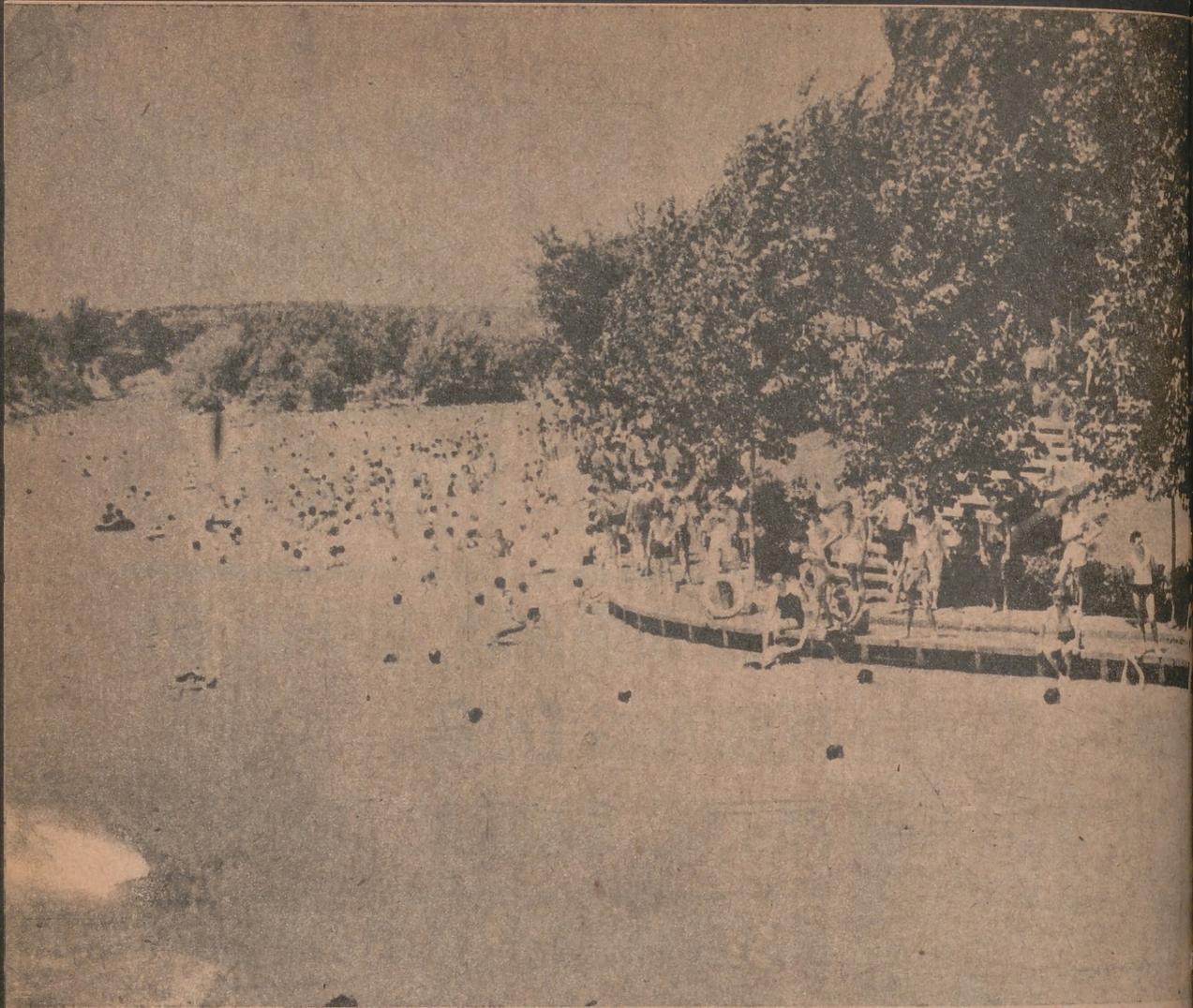
ca para darse aquello que, cuando niños, llamábamos el «chapuzón». En las excursiones, bien se sabía, el Manzanares quedaba completamente olvidado. Los grupos de hombres y mujeres escogían la ruta del Jarama, y se daban un paseo hasta San Fernando por aquello de que a la orilla del Jarama el río venía crecido, con suficiente agua para poder nadar y porque los árboles crecían buena mente y no eran avaros en repartir sombra.

Pero las cosas cambian al paso del tiempo. El Manzanares, por razón de raza, tenía que comenzar a imponerse otra vez. Todo era cuestión de que alguien arriase el hombro para liberarlo del cautiverio de la soledad. Y fué entonces cuando surgió el Parque Sindical Deportivo.

UN PUENTE SOBRE EL VERANO

Basta con mirar unos segundos. Desde allá lejos viene el Manzanares. Debajo del puente, exactamente debajo, hay una presa, cuyos cimientos se hunden 18 metros en el cauce del río, haciendo subir así unos cinco metros de nivel. Nueve compuertas colosales regulan la administración del caudal de agua y al fondo hay

... los productores ma-
... pueden gozar de
... modernísimas instala-
... del Parque Sindical
... una panorámica del
... mientras se realiza-
... ban las obras



una isla de doscientos metros largos que resalta como una joya, o como una extraña reencarnación de la isla de Robinson de París. A ambas orillas, un enjambre, una masa de hombres y de mujeres, se bañan. No parece sino que estamos en una playa de moda, y lo que se ve desde este puente que salva el río Manzanares es una visión que parece arrancada de una playa del norte o de Levante.

Es día de fiesta. La gente ha madrugado. A las nueve se empaqueta la tortilla de patatas, imprescindible acompañante de los humildes y de los poderosos cuando se lanzan a la aventura de un día en el campo. Luego, a esperar el autobús y a salir un poquito fuera de Madrid. Un poquito nada más, porque el Parque Sindical Deportivo está a medio kilómetro de la Puerta de Hierro, en el camino hacia el Pardo. Ya en el recinto, un grandioso recinto como iremos viendo, el visitante se encuentra con la agradable sorpresa de que casi no ha gastado nada, porque la entrada cuesta exactamente cinco pesetas. Y este precio es la razón vital por la que, en este momento, a cualquier lado que se tornen los ojos, se encuentre una masa tremenda de bañistas. A la derecha, al borde mismo de la orilla de la presa, un bar abre sus puertas cara los hambrientos y sus botellas para remediar la sed. Hay que entrar con tranquilidad; nada de pensar que la minuta costará un dineral. Los precios son claros. Se sirven dos cubiertos, uno de diecinueve pese-

He aquí una amplia fotografía de la gran piscina

tas y el otro de veintinueve. Por el primero uno tiene derecho a tomar dos platos, pan, vino y postre, servicio incluido. Por el segundo precio los platos son tres. La sala es grande, funcional, preparada especialmente para esa extraña psicología que nos invade cuando prescindimos de la corbata y almorzamos sonriendo al calor sin sentir la angustia de una falsa asfixia. Conviene poner las cosas claras y avisar al público: Aquí es más cierto que en ninguna otra parte ese refrán de a quien madruga Dios le ayuda, porque a las doce del día no hay, ni por pienso ni por casualidad una sola mesa libre. La visión total es como si allí viviera por unos momentos la ciudad vagabunda más numerosa de la tierra. Bajo cada mesa, las bolsas de comida, los vestidos, los juguetes de los niños, el abanico que ya ha perdido su utilidad, el diario de la mañana, los zapatos colocados un poco a estilo de cuartel, cuando el sargento pasa revista. Y lejos, en cualquier parte de la presa, los dueños de todo el tinglado bañándose y disfrutando del día festivo.

A la derecha del puente, andando unos pasos, la pista de frontón, con tres trinquetes, donde se puede jugar una partida y eliminar grasas. Para los más pacíficos, para los que quieren charlar tranquilamente y tomar el sol a

medias y con mesura, están las pistas de bolos. Hay hasta doce boleras americanas repartidas por todo el Parque Sindical, asequibles a todo el mundo, en estos tiempos en que entrar en el corazón de Madrid a una bolera significa decirle adiós a una pequeña fortuna. Aquí es distinto: Una partida, dos pesetas por cabeza. Una pequeña diferencia, ya que en el casco urbano se eleva la cantidad a diez pesetas como mínimo por cabeza. Mientras los mayores tiran las bolas y miran atentamente si consiguen un pleno, los muchachos jóvenes vuelven a colocar verticalmente los bolos derribados y todo parece como si discurriera en familia, como si todos los visitantes del Parque Sindical fueran los habitantes de una casa que han cambiado de escenario por unas horas. Y lo mejor de todo es que no hay que tener ningún cuidado con los niños. Quiero decir que los niños también tienen su reinado, una parcela verde de terreno en la que está absolutamente prohibido entrar a los mayores. Los niños allí son como reyes. Toda clase de juguetes importantes están a su disposición. Balancines, círculos de madera que comienzan a girar al menor empujón, césped verde para correr sin obstáculo y sin peligro. No se permite que los niños lleven absolutamente nada, ni una simple botella. Una muchacha vigila atentamente los juegos de los pequeños y da gloria ver a la gente menuda corretear gorjeando, y meter la cabeza en la fuente y



sentir el chorro fresco sobre la cabeza. Mientras tanto, los padres, recobrada la libertad, aquella libertad del viaje de bodas, son una pequeña, una minúscula mancha entre la mancha enorme de la gente que se baña en el Manzanares que cruza lento y susurrante por la piel del Parque Sindical Deportivo.

CINCO MIL PERCHAS Y 114 CABINAS

La biografía del parque se reduce, para la comprensión del lector, a números que expresan mejor que ninguna otra cosa, todo el conglomerado deportivo que aquí se ha construido. La entrada al Parque se abre junto al Puente de San Fernando, llegando tras kilómetro y medio de recorrido, hasta los terrenos del Instituto Llorente, en la carretera del Pardo. Una pista magnífica, construido con los mejores materiales y con el tecnicismo más exigente, bordea el perímetro exterior, lindando casi, por la otra ribera del río, con la carretera de la Coruña.

El paraje es espléndido y asombroso, y el conjunto de las instalaciones deportivas supera todo lo que se ha hecho en España hasta la fecha. Cuando se pensó en la idea de construir lo que hoy ya es una realidad, en el Parque sólo había dos mil árboles, que fueron rigurosamente respetados en el transcurso de las obras. Pero de aquellos dos mil árboles ya se ha pasado a la cifra de doce mil, y la sombra se extiende por casi to-

Toldos y mesas para el refrigerio de los bañistas

dos los lugares del Parque Sindical.

El Manzanares cruza el Parque en toda su extensión y da lugar, en su parte extrema, a un pintoresco islote, con graciosa pasare-

la de unión, donde se halla instalado uno de los tres bares del recinto. Veamos rápidamente algunos datos: Las instalaciones abarcan desde el frontón hasta una pista de hockey sobre patines, pasando por las doce pistas de boleras americanas y las cuatro montañas; los vestuarios de señoras y caballeros, con cinco mil



Las instalaciones sindicales de Puerta de Hierro cuentan con toda clase de comodidades



perchas y ciento catorce cabinas para cada sexo; la torre depósito y el restaurante en donde se come ternera asada y paella por menos de veinte pesetas; el quiosco y el pabellón infantil. El conjunto tiene capacidad para 15.000 personas.

La gran pesa del embalse es cosa de tratar por separado. Su extensión es suficiente para que se bañen cinco mil personas simultáneamente, a los que, en este hipotético caso, corresponderían dos metros de superficie acuática por persona. El embalse, con una profundidad media de tres metros, se abre a la derecha y a la izquierda entre dos playas fluviales repobladas con centenares de árboles de diversas especies. El bar principal está rematado con un gracioso carillón alemán, cuyas campanas dan los cuartos de horas, y pone en el alegre ambiente deportivo del parque su contrapunto musical.

A todo esto hay que añadir la nueva y gigantesca piscina inaugurada por el Caudillo el 18 de Julio último. Esta gigantesca piscina pone su azul entrañable en el paisaje y nos trasplanta a la imagen de un lago suizo.

Para los niños hay una sección especial, donde juegan sin peligro

Para llegar al Parque Sindical de Educación y Descanso no se gasta una cantidad mayor de 10 pesetas, entrada incluida, así como en viaje en los autobuses de servicio. Si añadimos el precio de la comida, llegamos a la conclusión de que por treinta pesetas puede cualquier persona disfrutar de un día estupendo, por no más de treinta pesetas. Por primera vez el humilde veraneante sin veraneo, el veraneante madrileño de botijo, verbena y abanico, puede disponer de un servicio simpático para luchar contra la canícula que cae cada año, implacable, sobre los pocos madrileños que continúan al pie del cañón, como vulgarmente se dice.

LA HORA DE LA SIESTA

Nunca se sabe exactamente cuánto dura la hora de la siesta al lado del mar domesticado del río Manzanares. Pero lo que sí está a flor de ojos son las parti-

das que se organizan y la sensación de tranquilidad y de bienestar. Los padres y los amigos de los padres comienzan a jugar su partidita de mus, mientras ellas, las mujeres, prefieren seguir el rito y darles empujoncitos a las fichas de parchís. La hija pequeña duerme, a sombra de un árbol o de una sombrilla playera, mientras, ¿por qué no?, nacen idilios por los cuatro costados del parque. Idilios a la manera antigua, bajo la vigilancia de los padres de cada uno, que, de vez en vez, levantan los ojos de las cartas para darse cuenta de que la situación sigue caminos abiertos y tranquilos. Alguno que otro, a esta hora lánguida de la siesta, lee un libro, pero son los menos, porque ya es conocido que el campo absorbe todo el tiempo y porque en realidad aquí se viene sobre todo para cambiar de ocupación, que al fin y a la postre ese es el descanso.

Por un milagro, que no es sino la lógica en acción, el gran embalse siempre está lleno de bañistas. En este mundo aparte, único y sorprendente del Parque Sindical Deportivo, la gente llega con



Fuentes bien situadas calman la sed de los pequeños

intervalos y cada uno hace su composición de lugar y se pega un chapuzón a la hora justa y permitida de la salud.

Es todo nuevo para los ojos del hombre de la ciudad. Las tiendas de campaña se encuentran en cada esquina y mirado desde un punto trágico da la impresión de que ha habido hace poco un terremoto en un lugar cercano y que se ha formado esta nueva ciudad, con el vértigo de la prisa.

Sin embargo, hay que alejar la idea de tragedia. Aquí todo el mundo ríe; sólo se escuchan frases de optimismo y brilla, como siempre, el inmenso y trascendental optimismo de este pueblo de Madrid que, como una ventosa, se va haciendo amigos en los enemigos más acérrimos.

—¡Y pensar que fulano se ha gastado un dínaral en enviar la familia a San Sebastián!

—¡Calla, hombre! Los hay que... Echarle la sonrisa a la vida, venga como venga. He aquí un secreto inconfundible del madrileño, he aquí las señas personales para conocerlo. No se puede encontrar en su pasaporte ni en su

carnet de identidad otro detalle más definitivo.

A LA TARDE; EL REGRESO

Ya afloja el calor, que se queda como un poso en los barrios bajos del Madrid de bombín y de capa. Ahora, cuando el sol cae, por las Vistillas, que dentro de muy poco se vestirán de gala, el calor, a plomo, sofoca.

Y del Parque Sindical Deportivo van saliendo lentamente, con esa pena confesada de sentir la nostalgia, los excursionistas. Cientos de motos, autobuses que van y vienen, y poco a poco, como a ritmo de melodía controlada por un magistral director de orquesta, los lugares cercanos al Manzanares se quedan solitarios. Se notan al principio huecos en los paseos. Las golondrinas dejan su nido, que volverán a ocupar al domingo siguiente. La atmósfera, allá al fondo el Guadarrama,

aquí un río, aún no se sabe si con aires de marqués o de vagabundo, se dulcifica con la frescura del atardecer. En el gran comedor del restaurante se recogen las sillas. En el frontón ya no hay nadie. Las boleras americanas se vuelven pensativas, sin ese ruido altivo de la gran bola que derriba lo que encuentra a su paso. Sólo el carillón sigue dando sus cuartos de hora y la música suena lenta, grave, con un acento de ternura.

Allí, a la puerta del Parque Sindical, él le dice a ella encontrando un hueco de tiempo antes de subir al autobús:

—¿El domingo aquí?

Ella, que mueve cuando quiere los ojos como si tuviera un tiervo en cada iris, sonríe:

—¿Dónde, si no, con este calor?

Por esto es por lo único que se soporta el lento, el adormilado verano. Porque la vida sigue su curso, porque la biografía de las personas, en el estío, se une a la biografía del agua.

Pedro Mario HERRERO
(Fotos de Henecé.)



HISTORIA DE UNA NOVIA

Novela, por NOEL CLARASO

Después, en el recuerdo, la realidad y el sueño se confunden.

LA conocí un verano, en una playa, por pura casualidad. Sí, daba la casualidad, absolutamente pura, de que los dos pasábamos aquel verano y no otro, precisamente en la misma playa. Yo estaba sentado en la arena caliente, tomaba el sol en la espalda y leía un libro aburrido. Una idea nueva, indecisa y tímida, se iba formando en mí: «Que el hombre ha mejorado muy poco la naturaleza; y así, después de muchos años de la aparición del hombre, apestece más la caricia del sol que el contenido de un libro». Leía despacio, perdido en mi elaboración mental. En realidad, no leía.

Ella estaba sentada en la arena caliente de la misma playa, a pocos metros de distancia, con otras tres amigas. Yo, aparte de que para tomar el sol, leer y elaborar conceptos he preferido siempre la proximidad de un grupo de muchachas, había escogido aquel sitio de una playa muy grande llena de sitios parecidos, por pura casualidad.

Las cinco muchachas iban todas en traje de baño. De dos de ellas veía el rostro de frente, de otra veía el rostro de perfil y de las otras dos veía las espaldas color de tierra cocida. De Ino, a quien no conocía, aunque no tardé mucho en conocerla, sólo veía la espalda. Pensaba: «Entre las dos espaldas escogería ésta» (la de Ino). Y entonces oí la voz de la muchacha que estaba de perfil:

—¿Qué hora debe ser?

Una de las dos muchachas cuyos rostros veía de frente, sugirió:

—Pregúntaselo a este chico.

En seguida comprendí que el chico era yo, me hice el desentendido y el sordo y fijé la vista en el texto del libro aburrido. Un vientecillo favorable llevó hasta mí la conversación de las muchachas.

La de perfil.—No le conozco.

Una de frente.—Pregúntaselo tú.

Una de espaldas.—Yo se lo pregunto.

Una de frente.—No eres capaz.

Una de espaldas.—... también.

De la última frase sólo oí la última palabra. Una de las dos muchachas que estaban de espaldas se levantó, se me acercó (le bastó para ello andar dos pasos) y me preguntó:

—¿Sabe usted qué hora es?

Para mi respuesta confié en la inspiración. Era evidente que ella tenía mucho menos interés en saber la hora que en demostrar a sus amigas que era capaz de hablar a un muchacho desconocido. También era evidente que yo, en traje de baño, no llevaba reloj encima. De manera que el tema de la hora quedaba suficientemente agotado con la pregunta. Levanté los ojos, cerré el libro, sospeché rápidamente infinitas posibilidades en el rostro de mujer que estaba pendiente de mí, y dije despacio:

—No lo sé pero...

Un «pero» fruto de la inspiración que valió todo el oro de la tierra. Una sola palabra aunque sea

una conjunción adversativa, pronunciada a tiempo y con la debida entonación, puede cambiar el curso de dos vidas. Ella, también inspirada, me hizo otra pregunta, no porque le interesara conocer la contestación, sino para contribuir conmigo a resolver el problema de salir airosos de una primera conversación entre desconocidos.

—Pero ¿qué?

—Pero desde el mar se ve el reloj de la iglesia. Si le parece podemos comprobarlo. ¿Sabe nadar?

—Sí.

Podía haber dicho «no» y se habría estropeado todo. Pero dijo «sí», que en el terreno de la interpretación casi equivalía al no, pues lo que ella sabía no era en realidad «nadar», sino sostenerse en el agua y avanzar más o menos. Yo, otras veces, había ido nadando hasta, ver la hora, a unos cincuenta metros de la playa. Nunca había tardado tanto en cubrir la distancia como aquella vez, pero nunca, mientras la cubría, mi corazón, descontentado el esfuerzo de respirar sincronizado había tomado parte en el juego.

Estuvimos más de media hora en el agua, entre la ida y la vuelta. Nos hicimos buenos amigos. Media hora bien aprovechada, aunque sea en el agua, da para mucho. Basta ensayar, reloj en mano, las tonterías que se pueden decir en un minuto para sacar la cuenta aproximada de las que se pueden decir en media hora. Y como es sabido que el hombre y la mujer sólo se toman en serio mutuamente cuando empiezan diciendo tonterías...

Ino (después, otro día, supe que se llamaba Ino) nadaba con la boca abierta. Reconozco que es difícil tenerla cerrada cuando se nada y se habla al mismo tiempo. Pero su forma de tenerla abierta me pareció poco técnica y le aseguré que en pocas lecciones, si se ponía en mis manos, le enseñaría a nadar bien. Nunca he sabido nadar bien y las consecuencias de mi profesorado eran maravillosamente imprevisibles, tanto para mí como para mi discípula.

Cuando regresamos a la playa nos dimos cuenta los dos a la vez de que nos habíamos olvidado de mirar la hora. La cosa no podía empezar mejor. Y yo ya sabía que Ino tenía veintiún años, dos hermanas más jovencitas y muy guapas y un hermanito de diez años muy travieso. Que su padre era director de un Banco muy feo, y que sus tres amigas íntimas, las que estaban con ella en la playa, eran tontas, envidiosas y se morían por tener un novio como yo. Todo me pareció normal, menos esto último, que me chocó.

—¿Por qué como yo?

—Bueno, de tu edad.

—Veinticinco.

Me gustó su franqueza, y al mismo tiempo me chocó años era la edad más indicada para despertar

una pasión ardiente en una mujer de veintiuno. Y gracias a la primera sinceridad de Ino comprendí que no estaba equivocado.

—Aquí todos los muchachos son unos peques. Cuando llega uno de tu edad nos lo rifamos.

Me gustó su franqueza, y al mismo tiempo me asustó hasta el punto de negarme a ser presentado en seguida a las otras tres muchachas. Preferí despedirme para no estropear el maravilloso comienzo. Y fué mientras nos despedíamos cuando nos dimos cuenta, con gran regocijo, como en aquellas dulces novelas románticas del tiempo de nuestras abuelas, de que ni ella ni yo nos habíamos acordado de mirar el reloj. Nos sentimos cómplices del mismo olvido, y ella me confesó que no sentía ningún interés decidido en saber la hora, cosa que no me extrañó, pues tenía suficiente experiencia para saber que la naturaleza de las mujeres no les permite interesarse pertinazmente en la misma idea.

De las dos escenas que se desarrollaron después en la playa, en mi ausencia, una entre las muchachas y otra entre las madres de las muchachas, que estaban sentadas bajo un toldo de lona, me enteré más tarde por las referencias que de ellas me dió Ino. Es muy posible que entre ella al darme las referencias y yo al describirlas ahora, la exactitud de los hechos haya sido embellecida por la imaginación.

Una de las amigas de Ino, Monot, le preguntó:

—¿Qué?

Ino tuvo la osadía de contestar en tono displaciente:

—Nada.

Y guardó silencio, como si diera a entender que había ocurrido algo importante que ella prefería no explicar. Esta actitud recelosa molestó a las tres amigas que se permitieron algunas frases despectivas sobre mi apariencia física. Una de las frases, más fundada en el despecho que en la fina observación, molestó a Ino, que se atrevió a lanzar una especie de desafío:

—¡Ya lo quisiérais para vosotras! ¡Pues, no!

Y, según parece, las tres amigas confesaron su absoluta falta de interés sentimental hacia un hombre como yo; y una de ellas, Tina o Fuchi, recomendó a Ino que me hiciera en pepitoria o que me guardara en conserva como las trufas. Así anda la buena especie de los hombres en boca de las mujeres, cuando no las oímos.

La segunda escena se desarrolló un poco después, entre Ino y su respetable mamá. Ino, sintiéndose campeona de audacia, se acercó a su madre para darle ocasión de hacerle alguna pregunta indiscreta delante de las otras tres mamás. Las mujeres, entre ellas, siempre se interpretan. La mamá, a toda voz, para que las otras señoras la oyeran, preguntó:

—¿Quién es?

—¿Este que se ha bañado conmigo?



—Sí, sí; éste.

—Pues, no lo sé. Hemos ido a ver la hora nada más. Está en el hotel y tiene un «Fiat».

El «nada más» después del motivo de la excursión a nado era tendencioso hasta la última letra. Parece que éste es el tono preferido de las mujeres cuando hablan, ante otras mujeres, de sus relaciones con un hombre.

—¿Un «Fiat»?

—Sí, un mil cien

En realidad, ninguna de las señoras sabía exactamente lo que era un «Fiat» mil cien comparado con otro coche cualquiera, pero a todas les dolió que no fuera su hija la portadora de tan importante noticia. La madre de Ino se apresuró a excusar a su hija ante las otras señoras.

—Es curioso cómo los hombres se fijan en mi hija antes que en las demás. Si ella quisiera... Pero es muy joven todavía. Yo le aconsejo que disfrute de la vida y no se comprometa con nadie.

Parece que la conversación entre las madres se prolongó con detalladas exposiciones de las infinitas posibilidades sentimentales que las hijas respectivas habían despreciado, a pesar de no pasar ninguna de ellas de los veinte años. Todo un poco exagerado, hasta los años, pues Ino con sus veintuno era la más joven de las cuatro.

Al día siguiente, más o menos a la misma hora y en el mismo sitio de la misma playa, Ino me presentó a sus cinco amigas. Había otras dos el segundo día. Se llamaban Tina, Monot, Fuchi, Yuya y Quillola. No me bastaron los veintitrés días que aún me faltaban de veraneo para aplicar debidamente cada nombre a la muchacha correspondiente. Las veía en la playa, y allí, en traje de baño, untadas de aceite y con grandes gafas de cristales oscuros, todas se parecían mucho. Sólo me convení en seguida de que Ino, al hablarme de la belleza de sus hermanas pequeñas no me había engañado. Una de ellas, Yuya, era la más bonita y la más simpática del grupo. Diecisiete años y una simpatía agresiva y feroz dentro de un cuerpecito maravilloso. Pero yo ya estaba en poder de la hermana mayor, de Ino. Supe entonces, el día de la presentación, que se llamaba Inocencia y que le decían Ino. De Tina, Monot, Fuchi y Quillola nunca supe cómo se llamaban de veras. De Yuya, sí.

Ino me tomó por su cuenta desde el segundo día. En realidad desde el primero. El segundo, después de la presentación, me propuso:

—¡Vamos a ver la hora!

Este fué el santo y seña para separarnos del grupo todas las mañanas y nadar mar adentro, sin más testigos que el sol y el agua. Los que estaban en la playa sólo nos podían ver desde lejos y no se podían considerar como verdaderos testigos. Allí, flotando en el agua, tuvimos la primera conversación trascendental. Empecé yo, como era costumbre entonces. Dije:

—Este es mi ejercicio de todas las mañanas dentro del agua.

—¿Hasta ver el reloj de la iglesia?

—Sí, todos los días.

—¿Vas solo siempre?

—Sí, menos ayer y hoy.

Ino dió a su rostro una expresión tan triste como le permitió el agua y suspiró también tan hondo como el agua le permitió:

—Quizá prefieres ir solo.

—No. Prefiero ir contigo.

Hablé con el corazón en la mano. Prefería ir con ella a ir solo, como habría preferido ir con Yuya a ir con ella. Ella, entonces, quiso darme a entender con una frase de hondo significado que el alma humana no le era del todo desconocida. Dijo:

—Es que, a veces, los hombres sois así.

Comprendí el sentido auténtico de sus palabras y me justifiqué con otra frase digna de la que había pronunciado ella.

—Yo no soy así, soy así.

Tranquilizada ella respecto a mi manera de ser, nadamos hasta el reloj, y otra vez hasta la playa. Por el camino, ella me hizo una primera confidencia: que no tenía novio. Es probable que con un hombre «así» hubiese sido más circunspecta, pero yo era «así». Y me preguntó todo lo que necesitaba saber acerca de mí para satisfacer la curiosidad de su madre, de sus hermanas y hasta de sus amigas. A todo le contesté con la misma precaución que si me lo hubiese preguntado un inspector de policía. Dije todo lo bueno, callé o disimulé todo lo malo y terminé confesando que pensaba pasar por lo me-

nos unos seis días allí, en aquella playa. No disimulé que le parecía poco.

—¿Seis días nada más?

—¿Te parece poco?

—Seis días pasan volando.

—Pues no pienso estar más tiempo, si las circunstancias no mandan lo contrario.

Ella se cuidó, con una extremada galantería, que nunca le agradeceré bastante, de influir en los mandatos de las circunstancias, y mi veraneo se prolongó veintitrés días. En ellos tuve ocasión de tratar bastante a fondo a Yuya, que habría sido mi novia, de no haber tenido una hermana mayor que se llamaba Ino.

Ino tenía veintiún años y era una criatura deliciosa, mucho más inteligente que ninguna de sus amigas. El hecho de haber sido ella la que se fijó en mí ya demuestra su fino espíritu de selección. El sol le había tostado la piel y, en traje de baño, parecía una figurita de tierra cocida. Una figurita de tamaño natural, que para las mujeres es el mejor tamaño. Tenía los pies pequeños y bien conformados, detalle propio sólo de las mujeres que tienen los pies pequeños, porque las que los tienen grandes los martirizan calzándolos en zapatos de una medida inferior a la que les corresponde, y los destrozan. Tenía las manos finas, muy cuidadas; los ojos azules y misteriosos; los labios pintados de rojo amapola y los dientes uniformes, enteros y todos en su sitio. Algunas veces, aunque sin excederse, hasta era juiciosa y hablaba con cierto sentido común. Sabía fingir que me escuchaba, sin interrumpirme, y cuando yo tomaba aliento (entonces me gustaba mucho hablar), ella comentaba:

—Sí, claro...

Fuí generoso con ella, en atención a sus veintuno años, y nunca le pedí que repitiera mis últimas palabras ni el sentido de las anteriores. Así, el amor se abrió entre nosotros al airecillo del mar, como una flor salvaje, por sus propias fuerzas. Y nos dimos cuenta de la existencia de este bello sentimiento mutuo de la manera más ingenua y más inocente.

Una tarde fuimos de excursión hasta una fuente natural situada a dos horas del pueblo. Eramos todos gente joven. Un viejo pescador que nos sirvió de guía nos cobró treinta pesetas por su trabajo y nos mató un conejo para la merienda, por el que nos cobró cuarenta. Todo primitivo, sencillo y sabroso, hasta el conejo, a pesar de lo duro que estaba. La única nostalgia de la tarde, que Yuya no estuviera con nosotros. Ella fué a otra excursión, con otro grupo, del que no pude formar parte en atención a Ino.

Cerca de la fuente había una ladera de viñas. El pescador nos dijo que podíamos comer uvas a placer, sin pagar nada, que las viñas pertenecían a un amigo suyo, que él era dueño de otras más lejanas, a las que no nos daba tiempo ir. Nos esparcimos entre las vides y nos hartamos del sabroso fruto. Ino y yo comíamos de la misma planta y a los dos se nos ocurrió comer las uvas directamente del racimo, sin arrancarlo. Es un ejercicio incómodo, pero no más incómodo que otro cualquiera de los que practican los enamorados para demostrarse mutuamente su amor. A los dos, fué una pura casualidad, nos apeteció el mismo racimo. El racimo era de veras apetecible, y esta cualidad justificaba la elección. Ella lo mordía por un lado. Yo lo mordía por el otro. ¡Pobre racimo! ¡Cómo se iba! En fin... No hace falta llegar a... Pues. Todos hemos sido jóvenes.

Nuestros compañeros de excursión, como obediendo a una táctica consigna, se habían alejado de nosotros. O nosotros de ellos, que, para el resultado, es igual. La cosa siguió su curso normal, y antes de reunimos con el grupo no tuve más remedio que decir a Ino (habría sido muy violento no hacerlo) que estaba enamorado de ella. Y ella me contestó en seguida que ya lo sospechaba y que sólo le extrañaba que yo hubiese tardado tanto en decirselo. Comprendí que Ino era una mujer intuitiva y que sabía corresponder a los deseos ajenos cuando coincidían en todo con los propios. Después he sabido que muchas mujeres son así.

Y así fué como nos hicimos novios, al aire libre, a menos de cien metros del mar, a eso de las siete y media de la tarde, con la hora adelantada, en un día apacible y sereno del mes de julio de 1941.

¡Cómo pasa el tiempo! ¡Pensar que ahora, mientras yo escribo, Ino tiene treinta y nueve años y

Yuya treinta y cinco! Y yo nunca más volveré a cumplir cuarenta.

«Hacerse novios», para una muchacha de la categoría social de Ino, sólo podía tener dos consecuencias. Y las tuvo. Si algo me disgustó de ellas sólo fué que no tardaran unos días más en producirse. De la primera consecuencia me enteré la misma tarde, cuando una de las amigas de Ino, no recuerdo si Tina o Quilloa, me felicitó delante de todos:

—Te felicito. Ya nos ha contado Ino que...

La interrumpí. No me gusta que me den noticias de las que estoy perfectamente enterado. Y supe estar a la altura de las circunstancias. Dije:

—Sí. Somos novios. Nos queremos. ¡Oh! ¡Es el amor!

Me salió así. Me reí al confesar la verdad. Las amigas de Ino también se rieron y se esforzaron, desde entonces, en demostrarme una amistad más sincera. Las mujeres sólo son sinceras con los hombres cuando ellos son novios de alguna de sus amigas. La sinceridad, en este caso, es la única fuerza elemental capaz de tambalear las preferencias del hombre. Sobre todo si usan esta sinceridad en todo su esplendor cuando las amigas de la novia hablan de ella con el novio de su amiga.

Las mujeres, ya desde la primera juventud, tienen una manera muy especial de enfocar los problemas sentimentales del hombre. A ninguna mujer le parece bonito que su novio la sustituya por otra, y a ninguna mujer le parece feo sustituir a otra en el corazón de un hombre. Esta manera, al parecer paradójica, de enfocar los problemas, puede ser consecuencia del amor propio, sentimiento muy necesario para hacer algo de provecho en esta vida.

La segunda consecuencia de «hacernos novios» fué la intervención de la madre de Ino. Se empezó a insinuar muy discretamente y, con todo, no me produjo ni el más ligero bienestar. Hay siempre algo repelente en el concepto, por no decir en la persona, de nuestra posible futura suegra. Puede que esto no sea cierto para algunos hombres con la cabeza tan vacía como una calabaza vacía; pero nunca deja de serlo para los que de vez en cuando observan lo que sucede a su alrededor, atan cabos, sacan consecuencias y hacen rodar, ric, ric, ric, las ruedecitas del pensamiento.

Se ha dicho que las muchachitas encantadoras de veinte años se convertirán, al cabo de cuarenta, en algo parecido a lo que son sus madres en la actualidad. Esto en el caso improbable, desde luego, de una diferencia de cuarenta años entre la madre y la hija. Se suelen llevar mucho menos, y el término de comparación se ha de buscar más en el ideal que en la realidad. Pero hay una cosa cierta: que todas las mujercitas encantadoras de veinte años, cuando tengan sesenta, se parecerán más a las señoras que ahora los tienen que a sí mismas. Este es uno de los axiomas que la gente madura se complace en recordar a la gente joven, para acendrar en ella el deseo de contraer matrimonio, pues a la gente joven le gusta hacer las cosas «a pesar de todo». El pueblo ha transportado este axioma a un refrán: «Los tuestos se parecen a las ollas». Y hemos de reconocer, en favor y disfavor del pueblo, que la comparación de las mujercitas de veinte años con los tuestos es odiosa y de capricho, y que la comparación de algunas mamás con las ollas no puede ser más exacta ni más divertida.

La madre de Ino se llamaba doña Escolástica. Por ella me enteré de que la escolástica tiene un lugar en la corte celestial; antes sólo la conocía uno en la corte de los promotores de la verdad sobre el papel. Doña Escolástica tenía tres hijas y, por sentido de equilibrio maternal, las triplicaba en todo: en edad, en tamaño, en peso y en conocimiento del mundo y de los hombres. Con este prodigio bagaje personal, la actitud de doña Escolástica frente a la vida era doble: una actitud física que consistía en estar siempre sentada y una actitud espiritual que consistía en hacer todo aquello que le parecía oportuno para casar a las hijas lo antes posible. Era una actitud muy noble y muy digna de una madre de tres hijas solteras, cuya eficacia no ha sido total, porque hoy, después de casi veinte años, aunque Ino se haya casado y haya sido tres veces madre, una de las otras dos hermanas, la pequeña, continúa soltera. Y no se explica. La he tratado, y es de las pocas mujeres que recomendaría a un buen amigo. Yuya se casó hace unos diez años. Y su marido es feliz con ella. Me consta.

Doña Escolástica exigió que yo le fuese presen-



tado. Me negué diez veces, y la vez once sucumbí. Doña Escolástica me hizo muchas preguntas, y las contesté todas. Dije mis dos apellidos auténticos. En todo lo demás, en honor a la belleza, mentí. Unos días después la madre de una de las amigas de Ino me contó muchas cosas que doña Escolástica le había contado de mí. Todo era también falso y nada coincidía con lo que yo había contado a doña Escolástica. Calculé que si se propalaban las versiones de las seis o siete mamás amigas de la madre de Ino, la autenticidad de mi biografía correría graves peligros. Y desde entonces partí el verano en dos empeños: uno, para estar lo más cerca posible de Ino, y el otro, para estar lo más lejos posible de su madre. De noche, para descansar de ambos, soñaba en Yuya.

El verano transcurrió sin ningún incidente digno de mención. No estoy escribiendo una novela ro a. Si lo hiciera, todos los días de mi veraneo podrían convertirse en un capítulo jugoso de emoción. Ino se consagró en cuerpo y alma a tener novio ante todo el mundo, conocidos y desconocidos. Yo me conduje con ella como un perfecto novio de verano, con todos los requisitos. Yuya me gustaba mucho, y siempre que planeábamos una salida proponía a Ino:

—Diremos a Yuya que venga con nosotros.

Ya entonces había descubierto que nada consuela tanto de una novia efectiva como otra novia posible. Y si Ino y Yuya no hubiesen sido hermanas, acaso hubiese tenido que buscar el tercer consuelo en otra. No fué necesario. Cumplí con Ino y supe amar a Yuya en silencio. Si más tarde lo rompí fué debido a circunstancias que sobrevinieron y a las que me sometí.

Yuya iba con nosotros algunas veces. Otras, no. Cuando no iba, Ino y yo éramos felices solos. Cuando iba, éramos felices en compañía de Yuya. A mí me parecía mejor, porque la felicidad es un bien, y el bien, cuantos más sean a participar en él, mejor para todos.

Las amigas de Ino hicieron cuanto estuvo en sus manos para poner a prueba la autenticidad de mi amor, y me contaron todo lo que sabían y mucho que inventaron para desacreditar a mi novia, incluso que el verano pasado había tenido otro novio, el verano antepasado otro, y el otro verano, otro. Tantas historias de novios antiguos me parecieron referencias de mal gusto. Las mujeres invierten toda su provisión de gusto en los vestidos y les queda muy poco para las historias.

Advertí que la madre de Ino hacía todo lo posible para que mis relaciones con la hija se forma-

lizaran más o menos. Yo hice todo lo posible para que la madre fracasara en sus tentativas ociosas, sin disgustar a Ino. O sea, que nadé entre dos aguas, cosa muy fácil, dada la inmediata proximidad del mar. Pero un día le pregunté a Yuya:

—¿Crees que si me caso con tu hermana seré feliz?

—No lo he pensado. Soy muy niña para tomarme las cosas de los otros en serio.

—¿Y las tuyas propias?

—No tengo ninguna.

Una conversación bastante bien empezada y bastante bien dejada en el aire para ser continuada cuando hubiese oportunidad. No la hubo en los pocos días que aún me quedé allí. El día que di por terminado mi veraneo, cinco días después de terminado mi permiso, Ino me acompañó a la estación y me besó delante de todo el mundo. Entonces, en los andenes de las estaciones estaba permitido besarse, sobre todo si uno de los dos, después del beso, subía a un tren. Sin el tren, podía ser mal visto.

Las dos hermanas de Ino, Yuya y Manti (la pequeña se llamaba Manti), también fueron a la estación a despedirme. Casi una escena de familia. A Manti también le di un beso. Era entonces una niña de doce años y se podía hacer. A Yuya, no. Así terminó mi veraneo con la nostalgia de un beso que no me atreví a dar a la hermana bonita de mi novia querida. En fin, que de un modo u otro han de acabar las cosas en este mundo.

Lo único malo de los amores de verano es su continuación en invierno. Cada estación lo suyo. Invierno: deponete. Verano: amor. La culpa fué toda mía. No quise separarme de Ino porque no tenía otra novia y ella era bonita y me había acostumbrado a su compañía. Los hombres somos animales de costumbres. Y seguimos de novios, aunque empezaba a estar seguro de que no me casaría con ella y ella lo empezaba a sospechar.

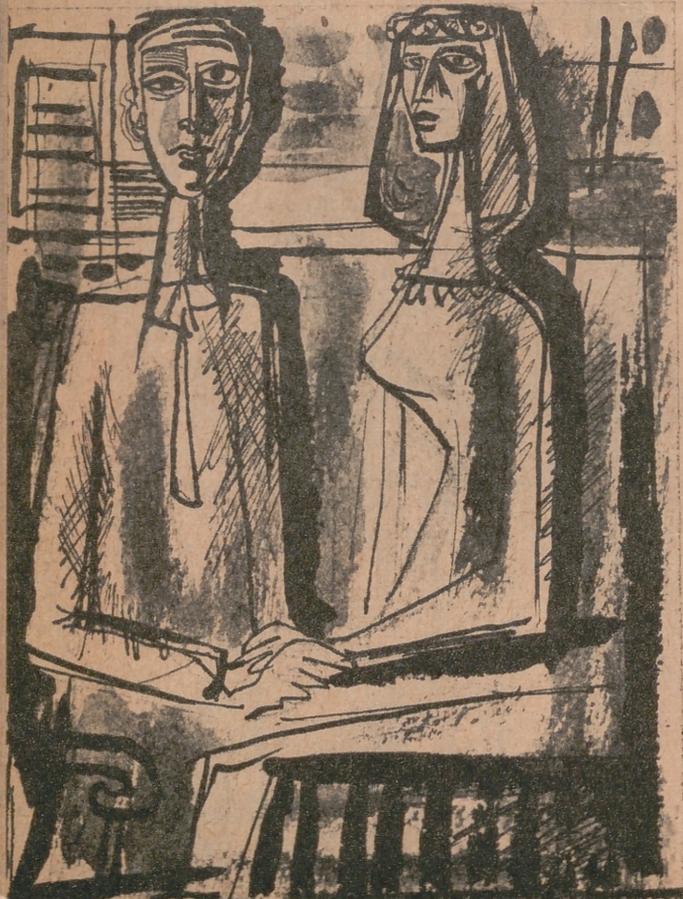
¿Por qué no me casé con Ino? Probablemente por la misma razón que me impidió casarme con cualquiera de las quince o veinte mujeres que desfilaron por mi impenitente soltería. El hombre nace con graves herencias y crueles estigmas, pero nace también soltero, y éste es un don del cielo que nunca hemos agradecido bastante a la Providencia. El hombre se obstina, por ley de equilibrio, en librarse de sus estigmas hereditarios y de su maravilloso don. Se medica y, se casa. En el fondo, el hombre no es más que eso: Un animal que nace enfermizo y soltero y se dedica a curarse y a casarse.

No me casé con Ino y, en realidad, nunca tuve una razón poderosa para preferir a otra como madre de mis hijos, pues aún no conocía a mis hijos y no sabía si simpatizarían más con ella o con otra.

Mis amores con Ino duraron más de dos años, y en este tiempo pasaron otros dos veranos. Se acabaron un otoño, en noviembre, de una manera normal. Entre el principio y el fin, aparte la lucha sorda con su madre, no hubo incidentes afortunados ni lamentables. Ino se compensaba a sí misma y, como el resto de los mortales dignos de mención, tenía grandes cualidades y grandes defectos. Principalmente una gran cualidad y un gran defecto. No sé cuál de las dos cosas me gustaba más.

La cualidad consistía en saber fingir un gran interés por todo aquello que le tenía sin cuidado. Gracias a esta cualidad me sentí atendido siempre y, lo que es más, comprendido. Sé que la atención era una pura forma expresiva del gesto, y que la comprensión se limitaba a darme la razón en vez de discutir conmigo sobre todo aquello que no le interesaba particularmente. Pero los hombres vivimos de apariencias, y si éstas nos satisfacen vivimos bien y felices. Ino llegó hasta el extremo, rarísimo en las mujeres, de vestir a mi gusto. Y he de agradecerlo más, porque me consta que este extremo le costó caro. Se tuvo que vestir por partida doble, y cuando no salía conmigo, vestía a su gusto personal y exclusivo, o sea según las imposiciones de una modista que se inspiraba en revistas extranjeras y que hacía aprovechar a sus clientes los trozos de tela que le sobraban.

La mujer, a pesar de las bravatas de las que se creen llamadas a redimir la clase, es el ser que menos se fía de sí mismo. Se rodea de administradores técnicos y deposita en ellos una confianza ciega. El marido, si quiere vivir en paz, se ha de resignar a que su mujer, en todo lo que es parecer, opinión y gusto, dependa de otros. Para los vestidos, de la modista; para el color de los cabellos, del peluquero; para la conservación del cuerpo en buen estado, sin aumento de peso, de un médico.



Ino supo depender de su modista y de mí al mismo tiempo, y jamás, después me he convencido, le agradecí bastante esa atención. Claro que Yuya se habría vestido con las cortinas del salón para satisfacer un capricho mío. Pero Yuya era un caso realmente extraordinario, una de las pocas mujeres que han nacido únicamente para hacer feliz al hombre, a un hombre. Y, a la vez, una de las pocas mujeres que, en el cumplimiento de su misión, son felices ellas. Esto es lo más cristiano, aunque las mujeres que carecen de esta capacidad no lo puedan comprender y malgasten literatura en otras demostraciones.

El defecto de Ino consistía en interpretar mis palabras y mis actos. Nunca, cuando he hablado con una novia, he dicho nada que se tuviera que interpretar. A todo le he dado siempre el puro sentido literal. Para mí ha sido siempre el más simple, el más fácil. Para Ino, no. Todo lo interpretaba y se equivocaba siempre. Dos errores humanos conducen fatalmente a la perdición: Dar un sentido a aquello que no tiene ninguno y dar a las cosas un sentido distinto del que de veras tienen. Ino no podía cometer conmigo el primer error, porque siempre me abstuve de decirle cosas que no tuvieran un sentido concreto. Pero cometió el segundo una y otra vez, y nuestra felicidad murió víctima de sus reinterpretaciones.

Yo, en general, como casi todos los hombres de imaginación normal, cuando digo una cosa sólo quiero decir aquello que digo, y cuando hago una cosa no suelo tener más imaginación que la de gozarme o fastidiarme en aquello que hago. A esta condición humana se le llama técnicamente «falta de frastienda». Si, lo confieso, soy todo escaparate. Si digo «estoy cansado» quiero decir sencillamente que un exceso de ejercicio muscular ha acumulado sustancias tóxicas en mi organismo y que necesito eliminarlas por el reposo. Pero jamás con esas dos palabras «estoy cansado», pretendo dar a entender que prefiero las novelas de Zane Grey a los dramas de Schiller, aunque sea cierto. Mis palabras no necesitan interpretación. Se pueden tomar al pie de la letra. Lo lamento, pero es así. Si es cierto que la letra mata y el espíritu vivifica, mis textos sólo matan porque no tienen espíritu. Son letra pura.

Con mis actos sucede lo propio. Si me levanto tarde, sólo quiero dar a entender a la humanidad que el sueño me ha durado hasta las doce. Si madrugó, mi única pretensión es dar a entender que ha surgido algo en mi vida más apremiante que el sueño. No se puede pedir una mayor sencillez. Si como naranjas expreso con este acto que las naranjas me apetecen.

Fué costumbre nuestra, de Ino y mía, salir juntos una o dos tardes todas las semanas. Nos gustaba salir y nos gustaba hablar por teléfono y así satisfacíamos ambos gustos. El lunes y el martes combinábamos por teléfono la salida del miércoles, y el jueves y el viernes la salida del sábado. Los domingos preferíamos aburrirnos solos o cada cual con sus amistades. En general, después de unos meses, ya consolidadas las costumbres, íbamos al cine los miércoles y a bailar los sábados. A mí me gustaban los cines vacíos y a Ino las salas de baile llenas, y así nos sentíamos a gusto los dos. Ino, en el cine, decía:

—Hay poca gente.

Y yo, en el baile, comentaba:

—Está muy lleno.

Nos dábamos la razón, no sin algunas reservas, y pasábamos a plantear otros temas que después terminábamos de discutir por teléfono. Ino no era puntual. Es decir, no lo era desde el punto de vista masculino. Acudía a las citas con un mínimo de media hora de retraso y un máximo de dos horas. Tenía noción exacta de la hora a que habíamos quedado, pero no de la posición fija de aquella hora en el espacio. Si se trataba de las siete, ella empezaba a reaccionar a las siete. Si estaba en su casa, decía:

—Las siete. Me he de vestir, que estoy citada con mi novio.

Si estaba con amigas en cualquier sitio, decía:

—Las siete. Me he de despedir, que estoy citada con mi novio.

Y llegaba a la cita, con un desesperante exceso de naturalidad, a las ocho menos cinco minutos.

—Son las ocho—le decía yo, al principio de nuestra relación. Y ella, en seguida, protestaba:

—Menos cinco.

Toda la razón de su parte. Se la tenía que dar y me quedaba sin un argumento sólido en el que apoyar mis quejas. Más adelante, ya escarmentado, to-



qué la costumbre de mentir. Y cuando ella llegaba a las ocho menos cinco, le advertía:

—Son las ocho menos cuatro.

Tardó tres o cuatro meses en descubrir un argumento favorable contra esta observación. Pero un día que llegó inspirada, dijo:

—Es más tarde; las ocho menos cinco... Se ve que esperas a gusto, cuando el tiempo se te hace corto. Yo apreciaba su ingenio, pero no dejaba de lamentar su falta de puntualidad. Así aguanté dos años, sin enfadarme jamás. Algún margen de tolerancia hemos de dejar a la naturaleza femenina. Pensaba: «Mucho hace en acudir». Y también es cierto que las otras novias posibles me gustaban menos que ella. Mentiría si dijera que ella era la mujer del mundo que más me gustaba, porque Yuya me gustaba más. Pero Yuya era su hermana, y sólo me atrevía a pensar en ella en silencio y a oscuras.

Sólo un día, al principio, después de una hora de espera, puse el grito en el cielo. Ino se asustó y a la próxima cita acudió una hora antes, según dijo para compensar el atraso. Se aburrí, la encontré de mal humor, me lo contagió, nos fuimos los dos de la lengua y estuvimos quince días sin vernos. Aparte el placer de haer las paces, fueron dos semanas tristes tanto para ella como para mí. Más para mí, pues a mí, sin ella, nadie me daba noticias de Yuya.

Un martes quedamos por teléfono en encontrarnos el día siguiente, a las seis, en el cine. Era un cine donde no teníamos costumbre de ir, pero daban una película importante que los dos queríamos ver.

El día siguiente, miércoles, yo estaba junto a la puerta del cine a las seis menos cinco minutos. Era en diciembre y hacía frío. Ino no estaba, es claro. Uno de sus principios era no llegar jamás ni medio minuto antes de la hora. Compré dos entradas y, desafiando las miradas de la taquillera, me dispuse a esperar con la mayor indiferencia pintada en el rostro.

Esperé hasta las seis y diez minutos sin ninguna modificación en el semblante. No se había perdido nada, porque antes de la película larga pasaba un documental y un «Pato Donald». A las seis y media consideré que había esperado bastante, que todas las formalidades y cortesías estaban a salvo, dejé la entrada de Ino en manos de la taquillera y entré en el local, muy mal impresionado por la indiferencia de la taquillera. Pensé: «Será capaz de vender la entrada a otro.» Y, si lo hizo, bendita sea su experiencia en la vida.

La película acababa de empezar y no se iluminó la sala después del beso final.

Se terminó la película, que no me gustó, se encendió la luz y salí solo y triste. «¡Yuya de mi alma!», pensé a gritos. Era mi exclamación de entonces en los momentos de desconsuelo. Por primera vez Ino dejaba de acudir a una de nuestras citas sin avisarme. Entré en un bar y la llamé por teléfono. Una voz querida me dijo que Ino no estaba en casa y me preguntó:

—¿Eres tú?

Dije que sí en seguida. Todo el mundo es tú para los buenos amigos.

—Ino ha salido hace rato. ¿No estaba contigo?

Dije que no, pero sin dar explicaciones. La voz se mostró complaciente:

—Entonces no tardará en volver; sólo llega tarde cuando ha estado contigo. ¿Por qué no vienes a casa a esperarla?

Primero dije que sí, después lo pensé mejor y dije que no, y sólo después de colgar el aparato repetí, pensando a gritos: «¡Yuya de mi alma!»

Por la noche, después de cenar, me dije: «Ahora esperaré que ella me llame. Hoy, si no llama ella...» La llamé a las once y media porque ya estaba cansado de esperar. Primero salió la otra voz, la que me hacía dulces las llamadas, y después la voz de Ino:

—¡Hola, hombre!

—¿Qué te ha pasado?

Una pregunta natural. Y me quedé de piedra cuando ella replicó:

—Eso, tú. ¿Qué te ha pasado a ti?

—He estado en el cine.

Mi asombro llegó al cenit cuando ella exclamó desde el otro extremo del hilo:

—¡Me lo debí suponer!

—Claro que lo debiste suponer, si habíamos quedado.

La voz de Ino se hizo cálida y profunda como siempre que se formaba en las recónditas intimidades del alma.

—Sí, bueno, claro... Pero es que yo pensé que, a pesar de todo, a última hora irías al Harakiri.

El Harakiri era el saloncito de baile donde solíamos citarnos los sábados.

—¿Cómo has podido pensar esto?

—Verás, es lógico.

—Dije a las seis en el cine.

—Precisamente.

No me vino a la boca ninguna frase correcta y preferí callar. Así le daba tiempo a pensar mejor las palabras. No sé si las pensó o si habló simplemente con el corazón en la mano. Dijo:

—Pensé que si habías dicho a las seis en el cine, lo más probable es que fueras a las siete al Harakiri.

Me pareció una pérdida de tiempo discutir por teléfono, porque toda la fuerza de mis razonamientos estaba en la expresión del rostro.

—Bien. Dejémoslo así. Hablaremos el sábado.

—¿En dónde?

—En la calle de Goya.

—Es muy larga.

—Si está de Dios nos encontraremos.

A los dos nos gustaba el sabor de aventura y los dos fuimos a la calle de Goya. Y estubo de Dios que nos encontramos exactamente a las siete en punto, o sea exactamente a la misma hora a que nos habríamos citado si le hubiésemos puesto una hora a la cita. Ella acababa de llegar y yo también. Cuando está de Dios...

Todo parecía el presagio de un nuevo comienzo bueno. Es importante saber estar recomenzando siempre. Lo malo fué que Ino llevara preparada la

defensa, tan bien preparada que desde las primeras escaramuzas perdí la esperanza de salir victorioso. Ni por casualidad se le ocurrió pedir perdón, que habría sido lo más corto, ni confesar que había obrado sin más ni más. Defendió su proceder y se esforzó en demostrarme que el único que había obrado mal era yo. Me reprochó mi falta de comprensión por su manera de ver las cosas y mi descortesía por haber suspendido casi repentinamente nuestra conversación por teléfono. Su defensa técnica estaba apoyada en este argumento: ella pensó que puesto que todos los miércoles íbamos al cine, aquel día, por ser miércoles, yo preferiría ir a bailar, y que puesto que yo le había dicho a las seis y ella llegaba siempre con una hora de retraso, yo no iría hasta las siete. Y fué al Harakiri a eso de las siete o siete y cuarto, convencida de encontrarme allí y darme una gran alegría.

Confieso que no supe comprenderla y le hablé con cierta falta de ternura. Ella entonces se echó a llorar. En plena calle de Goya me pareció imperdonable. Y entre sollozo y sollozo me dijo:

—Imagina que tú en vez de ir al cine hubieses ido al Harakiri, como pudo muy bien ser. ¿Qué, entonces?

—¿Cómo podía ir al Harakiri si habíamos quedado en el cine?

—Lo sé, pero. ¿y si se te ocurre ir?

No la pude sacar de aquí. Anduvimos lo menos media hora en silencio a lo largo de la calle de Goya. Tres veces le propuse romper, las tres veces me dijo que bueno, pero no se fué y no rompimos. Comprendí que una fuerza implacable nos mantenía unidos y otra fuerza implacable nos separaba. Aquella noche, a solas con mi conciencia, decidí no casarme por nada ni por nadie antes de cumplir los treinta años. Me faltaban cinco.

Había comprendido que mi felicidad no podía estar en las manos de una mujer. Con tanta claridad lo había comprendido, que tres años después, a los veintiocho, ya estaba casado, y ahora soy padre de cinco hijos. Esto prueba que en el matrimonio no he buscado mi felicidad, sino la felicidad de mi mujer. Los hombres y las mujeres somos los dos seres más raros de la creación. No podemos vivir juntos ni separados. Y somos además tan imbéciles que nos imaginamos resolver nuestras vidas viviendo juntos y separados a la vez. Hablo en general. Yo soy feliz en casa con ella.

Todavía hasta comienzos de la primavera Ino fué más o menos mi novia, más bien menos que más. Nuestras citas parecían velatorios. Pero ni ella ni yo teníamos un sustituto a mano y los dos preferíamos una agonía lenta a la separación definitiva.

Yuya, entretanto, se había convertido en una mujercita para enloquecer por ella. Yo a veces preguntaba a Ino:

—¿Todavía no tiene novio tu hermana?

—No. Es muy exigente.

Esta razón me halagaba la vanidad. Un día regresó de Andalucía un antiguo novio de Ino, ya situado. Regresaba en busca de su ex novia. Supo que Ino había estado más o menos comprometida conmigo y antes de hablar con ella me habló a mí. Era un muchacho razonable y, naturalmente, le di la razón. Seis meses después Ino y su antiguo novio se casaban. Creo que al principio fueron felices los dos, que después ella fué más feliz que él, que más tarde él fué más feliz que ella y que ahora... Bueno, ahora llevan dos años en Méjico y no sé nada de su felicidad.

Unos meses después de la boda de Ino encontré a Yuya en un baile. Estaba más bonita y más simpática que todo. Calculé que tendría veinte años. Nos saludamos como los mejores amigos y le di una gran noticia:

—No tengo ninguna prisa en volver a tener novia ni desde luego en casarme. Y anticipado esto, te puedo decir que tú siempre me has gustado mucho más que tu hermana.

—Lo sé.

Al despedirnos decidimos no quedar ni citados ni en nada. «La vida es joven», dijimos. Dos veces la vi de lejos en la calle y las dos veces me aparté de su camino. Así, con infinita precaución, conseguí que no ocurriera nada, absolutamente nada. Hasta que dos años después ocurrió lo que tenía que ocurrir y, en consecuencia, Yuya es mi mujer y la madre de mis cinco hijos. Somos casi felices del todo y los dos sabemos que lo seríamos más si fuésemos más humildes.

Preferimos no precipitarnos. Así nuestro bello porvenir se nos anticipa en forma de esperanza.

LA QUIEBRA DE LOS FALSOS MAESTROS

Por Fray LEON, Obispo de Teruel

La voz magistral de Jesucristo, que resonó veinte siglos hace en las tranquilas riberas del lago de Tiberíades y en las aldeas y ciudades de Palestina, continúa clara y serena en nuestros días enseñando a cuantos quieren oírle. Desde hace dos mil años, su mensaje pedagógico es siempre idéntico, porque Jesucristo es el único Maestro de ayer, de hoy y de siempre. «La acción de Jesús—escribió Bougaud en su obra «El Cristianismo y los tiempos presentes»—no conoce límites ni de tiempo ni de espacio. Jamás será sobrepasado ni sustituido por otro.»

Desgraciadamente, algunos falsos pedagogos no lo han creído así. En estos últimos tiempos el individualismo protestante, el liberalismo ateo, la masonería hipócrita, el colectivismo marxista, se han esforzado en separar la Humanidad de Dios, la ley del legislador, la responsabilidad de la acción, el cielo de la tierra. Estos falsos maestros han tratado de separar el alma del cuerpo, negándola; la moral de la economía, suprimiéndola. Han querido—en frase de Pío XII—, «la naturaleza sin la gracia, la razón sin la fe, la libertad sin la autoridad, acaso la autoridad sin la libertad... Cristo, sí; Iglesia, no. Después, Dios, sí; Cristo, no. Finalmente, el grito diabólico: Dios ha muerto; mejor: Dios jamás ha existido» (discurso 12-X-1952).

Por esto hay tanta parte de la Humanidad privada de verdadera luz aun en medio de tantas luces de progreso que camina a la ventura, desorientada, sin paz, en busca de un fantasma que sustituya a Dios y su ley y se lanza ávidamente sobre los placeres, las riquezas, las diversiones, etc., como las mariposas nocturnas sobre la luz engañosa. Negada el alma, rotas las tablas del Decálogo, apagada a luz del Credo, perdido Cristo, el hombre moderno no sabe encontrar el seguro camino y, como el hijo pródigo, no ve ante sí sino la noche, la miseria y el precipicio. Todos sus caminos le conducen a un callejón sin salida, a una clamorosa quiebra. Y son tres los dogmas básicos del mundo moderno que se están derrumbando ante nuestros ojos:

1.º La liquidación del hombre económico, es decir, el postulado que el hombre animal altamente desarrollado no tenga otro destino en su vida que el de producir riquezas y después, viejo, morir como la bestia.

2.º La liquidación de la idea de la bondad natural del hombre, por la cual él no necesita de un Dios a quien reconocer sus derechos ni de un Salvador que lo redima de la culpa, porque el progreso es automático, merced a la ciencia, a la técnica y a la evolución que un día harán del hombre una especie de Dios, como dijo Wels: «Con los pies en la tierra y con las manos en las estrellas.»

3.º La liquidación del racionalismo, o sea, de la idea que el propósito de la razón humana ni es descubrir el significado y el fin de la vida—la salvación del alma—, sino el de imaginar nuevos progresos técnicos, para crear en esta tierra una ciudad del hombre que reemplace a la de Dios.

La quiebra ruidosa de tantos falsos maestros parece indicarnos que está para cerrarse la era de una civilización antirreligiosa para dar principio a otra religiosa.

2. LA PEDAGOGIA CRISTIANA, CRISTOCENTRICA

Tras la ruidosa quiebra de tantos falsos maestros que han enseñado una civilización antirreligiosa, seguirá una nueva Era más cristiana. «La actual crisis de fe, de moral y de economía—escribió el cardenal Suhard en 1948—no es sino el prólogo, la introducción al drama de un mundo en formación. Nuestra época es de transición. Los sufrimientos

que asolan la tierra por todas partes, los peligros que amenazan el mañana, los grandes movimientos que recorren el mundo por doquier, pueden considerarse más bien como síntomas de un próximo parto que como consecuencia de catástrofe o, mejor, se puede decir que el presente malestar no es ni una enfermedad ni un síntoma de envejecimiento del mundo, sino más bien una crisis de desarrollo.»

El mismo 1948 escribió el P. Lombardi en «Vita e Pensiero», de Milán: «Estoy convencido de que con nuestra generación se cierra un ciclo histórico purisecular que no merece llorarse... Mientras este ciclo de historia se cierra, otro se abre: un grande ciclo, más grande que el que muere, como es más grande el divino que el humano, Dios que el hombre...»

Pero ¿cuándo amanecerá el alba de este gran día? ¿Y cuándo la levadura del Evangelio penetrará en la masa humana para fermentarla toda? ¿Y cuándo el nombre de Cristo resonará de región en región y la aurora de su celestial sonrisa calmará nuestros corazones tan inquietos? ¿Y cuándo los grandes de la tierra transformarán sus espadas en rejas y sus lanzas en azadones, y no lucharán los pueblos, y reinará la paz en todas las naciones?

Sólo cuando la presente generación haya aprendido a construir el edificio de la propia vida sobre Aquel que es el fundamento de todo el universo, de Aquel que, como dice San Pedro en su primera carta, 2, 6, «es la piedra angular sobre la cual se alza todo el edificio bien trabado para ser templo santo del Señor». Esto exige una pedagogía cristocéntrica. Cuéntase que Gerón, tirano de Siracusa, hizo construir una nave. Pero al momento de botarla fué imposible moverla, a pesar de los esfuerzos de operarios y arquitectos. Llamado Arquímedes, prometió botar la nave con un solo hombre. El ilustre físico inventó un aparato, la palanca, e invitó al mismo rey a moverla. Consintió el rey, y entre la alegría y los atronadores aplausos de la muchedumbre, la nave se deslizó inmediatamente sobre las olas del mar.

También en los astilleros de los centros de educación hay que construir la gran nave de una juventud bien educada y moverla en el mar de la vida. Pero ¿dónde encontrar la palanca, el punto de apoyo para realizar tamaña empresa?

Solamente en una sólida formación cristocéntrica. La verdad absoluta, dogmática-central que el educador debe actuar en sí y hacer conocer y vivir en sus discípulos, es Jesucristo, el primer ser querido libremente en los eternos decretos de Dios, el primer principio del cual dependen todos los seres en el tiempo y en el espacio, el único mediador de toda vida natural y sobrenatural, el modelo absoluto de toda la perfección material, humana y angélica, la razón suprema de todas las operaciones de Dios «ad extra» hacia el cual está orientado todo cuanto existe en la naturaleza, en la gracia y en la gloria.

Sin una concepción unitaria del mundo y de la vida, enderezada a Cristo, y por Cristo al Padre, no se puede lograr una educación perfectamente humana y divina; es decir, vital, dinámica, persuasiva, duradera.

La crisis actual del mundo tiene origen especialmente en la pérdida o en la ignorancia del sentido cristocéntrico de toda la creación. En nuestros días el resultado educativo es escaso precisamente por la falta de ideas estelarias, de profundas y precisas convicciones teológicas cristocéntricas, tanto en el educador como en el educando. Tanto vale un educador cuanto sus ideas culturales y religiosas y cuanto su vida se conforma con ellas. El célebre De Maistre decía: «Yo diré y sostendré que el hombre vale por cuanto cree.»

La pedagogía cristocéntrica es necesaria.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

"LA MAQUINA DE LAVAR CEREBROS"

Por LAJOS RUFF

LUDWIG RUFF

la machine
à laver
les
cerveaux

L. LAQUELLE

PUBLICAMOS hoy en nuestra sección habitual el resumen de un libro próximo a publicarse traducido en España por la Editorial Indice, relativo a los macabros procedimientos empleados por los comunistas húngaros para conseguir la debilitación de la conciencia, hasta el punto de impedir por completo el uso de la voluntad humana. El autor, un joven intelectual húngaro detenido y sujeto pasivo de innumerables torturas, ha sabido trazar todo esto en el curso de su narración dentro de la máxima amenidad, mérito principal de la obra, que se lee con el interés de una novela policiaca, aunque en ella se describan hechos totalmente reales que stroen para mostrar una vez más que en nuestros tiempos la ficción ha quedado muy a la zaga del auténtico acontecer.

RUFF (Lajos): «La machine à laver les cerveaux».

UNA mañana la puerta de mi celda se abrió. Oí pronunciar mi número de matrícula: 414, y antes de que me diera cuenta me habían puesto el capuchón, reservado sólo para las grandes ocasiones. Recorrimos largos corredores—o al menos eso me pareció—en dirección a las oficinas donde tenían lugar los interrogatorios. Oía los silbidos característicos de los guardianes pidiendo el paso, que se destacaban de cuando en cuando sobre el ruido opaco de las blandas zapatillas.

LA DESINTEGRACION DEL ALMA

De repente sentí bajo mis pies una alfombra suave; me quitaron el capuchón y me encontré súbitamente en el medio justo de la cámara mágica.

Una cámara parecida debió ser la que conocieron algunas de las primeras figuras de los grandes procesos soviéticos, los Zinoviev, Kamenev, Iagoda y tal vez incluso el mariscal Tujachevsky, así como los dirigentes checos y búlgaros, el cardenal Mindszenty, Laszlo Rajk y tantos otros. Los había entre ellos jóvenes y viejos, robustos y débiles, pero todos eran hombres sobre los que la violencia física no podía triunfar. Y, sin embargo, después de salir de la cámara mágica, nacían coro a sus acusadores e incluso llegaban en su autoacusación más allá de la requisitoria del fiscal general, sin que, no obstante obrasen bajo el imperio de ningún estupefaciente, puesto que sus respuestas mostraban el sello de una cierta lógica. Y se entregaban a este verdadero juego de prestidigitación no una sola vez, sino veinte, treinta veces seguidas, en salas donde se encontraban numerosos periodistas extranjeros y, con excepción de algunos ligeros entorpecimientos como los que ocurrieron en Moscú con Kresinski y en Sofía con Kostov, hacían la más completa confesión sin que su voluntad destruida consiguiese manifestarse.

El método debió ser inventado por un sabio sáldido del mundo de Dostoievski. Por un sabio, quiero decir, que hubiese podido realizar en el sutil dominio del alma lo que los sabios atómicos han realizado con la materia: la desintegración. En ciertos casos los elementos dispersos del alma han podido volver a soldarse. En otros, la desintegración fué definitiva. Tales almas se han hundido en la locura. Una locura cuyos síntomas he creído reconocer más de una vez en la mirada del que reinaba sobre la cámara mágica. No se es impunemente aprendiz de brujo...

A primera vista, la habitación en que me encontraba me pareció muy agradable, comparada con mi austera celda. No era ni cuadrada ni rectangular, ya que la pared opuesta a la de la puerta estaba trazada en arco de círculo.

Desde el primer momento, las dos lámparas que alumbraban la pieza, una en el techo y la otra en la mesilla de noche, me produjeron una curiosa impresión. Sus bombillas daban una luz difusa y rojiza. Las pantallas, semitransparentes, estaban decoradas con líneas amarillas, rojas, azules y negras y con manchas multicolores; se hallaban también perforadas por algunos sitios. Un dispositivo invisible les imprimía un movimiento de rotación perpetua, proyectando continuamente sombras fantásticas sobre las paredes.

Me dejaron solo en la habitación y entonces probé la cama; estaba inclinada, pues mientras la altura de la cabecera era normal, los pies bajaban hasta el suelo. Se había previsto una especie de apoyo para impedir que el durmiente se deslizase.

Al poco rato un joven rubio, de paisano, entró en la cámara. Me levanté precipitadamente y me pegué a la pared como ordenaba el reglamento. Unos minutos después trajeron la comida que yo había solicitado, pero la leche había sido sustituida por el café. Tenía un hambre terrible después del régimen de la celda y comí con verdadera fruición. El café tenía un regusto ligeramente raro.

Las sombras fantásticas giraban en remolino alrededor de mí y me parecía percibir extraños ruidos. Me extendí en la cama y el sueño me venció, a pesar de lo incómodo de mi posición.

Unas horas más tarde me desperté sobresaltado. Tenía una jaqueca terrible. La iluminación de la cámara había cambiado. Las sombras continuaban girando. Un hombre como de unos cincuenta años, con voz fuerte, me preguntó señalando al techo:

—¿Qué es esa mancha de sangre? ¿Es que ha intentado usted suicidarse?

Levanté penosamente la mirada y vi en el techo una mancha roja.

—¡Y ha intentado también estrangularse!—gritó el joven rubio que acababa de reaparecer—. Tiene usted el cuello tumefacto.

Me llevé la mano al cuello: estaba dolorido.

—¿Dónde ha encontrado usted la bufanda?—preguntó el doctor Laszlo Nemeth, el hombrecillo gordo de la blusa blanca.

El joven rubio se puso a insultarme por la tentativa de suicidio. Pero le doctor le hizo callar, y tomándome de una mano, con tono amistoso dijo: —Vamos, vamos, no hablemos más de ello. Feliz-

mente no se ha producido daño alguno. Pero usted está terriblemente nervioso; le voy a poner una inyección para calmarle. No tema nada; si le impresionara, le taparemos la cara.

Me dormí de nuevo. Al despertarme, vi al doctor Nemeth sentado al borde de la cama. Comenzó entonces una conversación que iba a prolongarse durante semanas enteras. En el curso de ella demostró haber leído varios de mis manuscritos; entre ellos algunos poemas de mi juventud. Era un placer hablar con un hombre culto, cuando desde hacía meses no me había topado más que con brutos.

EN PLENO «TRATAMIENTO»

El «tratamiento» había comenzado sin que yo me diera cuenta. La mancha de sangre en el techo, la bufanda, el billete que inesperadamente habían encontrado en mi camisa, cualquier otro objeto que surgiese, no tenían otro fin, ahora lo comprendo, que embrollar el sentido de mis realidades.

Sospecho que me hacían objeto de incesante vigilancia. En plena noche el doctor Nemeth volvió a mi lado. Se mostró disgustado al saber la noche siguiente que no podía dormirme. Me puso una inyección y al cabo de un cuarto de hora sentí que me hundía agradablemente en el sueño. Un blando sentimiento de irresponsabilidad me invadía.

Cuando me desperté al día siguiente—no sabría decir si por la mañana o por la tarde—, oí un grito ronco de mujer rompiendo el fondo sonoro que me era familiar. Era como si al otro lado del muro alguien gritase en el dolor de la totura, al borde ya de la demencia. Corrí hacia la puerta y llamé. Pasaron sus buenos veinte minutos antes de que el doctor Nemeth apareciese.

—Cálmese—me dijo—. No es nada. La estamos aplicando un tratamiento psicológico. Todo esto—y señalaba a las lámparas y demás objetos en torno— forman parte de él. Las voces también. Pero tranquilícese; no queremos hacerle daño alguno. De todos modos voy a darle un consejo: evite si puede el rayo de plata. Sus efectos sobre el cerebro son algunas veces enojosos.

Esta última advertencia me asustó. Presentía algo siniestro. Y, efectivamente, durante la noche —pero era realmente de noche— el rayo de plata penetró por la ventana, que hasta entonces había permanecido oscura. Era un haz luminoso brillante como el mercurio, que iluminaba solamente un pequeño círculo. Lentamente, casi imperceptiblemente, el círculo se desplazaba. Tumbado en el diván veía cómo iba aproximándose. El consejo del doctor Nemeth volvió de repente a mi memoria y de un salto me puse en pie. El rayo se paró, volvió después lentamente a seguirme. Aterrado, cambié nuevamente de sitio intentando esquivarle. Y fué entonces cuando comprendí el secreto de la extraña disposición de la cámara: *no había medio de escapar al rayo.*

Estaba destrozado. En torno mío, siempre los mismos ruidos, los mismos fulgores. Finalmente, sentí que me invadía la curiosidad. Tarde o temprano el rayo me alcanzaría, no había remedio. Entonces más valía que fuese lo antes posible. Me senté en el suelo y dejé que su luz fría se deslizase por mi cuerpo.

A la noche siguiente, o mejor, en lo que yo creía que era la noche, mi corazón se puso a latir precipitadamente en espera del rayo. Me sentí aliviado cuando apareció... No hice resistencia alguna. Y creo que terminé desvaneciéndome.

Me despertaron para que comiera. Después volví a dormirme con un sueño poblado de pesadillas. Cuando me desperté de nuevo, como si las pesadillas continuasen, vi que la pantalla fija en la pared se iluminaba.

Proyectaban un film. Un film extraño: era un paisaje ondulado de montes y valles que se estilaban voluptuosamente como un cuerpo vivo. Y, en efecto, se trataban de cuerpos vivos, cuerpos entregados a escenas de orgía; algún detalle obscuro aparecía a veces en primer plano a todo lo ancho de la pantalla. Todo ello entrecortado de cuando en cuando por líneas curvas galopantes sin transición, como dibujos abstractos. Luego surgían nuevas escenas obscenas. La proyección debió durar horas. Al fin me dormí. Creo que me pusieron una inyección; tenían que aprovechar ahora mi sueño para ponérmelas. Las imágenes fantásticas que había visto me perseguían en sueños.

LA CERTEZA COMIENZA A DESAPARECER

En una ocasión me dormí seguro de haber terminado mi cena. Un poco más tarde me sacudieron de mi adormilamiento y vi que la tortilla que cre-

haber comido y el café estaban intactos sobre la mesa. En otra ocasión estaba seguro de haberme desnudado para acostarme. Varios minutos después me sacaron de mi sueño para decirme: «¿Por qué no se mete usted en la cama?» Iba perdiendo la confianza en mis sentidos. Pero nada tenía importancia.

En ocasiones oía voces que repetían palabras incoherentes. Me acuerdo de que una de ellas decía sin cesar: «Eva..., mono..., eva..., mono...»

Las sesiones de cine continuaban. Un hombre penetraba en un río. Cuando sale, sus vestidos están secos.

El doctor Nemeth atrajo mi atención sobre el hecho de que una de las películas había sido tomada de un poema de Attila Jozsef, mi poeta favorito:

«En las callejuelas, la luz levanta lentamente su mala...»

Y todas las imágenes del poema se animaban. Volví a asistir a otras películas orgiásticas. Cuando me desperté creí vivir una de las escenas de la película, aunque realmente estaba dormido. El doctor Nemeth se me aparecía unas veces como un mono lúbrico, otras como un sabio respetable. Creí reconocerle en las películas de orgías. ¿Pero las bacanales ocurrían en la pantalla o en la misma habitación? ¿Eran las mismas escenas de orgías a las que había de aludir más adelante el cardenal Mindszenty?

Creo que fué en aquel momento cuando comenzaron a proyectar películas políticas. Eran escenas de la Resistencia. El doctor Nemeth repetía luego parte de los papeles cinematográficos. Cada vez dudaba más de mis sentidos. Ante mí se abrían abismos insondables y la opinión del doctor Nemeth me parecía cada vez más importante para mí. Tenía la impresión de que él representaba el único punto fijo en un torbellino.

Y de repente aquel punto fijo se puso a vacilar también... El doctor Nemeth, aquel sabio afable y serio, comenzó a decir cosas incoherentes. Estaba convencido de que era yo quien perdía la razón y de que era incapaz de comprender las palabras más simples.

Tal era el tratamiento al que me hallaba sometido. Las inyecciones que me ponían consistían en



Quien mal anda, mal acaba.

con plantillas



¡Garantía de comodidad!



dosis diluidas de escopolomina y mescalina, destinadas a debilitar mi voluntad. Tales sustancias son de origen vegetal y servían a los indígenas para envenenar sus flechas.

Queda el rayo de plata, cuya naturaleza nunca pude descubrir. ¿Era un rayo especial, como los rayos X, o un rayo de luz corriente destinado a impresionar a la víctima? En todo caso, el efecto deseado se conseguía. Los presos políticos de la A. V. H., es decir, la Policía del Estado, hablaban a veces con terror de un «rayo que vuelve loco».

Y, en efecto, podía volver loco por momentos y hasta definitivamente. Como todo lo que ocurría en la cámara mágica. El cardenal Mindszenty, en cambio, parece haber recuperado sus facultades. Pero en la enfermería especial de la A. V. H. encontré por lo menos a seis hombres cuya razón había naufragado para siempre de un tratamiento análogo.

CUANDO KADAR ERA TORTURADO

Tras de haber interrumpido mi tratamiento por mi fingida crisis de locura, ingresé de nuevo en la cárcel como ayudante recluso. Un día cuando fui por los platos vacíos, una mano roja cubierta de pecas y con las puntas de los dedos extrañamente deformadas, pasó por la ventanilla. Era la mano de Janos Kadar, el actual Presidente del Consejo húngaro.

El primer contacto era más bien desagradable. Más adelante pude hablar con él varias veces y enterarme de algunos detalles de su vida.

Kadar, que aparenta unos cincuenta años, tiene el pelo castaño, los ojos grises, la cara alargada y marcada por los sufrimientos. Antes de la guerra era un simple obrero que se había adherido muy joven al partido clandestino y había subido poco a poco los escalones del aparato. Durante la guerra está ya en la cima de la jerarquía al lado de Laszlo Rajk. Este, un tribuno, goza de la mayor popularidad y después de la guerra su prestigio entre los militantes no hace sino aumentar. Rajk es una figura política, mientras que Kadar es sólo un hombre del aparato. En 1948 pasa a ser uno de los secretarios del partido, mientras que Rajk es ministro del Interior. Luego Kadar reemplazará a Rajk—padrino de su hijo—en el ministerio del Interior.

En el mes de mayo de 1949, Rajk desaparece; pronto se sabe que ha sido detenido. Detenido por la A. V. H. que ha contribuido a organizar y en la que trabajan varios miembros de la familia Kadar. Es torturado y confiesa. Varios factores le han determinado a ello: en particular, su amigo Kadar le ha inducido a confesar, suplicándole que sacrifique su honor en el altar del partido y prometiéndole salvar su vida si se somete. Esta conversación, en la prisión, entre Kadar y Rajk fué recogida en cinta magnetofónica, y Rakosi la sacará a relucir en el momento en que Kadar, liberado, vaya a pedirle cuentas ante el Comité central.

Después de la detención de Rajk, Kadar ataca duramente su actividad de espía en innumerables discursos. Pero ello no basta para impedir su arresto en 1951, bajo acusaciones no menos imaginables. Decididamente, el puesto de ministro del Interior no trae suerte. El titular siguiente, Sandor Zold, se pegará un tiro en la cabeza en el momento de ser detenido, tras haber exterminado a su familia.

Kadar, como él mismo ha dicho, fué torturado terriblemente. Durante cuarenta y dos días estuvo encerrado en una villa de Buda, con las manos torcidas hacia atrás y sujetas a una argolla empotrada en el hormigón. Los A. V. H. le arrancaron las uñas, y su principal verdugo, Wladimiro Farcas, hijo del ministro de la Guerra, para quitarle los «humos» le orinó en la boca.

Cuando le condujeron a la prisión, era sólo un pingajo humano. Pero un pingajo que tenía accesos de rabia. Y que en tales momentos no cesaba de proferir injurias contra Rakosi...

Trató de suicidarse. Para ello escogió un medio que en ocasiones les ha salido bien a los presos políticos rusos: durante el aseo de la mañana aspiró agua profundamente con la intención de llenarse los pulmones. Pero para tener éxito hay que tener una determinación a toda prueba. La de Kadar, sin duda, era insuficiente. Y, en efecto, pudieron reanimarle mediante la respiración artificial y desde entonces, cuando se levaba, tenía que hablar continuamente con el guardián.

Kadar se había puesto a estudiar las lenguas extranjeras, persuadido de que todavía le aguardaba una carrera política... Una vez vinieron a buscarle en plena noche para someterle a interrogatorio... La escena se reprodujo varias veces. En una ocasión estuvo ausente tres días. Cuando le pregunté la causa, se mostró reticente: «Mi asunto está en curso de revisión. Quieren que me comprometa a que me mantendré tranquilo», y se echó a reír nerviosamente. Yo sabía que daría todas las garantías necesarias. Efectivamente, una noche desapareció y ya no volví a ver su cara alargada hasta pasado el tiempo, en primera plana de los periódicos.

MI ENCUENTRO CON EL CARDENAL MINDSZENTY

En la primavera de 1955 me destinaron por tres meses a un nuevo puesto. Fui trasladado, en efecto, al hospital de la penitenciaría, situado en el ángulo noroeste de la prisión. Se alojaban allí a ciertos prisioneros calificados, y particularmente, en el más absoluto secreto, al cardenal Mindszenty.

El día de mi llegada, un viernes, hacia las doce y media de la mañana, la lámpara roja del pasillo se encendió. «¡Salgan de aquí!», gritaban los guardianes. Esta orden se dirigía también a los médicos. Volvimos a nuestras celdas y oímos primero el mantilleo de las botas, después pasos apagados. «¿Qué es eso?», pregunté a mi compañero. «Es día de baño para el viejo», me informó. El viejo no era otro que el cardenal Mindszenty, primado de Hungría.

Había dos guardianes incorporados a la persona del cardenal. En la celda vi un lecho, lo que suponía un favor muy especial, con colchón y almohada. Había también una mesa fija en el suelo y una silla igualmente clavada en el piso. En un rincón, la inevitable instalación sanitaria. Junto a una pared, un reclinatorio frente a dos imágenes piadosas. Cristo y la Virgen, en un anaquel, un breviario, devocionarios y una o dos obras filosóficas.

Al entrar en la celda, el primado estaba en un rincón, con las manos detrás de la espalda, y vestido con un traje negro y una camisa blanca. Lavé el piso con la arpillera y arreglé debidamente la habitación. En aquella ocasión, el cardenal ni siquiera posó en mí su mirada penetrante, que tenía fija en algún punto delante de él. En tanto, los ojos escrutadores, aunque no malévolos del guardián, iban sin cesar de uno a otro.

Por entonces el régimen del cardenal había sido considerablemente suavizado. Pasaba sus jornadas leyendo, escribiendo y rezando. En cuanto terminaba de escribir unas cuantas páginas, las rompía. Después se paseaba de uno a otro lado de la celda. También se le permitía decir misa. Vivía en absoluta incomunicación. Cuando abandonaba su celda, todo el mundo tenía que despejar el camino. Se le había consentido entonces ver a su madre, una monagenera, una vez cada seis meses. Las entrevistas tenían lugar en presencia del jefe de la prisión.

Durante años estuvo prácticamente privado de la luz del día, pues ésta no se filtraba en su celda más que a través de un cristal esmerilado. A pesar de su aislamiento, seguía siendo un personaje impresionante, y cuando los guardianes se cruzaban con su mirada, bajaban los ojos.

Un día mientras me hallaba limpiando el corredor fui testigo de una escena característica, y ello fué como el jefe de la prisión fué obligado a salir de la celda ante la exclamación cortantes del cardenal, que le decía: «Sí, le digo que salga». Y Rakoz, el jefe de la prisión, visiblemente desconcertado, se retiró rápidamente.

En otra ocasión el cardenal rechazó el desayuno. Guardianes y guardianas de la sección de mujeres habían tomado la costumbre de reunirse ante su puerta para cambiar bromas y dichos con frecuencia indecentes. Tales expresiones llegaban hasta Mindszenty.

Por la tarde el comandante de la prisión y, al día siguiente dos oficiales del ministerio del Interior vinieron a rogar al cardenal que se alimentase. El les respondió que, aunque estuviese condenado, no estaba condenado a escuchar groserías. Al cabo de tres días había ganado la batalla.

El fusil parecía estar a punto de desaparecer. Hoy tiene ya nuevas aplicaciones tácticas



EL FUSIL ATOMICO, ULTIMA ARMA SECRETA NORTEAMERICANA

PODRA UTILIZARSE TAMBIEN COMO "BAZOOKA"

LAS ARMAS VIEJAS NO DESAPARECEN, SE RENUEVAN

MIENTRAS que Krustchev, entre desconcertado y bravucon, tras la intervención anglo-americana en el Próximo Oriente, nos recuerda que la U. R. S. S.

tiene también, como los Estados Unidos, Armada, Aviación, Ejército, proyectiles dirigidos y bombas atómicas y de hidrógeno, he aquí que diluida entre la infor-

mación abundante en estos días, sobre el conflicto en cuestión, aparece una noticia de singular trascendencia. La novedad se pone boca nada menos que del mis-

EQUILIBRIO LABORAL

EL tira y afloja de unos, la supremacía de los otros, la desavenencia, el rencor, la desunión, el caos, son los múltiples denominadores comunes del trabajo, tal como lo entendían y lo practicaban las teorías liberales. Era el colocar a dos masas, a dos clases, enfrentadas en posiciones antagónicas, siempre en plan de lucha, de estrujamiento, de obtener el beneficio máximo y partidista, importando un ardite el bien de los otros, que, en la generalidad, de los casos, repercutía sobre los mismos cimientos económicos de la nación.

Frente a la concepción, pues, clasista del trabajo, del trabajador y de la Empresa, la España de hoy, el Movimiento Nacional, ha levantado, indismorronable como un perenne muro, el título, honor para el que lo lleva, de Empresa y trabajador. La Empresa, asociación de hombres y medios ordenados a la producción, constituye una comunidad de intereses y una unidad de propósitos; trabajador es todo ser humano que dedica sus energías a la producción de algo útil, es decir, la cualidad específica que le incorpora a la población activa de la nación. Uniendo a los dos, atándolos con el vínculo hermoso de la solidaridad, está el trabajo, origen de jerarquía, deber y honor de todos los españoles.

Nunca hubo así en toda la historia de España mayor y más continuada época de solidaridad laboral que la presente. Una armonía puesta de manifiesto por los principios del Movimiento Nacional y llevada a realidad por la comprensión, el acierto y el esfuerzo de todos aquellos que integran, dirigentes, técnicos, empresarios y trabajadores,

el orgánico y complejo mundo de la producción.

Y bajo esta armonía, la historia laboral española, vigorizada y renovada desde un 18 de julio de 1936, entra ahora también en otra nueva y plena fase. Por un lado, la puesta en vigor de la ley de Convenios Colectivos; por otro, la simplificación y modernización del Procedimiento Laboral; en un tercero, el cada vez más amplio y ágil sistema de previsión social y el funcionamiento continuado, extenso y seguro de las Universidades Laborales, auténtica fructificación de la semilla para los trabajadores futuros, hijos de los trabajadores de hoy; después, la instauración de un sistema de Economatos que serán medida plena y segura en la protección de la capacidad adquisitiva del salario; por último, la ordenación del traslado de la mano de obra a aquellos lugares del país donde aparezca en oportuno momento la demanda, con lo cual se reducirá al mínimo el desempleo ocasional y se servirán los legítimos intereses de las Empresas interesadas.

Cinco puntos, pues, que atañen por igual, cada uno en su adecuada proporción, al trabajador y a la Empresa. Cinco puntos que elevarán fundamentalmente la productividad del trabajo español y, por consiguiente, la producción; cinco puntos que en el entendimiento armónico entre trabajadores y empresarios, como integrantes comunes de ese gran término nacional que es la Empresa, considerada como unidad social económica, aumentarán los ingresos de los trabajadores y los beneficios de los empresarios; cinco puntos que se resumen en uno solo: equilibrio, auténtico y armónico equilibrio laboral.

mismo Wilber N. Brucker, el secretario de las Fuerzas Armadas del Ejército de Tierra americano. Se trata de la última "arma secreta" yanqui. ¡Nada menos que el fusil atómico! Aunque sea difícil la disciplina del átomo —lo recordaban los ingleses no hace mucho tiempo con ocasión de aludir a algunas fracasadas experiencias nucleares británicas—, he aquí que dada la autoridad del informante no podemos rechazar la noticia ni dejar de añadirla el comentario adecuado. La novedad, sin duda, como vamos a ver en seguida, lo merece cumplidamente.

EL ARMA DE TODOS

He aquí que el fusil, el arma predilecta del combatiente durante dos siglos y medio, parecía ya a punto de desaparecer cumplido plenamente su papel trascendente en la Historia Militar

durante todo ese tiempo. El fusil era el arma de todos y, sobre todo, el armamento de la Infantería, "reina de las batallas", el arma que solamente es capaz de conquistar y conservar el suelo. He aquí lo que, sin excepción, se ha venido diciendo por los tratadistas profesionales durante todo el tiempo, citado. El fusil, como todas armas, ha tenido su historia e incluso naturalmente también su antecedente. En este sentido su pasado se prolonga mucho más todavía. Se nos ha asegurado que la pólvora fue una invención china. Se ha añadido, al revés, que fue un descubrimiento del franciscano Schwartz, realizado en Friburgo, allá hacia el año 1320. Sea lo que fuere, el arma de fuego apareció poco después de esta señalada fecha. Y la intervención de la pólvora en la guerra tuvo, eso sí, lugar en España antes que en ningún

otro sitio. Pero curiosamente hay debate sobre el año preciso en donde retumbó la primera arma de fuego. No se sabe exactamente si la artillería surgió en la batalla del Salado, con Alfonso XI, en 1340, o al revés, la novedad tuvo lugar en el sitio de Algeiras cuatro años más tarde. Aquella primera pieza debía ser una "lombarda", que fue el arma de la prehistoria de la artillería. Con exactitud se sabe ya que Enrique III pidió a las Cortes de Toledo algunas de estas armas para llevar a cabo la campaña de Granada.

La "tormentaria" —el nombre inicial de la artillería— comenzó desde este instante mismo su evolución. De la "lombarda" se pasó a la "culebrina", y, al final "cañón", todo a través del tiempo, lentamente, pero de modo evidentemente progresivo. Así se llegaría, al fin, al cañón moderno, de tiro rápido y sin retroceso. Algo que no pudo prever Don Quijote, que tanto fustigara la aparición de las armas de fuego en su celeberrimo discurso.

LOS ESCOPETEROS DEL GRAN CAPITAN Y DE CISNEROS

Pues bien; de las armas de fuego pesadas se pasaría, andando el tiempo también, a las portátiles. De la Artillería a la Infantería de las armas de fuego. De los grandes cañones a los pequeños fusiles. La cosa no fue fácil. Ni rápida tampoco. Como el cañón, el fusil ha tenido un largo periodo previo de evolución. El padre o, por mejor decir, el abuelo más remoto del fusil fue la "escopeta". Las tropas armadas con esta primera arma de fuego portátil se llamaron por eso mismo "escopeteros". La "escopeta", como arma de guerra, fue la gran novedad de las guerras de Italia, portada por soldados de nuestro Gran Capitán. Los "escopeteros de Cisneros", armados también de esta arma, como indica asimismo el nombre de esta tropa, aparecieron igualmente en la expedición de Orán en 1509. A principios del siglo XVI había ya en Madrid dos fábricas consagradas a la producción, diríamos hoy, de "arcabuces". Una de ellas era propiedad de Pedro Maese. La otra, de Simón Macuarte. El "arcabuz" y el "mosquete" deberían ser los intermediarios entre la "escopeta" y el "fusil".

La primera arma de fuego consistió, sencillamente, en un tubo de hierro adosado a un palo. La invención de la culata vino luego. Primero fue ésta recta. Luego, qué curva, para adaptarla mejor al hombro. El arma era pesada y larga. Para sostenerla, el tirador ponía ante sí, apoyado en el suelo, un palo terminado en una horquilla, en la cual descansaba el arma. Las cosas iban con dificultad en aquellos tiempos de tan escasa técnica y tan rudimentaria industria. Todo parecía complicado para estas armas; el "frasco", el "polvorín", la "mecha", la "garta" de cargas y la "llave de rueda".

A principios del siglo XVII el "mosquete" consigue aligerarse. Se suprimen la horquilla y la llave; se reduce el calibre, y, en



El famoso y casi legendario «Mauser», usado por la mayoría de los Ejércitos

... no se emplea ya para producir el fuego el rozamiento de la pirita de azufre, sino que se usa el pedernal. ¡Curiosa novedad! Porque el pedernal, el sílex, que, en realidad, la primera arma que el hombre utilizara en la Prehistoria, unido a un palo como hacha o como lanza. El pedernal es, pues, a la vez el origen, por así decirlo, de las armas que podríamos llamar perfectamente blancas y de las de fuego, como vemos.

* * *

Al fin, el fusil es ya una realidad en 1630. Pero el proceso de su evolución dista mucho de haber sido culminado naturalmente. El "fusil de chispa" no es sino la sucesión del mosquete y del arcabuz, pero el primer paso dentro del armamento general de la fusilería. La nueva arma, como sus precedentes, se carga por la boca. Se ataca con la baqueta, que es originalmente de madera. Cuando el cañón del fusil se raya para imprimir a la bala un movimiento de rotación, que la hará más precisa y perforante, al atacar la bala de plomo con la baqueta se adapta ésta al rayado con aquellas ventajas.

En 1703, Vauban, el ingeniero militar francés, suprime la pica o lanza y el mosquete en el Ejército, que se arma desde este mismo instante con fusil. Casi al mismo tiempo se hace igual transformación en España. A principios del siglo XVIII los fusiles son aún de calibre 16. Por entonces los prusianos sustituyen con ventaja la baqueta de madera por la de hierro. El rayado del ánima del fusil está ya plenamente adoptado a la sazón. Se dice que Gustavo Adolfo había ideado el cartucho. Pero la gran revelación de la época es también mérito de los prusianos. Nos referimos al fusil Dreyse o

de aguja, el gran éxito de la campaña de Bohemia que culminó en Sadowa. La novedad consistía en que en vez del sistema precedente de puesta en fuego, ahora con la invención citada, una aguja producía el disparo al percutir sobre una cápsula o cebo de clorato de potasio, en el centro de la gase del cartucho, de tal manera que incendiaba la pólvora y surgía rápido y preciso el disparo. De este modo, la velocidad de tiro se multiplicó no poco. En los días de Napoleón, los soldados no podían hacer más de dos o tres disparos con su fusil, cuyo alcance era, por otra parte, muy escaso (200 ó 300 metros). Pasada esta fase inicial del fuego surgía casi invariablemente el choque. Savarov, el general ruso, convenía que lo verdaderamente cuer-

do en la guerra era la bayoneta. La bala se le antojaba loca. Desde los días del Dreyse las cosas fueron más de prisa. Los progresos de la técnica y de la industria crearon en seguida el "Chassepot" francés, el "Winchester" inglés, el "Remington", usado a mediados del siglo último por casi todos los Ejércitos; para entrar en el actual con el "Lebel" francés, el "Lee" inglés y americano y el "Mauser" alemán, adaptado según tipos especiales a otros Ejércitos, como el nuestro, que empleó un tipo propio patentado en 1883.

Por su parte, los rusos emplearon su fusil, modelo 1891, de 7,6 milímetros, con bayoneta fija, y los japoneses el "Arisaka", en su guerra de principios de siglo en la Manchuria.



En el asalto se puso de manifiesto la eficacia del fusil ametrallador

En la primera guerra mundial, pesó a la enorme importancia que toma la artillería y las ametralladoras y a que aparecen entonces esas dos nuevas armas que se llaman la aviación y los carros, la Infantería tuvo una enorme importancia. De aquí que el fusil fuera la herramienta básica de la jornada diaria.

Francia fabricó durante aquella guerra 2.375.000 fusiles, llegando en alguna jornada a los 3.800. El total de los cartuchos de fusil fabricados llegó a los 6.500 millones. Es verdad que por entonces se calculaba que para causar una baja al enemigo era necesario disparar el equivalente a 20 kilogramos de proyectiles.

EL FUSIL DE ASALTO

En la segunda guerra mundial surgió en torno de las armas portátiles de fuego una gran novedad; el llamado "fusil de asalto". La necesidad de poseer este armamento se hizo patente en todos los Ejércitos. Pero fueron los alemanes los que dieron los primeros pasos afortunados para su exacto logro. La necesidad del arma estaba plenamente justificada. Se venía advirtiendo que mientras que a larga distancia el fusil en el combate tenía poco que hacer, porque era ineficaz y denunciaba con su fuego el movimiento de la propia Infantería, y sólo era útil hasta cierto punto, en la distancia media—en donde bastaba el ritmo normal del fuego habitual— a la distancia próxima, en el trance del asalto, era preciso un gran volumen de fuego; una enorme densidad en el tiro del infante, que terminara rápidamente con la resistencia de la defensa. Por lo tanto, la exigencia era clara. A larga distancia, la batalla era cuestión netamente de la artillería. A la distancia media, ésta apoyaba en firme, y la Infantería cooperaba para abatir los pequeños obstáculos encontrados en su camino. A distancia corta, de asalto, era difícil el apoyo del cañón propio, porque sería incluso peligrosa su acción para la Infantería. Era ésta la que en principio debería resolver la cuestión por sí sola.

Se podía, por consiguiente, buscar un fusil sin grandes alcances—las alzas de 2.000 y aun más metros se estimaban superfluas—, de eficacia normal, esto es "tiro a tiro", a distancias medias, y de gran velocidad de fuego en el momento de asalto, hasta el punto de convertir el arma en ametralladora. Tal fué la idea básica del fusil de asalto. Los alemanes, y más tarde los rusos y los americanos, construyeron fusiles de esta clase. Luego en la paz, los ingleses, los belgas y los yanquis lograron en el mismo sentido progresos notables; y España también! Tanto es así que probablemente nuestro fusil de asalto sea hoy el mejor del mundo.

EL FUSIL "CETME" ESPAÑOL

El fusil de asalto español se llama "Cetme"—Centro de Estudios Técnicos de Materiales Espectales— y es sencillo, ligero y sumamente eficaz. Mejor, desde luego, que el ruso, "Toká-

revv", incluso que el belga "F. N. O." y que el americano, a nuestro entender "Grant U. S. Carbine". Nuestro fusil puede actuar "tiro a tiro" hasta los 1.000 metros—a mayor distancia el fuego del fusil es más que incierto—; pero a la velocidad de asalto, su velocidad de fuego puede lograr los 500 y aun 600 disparos ¡por minuto! Un bipode aumenta su precisión. Sus materiales le hacen más barato que otro alguno. Su sencillez le hace igualmente recomendable. Su peso es, sin embargo, tan sólo de unas cuatro kilogramos y su longitud sobrepasa muy escasamente el metro. Usa pólvora especial de la fábrica de Murcia y emplea una bala en punta "PP".

Las circunstancias de la táctica y de la guerra hacían presumir, sin embargo, que el fusil terminaría por quedar desplazado en la batalla de mañana. La potencia de la artillería, a la que últimamente se añadiría la atómica, que obligaba a una total disminución, daban pocas posibilidades a la infantería concebida al sentido clásico en el futuro. Se preveía por algunos futuristas la batalla como una sucesión de concentraciones de fuegos fulminantes y breves, acumulando masas de aviación, de carros y de vehículos alados. El fusil dejaba de ser el arma de todos los combatientes. Muchos, incluso, carecían ya de él. En los desfiles y paradas se veían cada vez menos armas portátiles. Y sin embargo... La experiencia, en efecto, repite siempre la misma lección; las armas viejas jamás desaparecen. ¡Solamente se renuevan!

EL FUSIL ATÓMICO

Como la pólvora, el átomo revoluciona la guerra. La pólvora tardó en conseguirlo nada menos que mil años. Pero ahora las cosas van muchísimo más deprisa. Primero fué la bomba atómica. Luego, la de hidrógeno. Más tarde apareció ya el cañón atómico, como esas piezas que vimos desfilar por Madrid en ocasión de la última conmemoración del Día de la Victoria. Ahora la técnica del átomo parece, en su doma, haber conseguido o estar a punto de conseguir un nuevo triunfo. "¡El fusil atómico!" Convergamos que la cuestión no debe ser sencilla. Las primeras bombas nucleares fueron muy grandes, luego si se lograron mucho más potentes también es verdad que se hicieron mucho más pequeñas. Tan pequeñas que servían como carga de un cañón de 25 centímetros de calibre. Ahora, según el secretario de las Fuerzas Armadas del Ejército de Tierra americano, la reducción del tamaño de los proyectiles nucleares puede llegar a conseguirse apenas del calibre de un fusil.

¿Qué pasará si el augurio de sir Wilber N. Brucker se realiza. Pues, algo muy trascendental. Como con el empleo de la pólvora pasamos de la vieja "tormentaria" y de la moderna y poderosa artillería a la escopeta y al fusil, he aquí que estamos ahora al parecer también en trance de pasar de de esta era del átomo

de las bombas atómicas y los proyectiles nucleares del cañón a los del fusil del mismo modo. Vamos a ver rápidamente lo que ello puede significar.

Las dos primeras bombas atómicas, las de Hiroshima y Nagasaki—que en total causaron la muerte de 100.000 personas y 200.000 heridos—tenían un poder explosivo, cada una, de "veinte kilotones". Esto es, equivalente a a 20.000 toneladas de "trinitrotolueno", o si prefiere el lector, para evitar trabalenguas y hablar en castellano claro, de "trilita". Ocurrió ello en 1945. Nueve años después los propios americanos lanzaron en un "atoll" del Pacífico su primera bomba de hidrógeno. Su potencia destructora era ya muy superior a la de Hiroshima. Ya no se midió ésta en "kilotones", sino en una unidad métrica aun superior que se llamó, "megatón". Ahora mismo, hace apenas unas semanas, los mismos yanquis explotaban, en el mismo lugar del Gran Océano también, otra bomba de hidrógeno que ha equivocado a 30 "megatones", esto es, exactamente a 1.500 bombas como la de Hiroshima o si se prefiere otra vez a treinta millones de trilita! Algo, en fin, de espanto, pero que no significa una meta. Está prevista, en efecto, la explosión incluso de una bomba de hidrógeno de 50 "megatones", esto es, equivalente a 2.500 bombas como la de Hiroshima, o dicho sea también, a cincuenta millones de toneladas de trilita.

Naturalmente se trata de grandes bombas, de las predestinadas para los "objetivos estratégicos" para arrasar grandes centros fabriles, canales marítimos, ciudades incluso! Las bombas atómicas o proyectiles a lanzar por la artillería tienen un potencial mucho menor. No tanto, sin embargo, como para que no puedan eliminar de un sólo disparo un Regimiento entero o más en una División bien dispuesta y desplegada en el campo de batalla. O también para arruinar una ciudad entera de 50.000 habitantes, como nuestras Lérida, Toledo, Lugo, Oviedo o Vitoria. El proyectil de fusil ha de ser lógicamente mucho más reducido en sus efectos. No destruirá regimientos enteros, ni ciudades, pero en todo caso sus efectos serán terribles. Ya el propio secretario de las Fuerzas Armadas del Ejército de Tierra americano, el citado señor Wilber N. Brucker, indica que la nueva arma, denominada "Davy Crockett", es útil a la vez como "fusil atómico" y como "bazooka".

HACIA LA SUPRESION DEL CARRO.

¡Y aquí estamos de cara a la primera consecuencia que la adopción del fusil atómico puede acarrear! ¡La desaparición del arma blindada! ¡La supresión de las unidades de carros! ¡El punto final del Ejército acorazado! Se comprende perfectamente. Se dice que el proyectil atómico de este fusil, en efecto, tiene o por mejor decir tendrá, un potencial destructor equivalente a la quinta parte de la bomba de Hiroshima. En este caso, pues, semejante poder de aniquilación será de

"cuatro kilotones—no de dos como por error se ha anotado en alguna información—es decir, idéntico al de 4.000 toneladas de "trilita". Las colosales bombas "revienta-manzanas" de la primera parte de la última gran guerra no tuvieron, ni con mucho, semejante poder. Apenas si oscilaban entre una y dos toneladas. Y sin embargo, bastaron para arrasarse Coventry y no pocos barrios de Berlín y otras ciudades alemanas. Las últimas colosales bombas de la aviación estratégica de la guerra pasada llegaron a pesar 12.000 kilogramos. Es decir, que un sólo fusil, disparado por un sólo hombre, puede lograr un resultado aniquilador equivalente al de 1.666 de aquellas colosales bombas que lanzaban los más grandes aviones de bombardeo, como los famosos "superfortalezas volantes".

Se comprende ahora bien cómo el fusil atómico, empleado como "bazooka" no sólo pulverizará el carro del impacto. Aniquilará, pese a la coraza de los mismos, una formación entera. He aquí por lo que adelantamos antes que el fusil atómico deberá terminar desde luego por suprimir las unidades acorazadas y borrarlas del campo de batalla. Un fusil de esta clase, con sólo un disparo, puede idénticamente poner fuera de combate a una unidad media, acabar con la artillería clásica enemiga, arrasar cualquier fortificación, derribar un puente, saltar un viaducto, liquidar una gran estación, un parque, una industria. Y, en fin, ya lo indicamos, conseguir con tan sólo cinco disparos un nuevo Hiroshima.

Es verdad que los efectos de los explosivos y de los proyectiles nucleares no deben resultar proporcionales a su tamaño. Es decir, que una explosión de 20 "kilotones", causa más estragos que cinco de cuatro, pero en todo caso, dada por descontado esa falta de proporcionalidad, con los datos apuntados hay bastante para comprender la enorme eficacia de la nueva arma portátil.

LOS PELIGROS DE LA RADIATIVIDAD

Queda, en relación con este proyectil atómico de fusil, un punto interesante que examinar. Su radiactividad. Al parecer, la bomba absolutamente limpia, sólo es conseguible cuando se trata de armas de gran potencia. Una bomba colosal de un potencial equivalente a un millón de toneladas de trilita en reacción término nuclear de fusión, produciría muy pocos elementos radiactivos. Un arma táctica debe de poseer para funcionar normalmente al menos, una potencia equivalente a un "kilotón". Se utilizará contra formaciones terrestres de tropas carros, fortificaciones campestres, etc. Un proyectil de este tipo produce 50 gramos de residuos radiactivos, cifra que parece pequeña, pero que representa una actividad en radiación de rayos gamma, un día después de la explosión, equivalente a un 0,5 toneladas de radium y al cabo de un mes, equivaldrá aun a 115 kilogramos de radium también. La contaminación producida de este modo por sólo proyectil táctico atómico sería al-



«FN-280» es el distintivo de este fusil automático belga que puede disparar granadas

rededor de 65 "Roentgen", lo que para una persona obligada a permanecer descubierta durante un día entero en semejante zona representaría un peligro muy grave. Por tanto he aquí un efecto, este de la radiactividad, que será menester tener muy presente en lo que respecta a los efectos causados por el nuevo fusil atómico.

Estamos, en fin, repitiendo la historia de las armas. Un sólo escopetero, un sólo arcabucero, un sólo mosquetero valió antaño lo que cien "piqueros" o "alabarderos". Rocroí fué sencillamente esta misma lección. La demostración del poder avasallador del fuego contra las armas blancas. La victoria de la pólvora sobre estas últimas. Pues bien, estamos ante un trance semejante. Ahora, mañana diremos mejor, el fusil atómico va a revolucionarlo todo. Esta vez, ante la fuerza desintegradora del átomo, no serán las armas blancas las que valdrán ya muy poco; las que servirán escasamente serán incluso, las de fuego. Tras de la utilización de la fuerza nuclear para las

grandes bombas, las cargas de la moderna artillería, la propulsión de los buques, sumergidos o no, de la aviación incluso—aparte la utilización pacífica de la nueva energía—la citada fuerza nuclear va a encerrarse en el tubo estrecho de un cañón de fusil. La batalla de mañana será o puede ser así, una batalla de infantes, ni más ni menos que de infantes, diluidos en formaciones muy fluidas, muy diseminadas sobre un ámbito inmenso. La Infantería podrá convertirse así de "Reina de las Batallas" en "Reina de la Guerra". Un tiro—un tiro que ahora bien pudiera llamarse de gracia—basta, en efecto, para para arrasar una gran unidad blindada, un pueblo entero, una formación aérea enemiga y hasta un buque adversario por grande y poderoso que éste fuera. En esa monarquía singular de los armamentos, que es siempre la guerra, acaba de coronarse la nueva arma. He aquí, en efecto, a "Su Majestad el Fusil Atómico", el nuevo "Rey del campo de batalla".

HISPANUS



El «Lee», usado por ingleses y norteamericanos durante la última guerra

La línea «saco» 1958. Cintura floja, falda cortísima, hacen prever buenos dividendos



LAS FLUCTUACIONES FINANCIERAS PREVISTAS POR LAS VARIACIONES DE LA MODA

INVESTIGADORES FRANCESES ESTUDIAN LAS RELACIONES ENTRE EL VESTIDO FEMENINO Y LA ECONOMIA

EN LAS EPOCAS DE CRISIS LAS FALDAS SE ALARGAN

CON todo esto de los cuplés, las faldas a la rodilla y los talles perdidos de manera que no los cuente nadie, las mujeres estamos haciendo perder el tino a los hombres.

Con todo esto de arrastrar un año las faldas por los tobillos y al siguiente acortarlás medio metro está demostrado que los nervios de los varones no van quedando para mucho más que

guerras frías o calientes. Primero, dicho sea en su honor, optaron por no hacer caso de extravagancias femeninas. En décadas posteriores, después de haber alzado mucho la nariz, se deci-

dieron a ridiculizar el estira y afloja de los jaretones femeninos e hicieron aquello de

*Que si la falda larga,
que si la falda corta,*

con las respectivas réplicas cantadas en todos los idiomas.

Hoy los síntomas de que la locura femenina va produciendo en los hombres poco menos que reblandecimiento cerebral son clarísimos. Ellos, antes tandespectivos con respecto a estas frivolidades; ellos, luego optimistas y ridiculizadores, se metieron hoy por fin a analizar qué es lo que hay detrás de todo el panorama de una moda que a lo largo del siglo XX viene haciendo de las suyas con largos de falda y anchos de talle. Y lo han estudiado, como todo lo que hacen los hombres — ¡válgame Dios! —, en serio.

Nada menos que una Sociedad francesa de confección ha pagado a economistas e investigadores para estudiar las relaciones de la moda con el estado de las finanzas del mundo y el bienestar mundial.

Bueno, cualquiera podía pensar que de todo esto se podía sacar poco. La verdad es todo lo contrario. La verdad es que han venido a concluir que cuando la mujer acorta sus faldas el momento económico del mundo es satisfactorio, mientras que cuando la mujer alarga la falda y estrecha la cintura se puede afirmar con mayor que una crisis financiera se acerca a pasos agigantados.

El estudio en cuestión, que consta de 58 largos capítulos — uno por cada año del siglo —, muy serios y muy documentados, presenta casi una tesis dogmática sobre la moda femenina y las estadísticas mundiales. Una tesis demasiado varada y empalagosa tratándose de frivolidades femeninas. Cuando los hombres dogmatizan, las mujeres suelen hacer lo inesperado.

Este año de gracia de 1958, en el que las rodillas pasean al aire por los bulevares parisienses, los hombres que lean este libro jugarán en Bolsa, se arriesgarán en negocios y estarán seguros de que todo ha de ir bien.

¿Sería usted el que arriesgara su fe y su dinero según el barómetro de la moda?

Veamos si no qué cosa tan variable es ésta de la moda y cómo estos señores economistas la relacionan con el aún más variable mundo de las finanzas. Por lo visto el secreto del equilibrio de la balanza de pagos pende del jaretón de la falda de las muchachas.

CUANDO LAS SEÑORAS SE EMBARCARON EN EL MAREORAMA Y LOS SEÑORES SE EMBARCARON EN NEGOCIOS

Mil novecientos fué aquel año tan nuevecito en el que el mundo entero era como un pueblo con campo de flores y en París se celebró una Exposición. Mil novecientos y los años de alrededor fueron para Europa un singular tiempo de bonanza y de descuido.

Pinta el economista Keynes la vida del hombre acomodado que desde su casa de Londres podía pedir por teléfono, aun en la cama, a la hora del desayuno, cual-



Otra línea de hoy: la «trapezoides». Según los centímetros que median de jaretón a suelo, los negocios mundiales van viento en popa

quier producto del país en la cantidad que desease. Y podía esperar que se lo llevaran poco después hasta su misma puerta. Que si pretendía oro, enviaba a su criado al Banco para cambiar billetes. Que sin trámite alguno negociaba en el momento que se le antojase en cualquier parte del mundo, y sin más zarandajas recibía su participación y beneficios. A la hora de viajar tomaba sin prisas vapor o tren en los que no existían aglomeraciones. No necesitaba pasaporte, y se hubiera indignado si alguien hubiese pretendido saber qué riqueza sacaba o metía en el país.

Este hombre acomodado, de vida segura, que él creía inamovible, fué el que se embarcó en negocios de consecuencias. La población crecía en Europa desde 1870 con ritmo acelerado. Desde 1870 la industrialización ganaba a Europa. Alemania y Rusia se super-

poblaban. El consumo de carbon se hace cada vez mayor. El trigo que antes bastaba llega a Alemania procedente de la Europa oriental, que se quedaba a cambio sin él. Inglaterra, Francia y otros países europeos eran clientes del trigo americano.

Fué entonces cuando el juego de los bancos parecía divertido. Era la ocasión de una fortuna. El particular arriesga. Y las señoras en París se embarcan en el «mareorama».

El «mareorama» era aquella especie de armatoste enorme que en la Exposición de París hizo figura de barco. El «mareorama» fué un adefesio en el que las señoras y los caballeros se embarcaban y tenían toda la sensación de estar en alta mar, con tanto bandazo y



La elegante de 1900 y 1907. En la «belle époque» fué cuando las mujeres comenzaron a enseñar la punta del zapato. La crisis del año siete las obliga a alargar faldas y casaques

bamboleo, tanto accidente estomacal y tanto bovencuelo pasando y repasando, haciendo papel de oficial solícito.

No se sabe con certeza si fué la influencia del «mareorama», la extravagancia del «Palacio invertido» o la euforia de los deportes en el «Estadio de Atenas», de la misma Exposición. El caso es que las señoras, entre sorbete y sorbete, comenzaron a dejar de arrastrar las faldas por el polvo y a enseñar osadamente la punta del zapato y todo un borde de enaguas de tiras bordadas.

CINTURAS ESTRECHAS: CRISIS ECONOMICA

La situación del mundo a principios de siglo iba empeorando, aunque ellos no lo supieran. Metiase cada vez más en problemas que hoy en día no se han solucionado.

Estados Unidos, que cada día crecía en población, no tiene apenas trigo que exportar. Los países europeos desequilibran la balanza de pagos con importaciones caras. Alemania es el centro alrededor del cual giran las finanzas y la economía europea. Principal cliente y abastecedor de Europa entera, consume mucho más carbón del que tiene. Francia, a la zaga, se acuerda del Sarre y de sus minas. Se acuerda aún desde lejos, en estos años siete y ocho. Se acuerda con hambre.

En Inglaterra, como en Francia, los principales nombres en finanzas, guiados por el tiempo de

bonanza, se han metido de lleno en especulaciones en las que se ligan millonarios americanos. De repente Wall Street tiembla. El «crac» más resonante de los que hasta entonces habían ocurrido se produce. ¿Qué ha pasado? Millonarios europeos y americanos dejan de serlo de la noche a la mañana. Hay algunos nombres... ¿Quién es Rotschild, Rockefeller? Un advenedizo llamado Woolworth tiene la osadía de seguir adelante en América. En Alemania, Krupp esconde la cabeza debajo del ala.

EL DESPERTAR DE LA «BELLE EPOQUE»

Al mismo tiempo que unos cuantos nombres de financieros opulentos y opulentos banqueros desaparecen de las gráficas mundiales, las mujeres hacen desaparecer sus pies bajo las faldas. Las cinturas se estrechan aún más que al final de siglo. Longchamps se llena de unos casaquines historiadados que llegan hasta la mitad de la falda como para remachar el clavo de la longitud, y las «sportswomen», que era como se llamaba entonces de modo fino a las elegantes que iban a las carreras de caballos o a cualquier otro espectáculo deportivo, iban hechas una maravilla, con la cara llena de polvos de arroz. El peinado era un gran buñuelo rodeando la cabeza.

Hay —esto es cierto— como una reacción del vestido femenino ante la crisis mundial que se pade-

ce y que viene a sacar al siglo de su letargo de felicidad de la «belle époque». Y como si se prepararan a intervenir en los asuntos de los hombres, empiezan a adaptar sus vestidos a unas necesidades de actividad masculina. Las primeras camisas masculinas lisas, austeras, las primeras corbatas en el alto y tieso cuello. Las primeras faldas tableadas, largas, sosas, sin una concesión a la trivialidad.

Debía ser por entonces cuando la primera sufragista de Liverpool se ladeó el gorro, pensando que los hombres eran una verdadera calamidad y que en todo aquello habría que intervenir.

Las señoritas de Longchamps pulso de la moda del mundo, pasean unos casaquines que se alargan hasta el año 10. Empiezan a usar, amenazadoramente, pantalones, ¡y qué pantalones!

LAS SENORITAS DE POSTAL Y LA GUERRA DEL 14. IMPORTANCIA DE LA MEDIA

Nuestros abuelos eran unos señores muy confiados. Nuestros abuelos estaban convencidos de que el tren y el globo eran descubrimientos del fin del mundo, y después de que introdujeron la electricidad en sus casas creyeron que la decoración del dulce lago de la existencia estaba completa.

El ahorro fué una característica de la época. El ahorro lo practicaban todas las clases sociales, porque ni siquiera los pánicos del año siete dieron a los más la idea de inestabilidad. En Europa faltaba carbón, petróleo y energía eléctrica. Europa desequilibraba su balanza de pagos con las importaciones de trigo, cuyos fletes y mercancía debía de pagar en dólares. Alemania es el horno fabril que todo lo consume; si una nación quiere lanzarse por el camino de la industrialización más avanzada necesita una energía de carbón y petróleo que no posee.

Y es aquí donde empezamos a ver algún fallo al estudio frivolostadístico de los franceses: el año 13 existían en Europa los problemas que acabamos de enumerar; el año 13 las mujeres enseñaban el zapato, el tobillo y media pierna, si falta haca.

El año 14, con la guerra mundial rondando aún, el barómetro de las faldas femeninas no había detectado el peligro.

Verán: el Palais de Glace se había llenado de unos gorritos de fieltro que tapaban las orejas que eran un susto. El verde estaba de moda, pero los polvos de arroz sobre las caras hacían las caras de las mujeres como payasos o como arlequines. Las faldas —lo importante— eran de telas que se adaptaban a las piernas, afiladas hacia abajo. Por delante se recogían en dos bandas, y que daba al aire buena parte, no del tobillo, sino de la pantorrilla. Además, con el ademán de recogerse las, la salida de la Opera era un placer de ociosos contemplativos.

Y he aquí que la media adquiere su importancia. Puestos al aire los tobillos, la media se llena de bordados; recamados y abalorios son de seda fina y acompañan a unos zapatos pre-

de
elle
ran
los
sus
ac-
tas
ste-
el
ras
sin

do
er-
du
la-
ou

ps
a-
ar-
a-

OS
EL
LA

se-
ros
de
cu-
y
la
on-
go
ta-
st-
ac-
es
del
ea
ta-
ec-
su-
or-
to-
ri-
na-
m-
is-
de
a
to-
el
jos
un-
y
un-
tro
na-
se
de
jas
ta-
de
las
ya-
na-
ue-
la-
se
ue-
del
la-
cor-
era

ad-
el
y
pre-



Señorita del año catorce bailando «la furlana», que se decía más moral que el tango. La falda sube por delante. En 1925, las decididas fuman. La falda se acorta a pasos agigantados. El talle se afloja. La bolsa prospera.

cosos, antecedente inmediato del de tacón y que se llamaban coturnos. Las damas se iban a luchar sus coturnos a Ciro, al Café de la Paix o Chez Maxim's. Abanorios, satín, «pailletes» o hebillas trepaban por la punta del zapato, tobillo arriba.

Elas eran como de tarjeta postal, quizá porque la guerra mundial las cogió así de sorprendidas, con sus rosas y sus casquetes y sus faldas arremangadas por delante, arrastrando por detrás, como para bailar el tango, que era lo que privaba.

El «tango», la «furlana», Rodolfo Valentino, las ojeras negras y los millonarios con puro. Los millonarios con puro, que andaban de susto en susto con sus capitales, a pesar de las estadísticas del 13, se fueron de cabeza a la guerra mundial. En lugar de fabricar coches, fabricaron cañones. Daba igual.

Pero las mujeres, desengañadas, han alargado sus faldas, masculinizando ya sus atuendos.

LA CONFERENCIA DE LA PAZ Y EL GRAFICO DE LAS FALDAS DE LA POS-GUERRA

Clemenceau era aquel hombre con chaqueta de bordes cuadrados de buen paño negro, guantes de Suecia grises, botas de fuerte cuero negro, que se arrellanaba en un sillón también cuadrado, de brocatel, frente a una chimenea. A su alrededor,

Lloyd George, primer ministro inglés, Orlando y el Presidente Wilson, de los Estados Unidos. Entre los cuatro arreglaron una paz en la que Clemenceau se quedó con los Catorce Puntos de Wilson, que era como quedarse con Wilson entero, y con el Sastre y sus minas.

El panorama económico y financiero de Europa cambia de faz. Ya no se puede uno abastecer de trigo de la Europa oriental.

En Europa se presenta el dilema: inflacionismo, vivir al empeño o austeridad.

De buenas a primeras, las mujeres son optimistas. Las mujeres con la paz, el año 19, frivolaron sus vestidos y les dió más fuerte aún por el «tango» y por Rodolfo Valentino. Los trajes eran sedosos, flotantes. Empezaban a aparecer diademas que se llevan para todo, y la señorita de la postal de guerra llena de rosas y de ojeras empieza por vez primera en la historia a dejar cierta languidez en los cinturones.

De repente, muy de prisa, muy de prisa, como si el alfa femenina se hubiera dejado llevar por un mal presentimiento, las faldas se alargan terriblemente. La crisis del año 21 estalla con toda su violencia.

La emigración no basta para solucionar el problema. Alemania, que aquí libraba antes de la guerra el panorama industrial europeo, falta ahora. Los capita-

les huyen o caen en la inacción. La inflación es un hecho consumado en casi todas partes.

Aquí viene la decisiva orgía de falda femenina. Más que un optimismo completo, como ven estos investigadores franceses en el fenómeno, se podría ver una reacción notable ante todo lo anterior y un prepararse para los tiempos difíciles que han de venir. Como el que se remanga la camisa para trabajar.

Sin embargo, en el talle flojo del año 25 y 27, en la cortisima falda, este estudio ve la culminación de la bonanza financiera reflejada en el ambiente y recogida por la mujer.

LOS TIEMPOS DEL CUPLE: CASI COMO HOY

Eran los tiempos que no hay que describir, porque la «chaise-longue», el cuplé y los talles caídos y flojos son los de hoy. Las señoritas empezaron a fumar tan escandalosamente y a enseñar las piernas tan decididamente que nunca se vió cosa igual.

En Nueva York, además del Ku Klux Klan existe Wall Street y el «charlestón». El «charlestón» invade a Europa con el «fox-trot» y los dólares americanos. La balanza de pagos empieza a enderezarse. Las fábricas funcionan normalmente. La Bolsa y los dividendos nunca se habían visto mejores.

La mujer usaba unas boquillas largas para fumar y los cosmé-

HEROES DEL TRABAJO

FUE en la mina, en la fábrica, en el edificio, en la fundición, en el astillero, en el mar, en el aire, en la tierra de España. Dejó a su esposa, a sus hijos, a su familia. Desapareció en silencio, como en silencio había llegado, como en silencio trabajaba. Aquel día, ¡quién se lo dijera!, iba a ser el último de su salario. Un salario ganado con el esfuerzo hecho trabajo de cada fecha. Inscribieron su nombre en el Registro Civil; a su familia le fueron satisfechas las prestaciones por la Mutualidad; los compañeros, poco a poco, fueron olvidando, aunque no su nombre, si su efigie, su figura, su estilo, su manera de estar en el tajo.

Como él, otros muchos, así, en el anónimo del deber, también desaparecieron, caídos en los peligros que ofrece el laborar de cada hora, de cada especialidad, de cada oficio. Murieron como él, igual, igual que mueren los soldados en el combate por conseguir una victoria. No fué a ellos tiro de fusil, ni explosión de granada, ni estallido de aérea bomba; fué sencillamente un accidente imprevisto, fatal, impensado.

Ellos, como los soldados, estaban los ojos puestos en la máquina, en el material, formados, numerados, nombre y seña, en el censo común y general del trabajo activo, de la acción que da y quita los títulos de honor en la vida. Y para ellos, porque Dios lo quiso, fué el mejor honor, aunque el título con lágrimas de luto quedase signado en los anales de la familia.

Ellos están auténticamente presentes, aun sin nombre, sin seña ni santo, sin uniforme, sin oficio renombrado, en el simple, sencillo monumento que Puertollano acaba de inaugurar al sacrificado ejército, anónimo y heroico, de los caídos en la paz del trabajo. La paz, como la guerra, también exige sus víctimas. Las de la guerra saltan más a la fama; las de la paz se quedan silenciosas, para el

conocimiento íntimo de los deudos, tal vez de los jefes, de los compañeros.

Héroes, p u e s, silenciosos, héroes de España que dieron su vida, igual que los soldados, por una España mejor. Ellos son, al fin y al cabo, junto con los que la Providencia conservó la vida, los que han ido haciendo posible ese crecimiento de los índices de la producción en la tarea común de la gran unidad nacional que es el trabajo. Ellos forjan también, aunque no estén visibles, porque Dios así lo quiso, el conjunto de los hombres que hacen Patria trabajando. Que trabajar es la mejor manera de hacer Patria en la paz.

José Solís, Ministro Secretario General del Movimiento y Delegado Nacional de Sindicatos, que tan bien conoce y sabe de las inquietudes, de los desvelos, de los problemas y de los esfuerzos de los trabajadores españoles, ha dicho que allí se conmemoraba a lo mejor de la Patria. Cierto es. Tan cierto como que su esfuerzo, su sacrificio, no caerá en el vacío. Porque para ello está la unidad de los hombres y las tierras de España, la unidad de los empresarios, de los trabajadores, de los especialistas nuevos y viejos de todos los oficios, de todas las profesiones. Esta unidad, unidad laboral llena de concepción política, integra la tarea común. Y la tarea común está llena también de esa participación del pueblo en la política para que ésta no vaya de espaldas al pueblo. Una política social y económica, plena de vida y fe, de esa razón que nació hace veintidós años cuando fueron hombres del trabajo también los que alistaron las Banderas, las Compañías y los Tercios de los voluntarios de España. Tal vez algunos de estos callados ahora y silenciosos héroes cuya memoria se honra en Puertollano fuera entonces participe en cien batallas; tal vez entonces saliera ileso de mayores peligros, de peores situaciones.

ticos americanos hacían la competencia a los afamados de París.

Se llevan una especie de capisayos largos, horribles, sin imagineración. Las mujeres detectan ambiente económico inestable; guerra.

EL ESTILO MILITAR Y EL «NEW LOOK» DE DIOR

Esto de los capisayos, los casquetes de fieltro, el colorido, pardo, gris y demás, de los años

30, se mete en los años 40 como sin querer. Las faldas, es verdad, con lo de la paz en 1945, se cortan un poco, pero se llevan unos horribles trajes «astros», todos iguales; unas hombreras enormes, dentro de las cuales las mujeres parecían como boxeadores. Los zapatos altísimos, los bolsos colgados.

En 1948, Christian Dior se destaca, se descubre, con una nueva línea que llama la atención por lo que impone la fantasía: hombros caídos, cintura estrechísima, faldas hasta los tobillos. Ellas lo

complicaron todo con unos zapatos con cordones en los tobillos que llevaba Rita Hayworth en la película «Gilda», y las mujeres parecían pastoras del XVIII.

El «New Look», de Dior, que entonces fué interpretado como una línea optimista, hoy descubren estos señores economistas que no lo fué.

Según las estadísticas, Europa utilizaba en estos años el 50 por 100 más de combustible que antes de la guerra, y el consumo de electricidad se ha duplicado con relación a 1935-1939. Hay fábricas paradas. La agricultura es un problema que preocupa a todos. En Inglaterra ha sido necesario emplear más de 30 millones de libras en la industria eléctrica para asegurarle maquinaria. Inversiones parecidas se tratan de hacer en los otros países, frenadas por la fiscalización excesiva y las inflación. Por lo tanto, la moda de Dior no puede ser optimista.

Hasta 1950, por lo menos, no empiezan los señores a componer la economía y las finanzas de manera que las mujeres se decidan a acortar las faldas. El «Pool party» intenta organizar la desorganizada agricultura europea. En 1951 la extracción de carbón aumenta en un 6 por 100. La Comisión económica para Europa revela que en este año la producción de acero sube en un 12 por 100. La renta nacional por habitante comienza a subir en Suecia y en Inglaterra. El plan Marshall, la actividad de la O. E. C. E. y la de la Unión Europea de Pagos, intenta aclarar el ambiente económico y financiero. Pero, ¡ay!, la guerra de Corea, desde 1950, impide que la mujer acorte sus faldas y afloje sus cinturas.

OTRA VEZ LINEA ASCENDENTE... Y BUENOS DIVIDENDOS

Hasta 1953, la escamada mujer no se decide a acortar los vestidos. Como un gato escaldado va con mesura. Entonces, en un cielo financiero nada claro, hombres y mujeres se dividen en dos bandos apasionados. Era aquello de

QUE SI LA FALDA LARGA, QUE SI LA FALDA CORTA

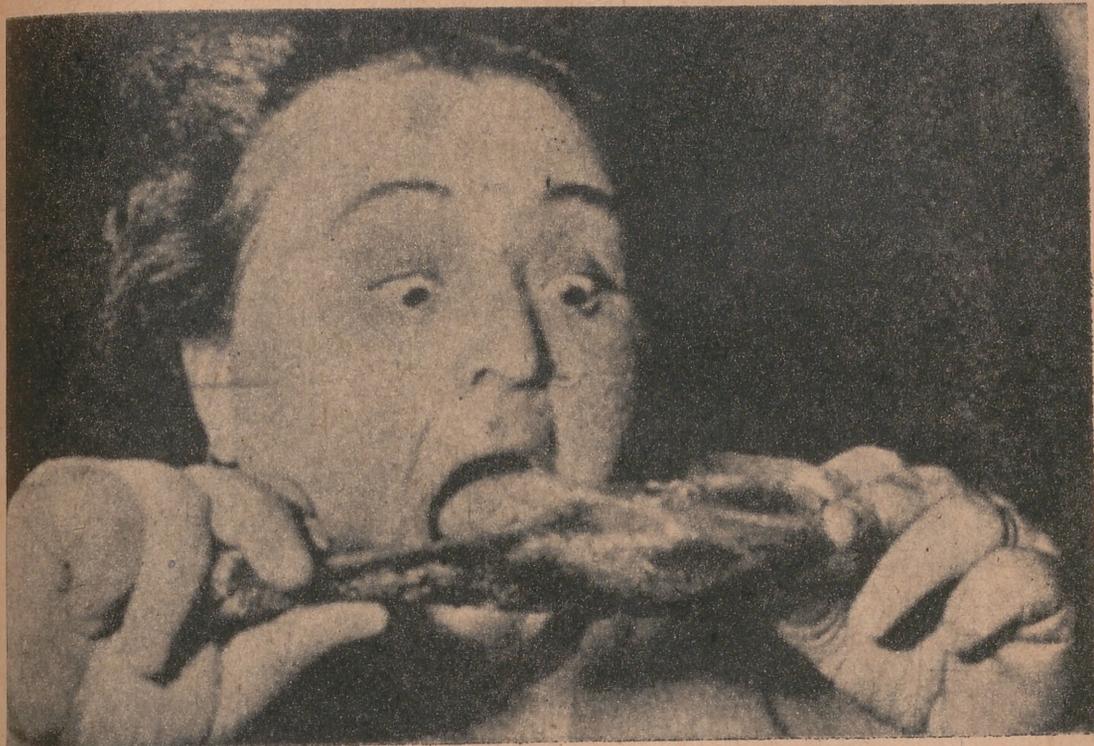
Poco a poco, con cautela, centímetro a centímetro, la moda ha ido descubriendo la pierna de la mujer y aflojando los cinturones. Hasta llegar a esta orgía que todos vemos de «trapecios», «sacos» y «globos», que por lo visto no entran en esto de tener que ver con las estadísticas, y con el nivel de vida.

Dicen que todo es augurio de buenos dividendos, magníficos negocios y economía estable. Que las mujeres vestidas de adefesio y con la falda por la rodilla damos suerte, vamos. Como un fetiche.

Si estos economistas están tan seguros de la relación entre indumentaria y economía, sería conveniente que ellos mismos dictaran sus leyes a la moda. Por ver si en el mercado nos dan las cosas más baratas.

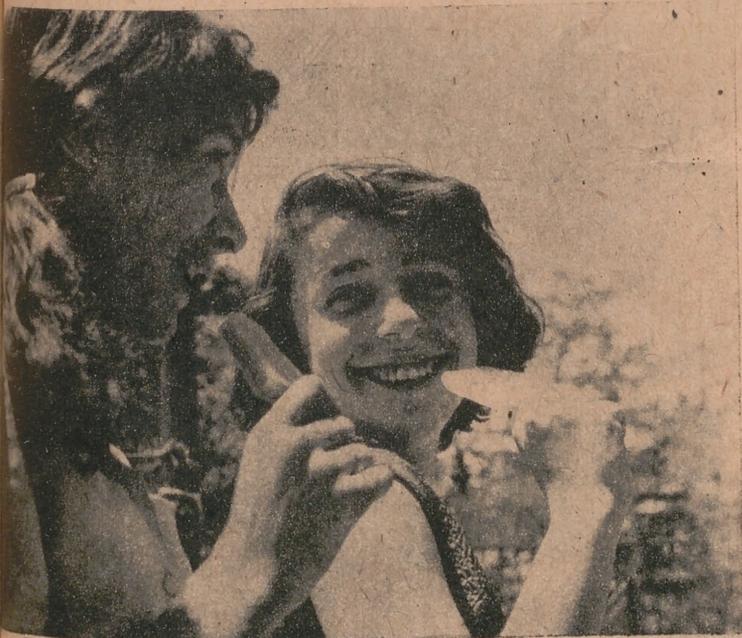
María-Jesús ECHEVARRIA

EL MENU DEL VERANO



LAS COMIDAS Y BEBIDAS MAS ADECUADAS EN LOS MESES DE CALOR

EL GAZPACHO Y LA HORCHATA, RECOMENDABLES DESDE EL PUNTO DE VISTA MEDICO



El consumo de alimentos fríos aumenta en verano. El cuerpo no precisa tantas calorías como en la época fría

EL sevillano que se alimenta a base de tapas y de sopas, alternando con algún que otro gazpacho para variar, en estos últimos setenta años de centroeuropeísmo parecía un tipo absurdo creado por los saineteros y costumbristas al estilo de los hermanos Alvarez Quintero, para facilitar sus engendros teatrales y desprestigiar la buena mesa andaluza, que en el extranjero es tanto como decir española.

En cambio, ese otro andaluz que iba a Londres o a Oslo a vender su uva, sus cebollas o sus vinos, y retornaba comiendo carne invariablemente en las cuatro comidas y a dos carrillos, ayudándola a digerir con pan untado de mantequilla, no sólo resultaba un dechado de hombre civilizado, sino también adquiría fama de persona que sabe gastarse sus pingües ganancias en alimentarse de una forma correcta y nutritiva.

Cuando algún pensador hispano se alzaba contra este obtuso centroeuropeísmo, tenía que callarse al ser tildado de cabileño, ya que desconocía los fundamentos fisiológicos que sustentan sus ideas de un clarividente sentido común.

Igual que cada ama de casa varía en verano los platos de su cotidiano menú de invierno, el me-

riónal, el español, debe diverger en sus comidas del hombre que puebla Europa entre los 50 y los 60 grados de latitud norte. Esta observación tan elemental, no la hicieron, sin embargo, los incondicionales admiradores de las «civilizaciones» centroeuropeas de estos últimos cien años. Sólo, cuando las circunstancias de la última guerra mundial obligaron a grandes masas de hombres a combatir en regiones de climas extremos, se vió cómo los combatientes situados en regiones opuestas a la propia difícilmente mantenían su ración habitual. Ni para los militares ni para los científicos paso inadvertido este fenómeno que demostraba la decisiva influencia del clima (del calor o del frío), sobre las costumbres y necesidades alimenticias de las personas. Como los trasiegos de masas considerables de personas no han cesado todavía aún, al contrario, tienden a incrementarse, no ya por imperativos políticos, sino por la urgencia de asentar al excedente humano de los países templado-fríos en zonas más cálidas, incluso tropicales, está originando en estos últimos años una subespecialidad de la nutrición o de la bioclimática, pues de ambas fuentes de conocimientos se informa para llegar a un exacto conocimiento del régimen alimenticio de cada pueblo en relación con su posición geográfica y su clima.

Una vez más, la ciencia da su visto bueno a la instintiva y milenaria selección de los hombres que en el transcurso de las generaciones han ido escogiendo lo más bueno y desechando lo desfavorable. Gracias a este impulso, en los países fríos se abusa de los alimentos grasos y fuertes, como son la mantequilla y las salchichas, siendo típico el llamado «desayuno de Oslo», que consiste en 100 gramos de zanahoria, fruta o tomate, 400 gramos de leche, 100 gramos de pan ordinario, 40 gramos de pan tostado, 20 gramos de mantequilla y 20 de queso. En cambio, en las regiones cálidas se prefieren las comidas más ligeras, como la sopa, el gazpacho y las ensaladillas, entre las que destaca la pipirrana andaluza. Esto no indica que los nórdicos sean más comedores que los meridionales, ni que existan caprichosas costumbres nacionales, sino que simplemente, en el norte hace más frío (y hay que combatirlo, incrementando las combustiones orgánicas internas), y en el sur más calor (que se contrarresta ingiriendo sustancias que apenas produzcan calorías al quemarse dentro del organismo).

A este respecto, la F. A. O., basándose en recientes investigaciones, ha propuesto disminuir la ración normal del clima templado, en un 5 por 100 por cada 10 grados de elevación en la temperatura media anual. Dicha ración tipo se estableció para una media anual de 10 grados que es justamente la temperatura que soportan los habitantes de Soria (10.02 grados), o los de Seo de Urgel, en Lérida (9.62 grados).

Tomando esto al pie de la letra, hay que entender que los vecinos de estas dos poblaciones deben comer proporcionadamente más que los habitantes de Málaga (cuya temperatura media anual

es de 18.67 grados), Jerez de la Frontera y toda la costa sur española, que es precisamente lo que viene ocurriendo desde tiempo inmemorial, muchos milenios antes de que se llegase a tan desпамpanantes descubrimientos.

Al ajustar la dieta a las exigencias climatológicas, tanto del lugar como de las estaciones del año en que se vive, hay que tener muy en cuenta la calidad de los alimentos que van a integrar las comidas. Cuando se desee reducir la dieta por aumento de la temperatura ambiente, debe realizarse a expensas de las grasas y no de las féculas ni de las carnes, las que si, bien para algunos deben restringirse, para otros no afectan para nada la salud del hombre que habita en un ambiente cálido.

EL GAZPACHO, PLATO IDEAL VERANIEGO

Más importante que los alimentos sólidos, son los líquidos teniendo en cuenta la cantidad de agua que se pierde en los días calurosos, en los locales sometidos a elevadas temperaturas y en los países subtropicales y tropicales. Un hombre andando a pleno sol, a una velocidad media de seis kilómetros por hora, desprende 10 calorías por minuto (600 por hora), que es lo que se pierde al evaporarse un litro de su sudor. Los mineros pierden asimismo de 1.13 a 2.55 litros de sudor por hora. Se calcula que trabajando en Córdoba, Sevilla o Ecija, la llamada «sartén de Andalucía», en una habitación a 38 grados, durante una hora y cuarenta y cinco minutos, se pierden cinco litros de sudor. Pero este sudor no sólo contiene agua, sino que, además, en él va disuelto de un 0.05 a 0.5 por 100 de cloruro sódico, o sal común. Es decir, que por medio de la sudoración o diaforesis, se pueden perder de 10 a 30 gramos diarios de sal. En las industrias siderúrgicas se ha observado que durante las ocho horas de trabajo y con una ingestión de cinco litros de líquido, se eliminan seis litros de sudor, lo que suponen esos 30 gramos de cloruro sódico citados.

Esta abundante pérdida de agua y de sal, por medio del sudor, es la causa fundamental de la fatiga o astenia veraniega. Es sabido que la llegada de las grandes olas de calor produce entre ciertas personas una verdadera epidemia de cansancio, que se caracteriza por sudoración excesiva, nerviosismo, depresión y fatigabilidad física y psíquica, que culmina en vértigos y desfallecimiento e incluso la pérdida del sentido.

Aunque estos trastornos, provocados por el bochorno, pueden sufrírselos todas las personas, sobre todo son más sensibles los individuos delgados y esbeltos (así son en su mayoría los habitantes de la cuenca del Guadalquivir), con escaso vello corporal y piel delgada y seca.

Los que viven o trabajan expuestos a elevadas temperaturas, como los europeos de los trópicos, los fogoneros, los mineros y obreros de los altos hornos, así como los propensos a esta astenia veraniega, deben ingerir sal común en abundancia, bien en bebidas sal-

nas o salando los alimentos. A título curativo o profiláctico de estos accidentes del calor se deben ingerir de 7 a 20 gramos de sal al día. Aunque los científicos aconsejan, como procedimiento de elección, la bebida de agua salada a 2 o 3 por 1.000, yo recomiendo una mixtura mejor y mucho más agradable. Esta es el gazpacho que no es otra cosa que agua salada en abundancia con muchas vitaminas acumuladas en el tomate, pepino, pimiento, majados en crudo, que contiene. Los científicos también nos dicen que en un ambiente caluroso y seco, los mejores resultados se obtienen con la ingestión de pequeñas cantidades de líquido cada cuarto de hora. Esto es nada más y nada menos que ese vaso de agua que saborean los andaluces parsimoniosamente en los cafés y casinos, durante las ardientes tardes de julio y agosto.

Ahora bien, los consejos para los climas cálidos y secos no son totalmente aplicables a los climas cálidos y húmedos. La elaboración del sudor es tanto más difícil cuanto más próxima a la saturación está la humedad ambiente. En estas condiciones, el papel de la transpiración es cada vez menor, y la temperatura interna tiende a elevarse, con lo que puede producirse el golpe de calor. En este caso, las necesidades de sal serían mucho menos importantes. Como indica el doctor Bravo Oliva, la elevada temperatura corporal provoca un descenso de la llamada reserva alcalina, por lo que los bicarbonatos (el popular bicarbonato), estarían indicados, tanto a título curativo como preventivo del golpe de calor. También estaría indicada la alimentación a base de legumbres y frutas.

LA ELECCION DE LOS ALIMENTOS ESTIVALES

La mayor parte de las personas saben lo que se debe comer en el verano, pero muy pocas son capaces de ser ordenadas y frugales en sus comidas. En nuestra patria en este tiempo, se usa y abusa del tomate, del pepino, de la sandía, del melón, de las ciruelas y de toda clase de ensaladas, ensaladillas y macedonias de frutas. El profano opina que todo lo bueno, justamente por ser bueno, no daña. Y en estos meses es bueno cualquier alimento que refresque y se ingiera sin esfuerzo alguno. Pero tales alimentos dejan de ser buenos a veces, bien porque se abusa de ellos o porque se consumen verdes o a deshora, o demasiado helados.

Los excesos o desafueros no tardan en traducirse en indigestiones y colitis. En la producción de trastornos digestivos estivales también juegan un gran papel los helados, los alimentos en mal estado de conservación o contaminados por microorganismos, productores de infecciones gastro-duodenales. Todo líquido o sólido helado, al ser ingerido produce un desequilibrio en el organismo. Este que en estado de normalidad se mantiene constantemente a 37 grados, ha de realizar un sobreesfuerzo y calentarse hasta esos mismos grados el alimento frío ingerido. Tratándose de un helado, su digestión acaba produ-



Los alimentos sólidos helados no son aconsejables. La temperatura normal del cuerpo desciende al absorberlos

ciendo calor, porque si el helado es bueno, contiene azúcar y grasas, que son dos de los alimentos más potentes como productores de energía y calor.

En lo que se refiere a la putrefacción de los alimentos, éstas son más frecuentes y precoces en verano que en invierno, por la acción del calor, por cuyo motivo hay que tener especial cuidado con las conservas, de las que tanto se abusa en las excursiones veraniegas. Ahora bien, en la actualidad se reconoce que la ingestión de alimentos en putrefacción puede no producir efectos perjudiciales, a menos que éstos contengan bacterias patógenas específicas o toxinas bacterianas.

Entre las intoxicaciones alimenticias destaca el botulismo, por sus fatales consecuencias, pues la cifra de mortalidad puede llegar al 65 por 100. El botulismo se produce, no por la acción directa del «bacillus botulinus», sino por las toxinas o venenos que éste segrega. El veneno botulínico es uno de los más mortíferos. Basta una cuarta parte de una millonésima de gramo para ocasionar la muerte. Afortunadamente, no es una contaminación frecuente. En el verano, las intoxicaciones alimenticias que más se presentan son las que se deben a los bacilos productores de la fiebre tifoidea o de la paratifoidea o de las salmonelas en general. Se conocen más de ciento cincuenta variedades de microorganismos del género salmonel que pueden ser la causa de fiebres intestinales, septicemias o gastroenteritis graves.

La base del tratamiento de las colitis y de las indisposiciones gastrointestinales es la dieta. Al presentarse, lo primero que se debe hacer es suprimir toda clase de alimentos durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas, según la intensidad y la violencia del caso y la edad del enfermo. El adulto se limitará a ingerir en ese espacio de tiempo agua con limón, agua de arroz o té liviano. Después seguirá tomando leche agria. En las poblaciones en donde no se encuentre «yogourth», cosa frecuente en el verano, se debe agriar la leche con zumo de limón o tomar manzana rallada que no esté verde, pero sí cruda y sin cáscara, pepita ni corazón. En los días sucesivos puede irse añadiendo a la dieta algún huevo pasado por agua, pescadilla o merluza hervida. El arma terapéutica que utilizan los médicos contra estos gérmenes son ciertas sulfamidas que no se absorben en el intestino y algunos antibióticos, como la estreptomycin, la neomicina y la cloromicetina.

LA HORCHATA, BEBIDA ESTIVAL

La horchata es una exquisita bebida veraniega que tiene una gran importancia en la nutrición y salud de las personas por su doble virtud alimenticia y medicamentosa. Su procedencia es asiática. Nació y prosperó el hábito de tomarla en esas regiones cálidas del Próximo Oriente, en donde acucia la sed y crecen extensos almendros. Aunque utilizada por los griegos y romanos,

quienes generalizaron su uso en España fueron los árabes, cuya religión prohibía las bebidas alcohólicas.

La horchata constituye un alimento nitrogenado o hipoclorurado de primera categoría, que tiene una gran riqueza en vitaminas A, C y D. En un vaso de 200 gramos de horchata, en cuya preparación se hayan empleado 25 gramos de almendras, hay 6 gramos de proteínas, 13 de grasas y 2 de azúcares, que se convierten en 20 al endulzarse esta refrescante bebida.

Si no fuera por su escasez en calcio, se podría decir que es una leche vegetal.

La preparación de la horchata ha de ser inmediatamente antes de su consumición. No interesa la variedad de las almendras utilizadas. Lo que sí interesa es que sean naturales y dulces. Las tostadas son perjudiciales, porque sus componentes han sufrido considerables alteraciones químicas por la acción del calor. Las amargas son muy peligrosas, porque tienen ácido cianhídrico, que es un activísimo veneno.

Se considera que la ingestión de 50 a 60 almendras amargas son bastantes para envenenar a una persona mayor. Con una cantidad menor se produce dolor de cabeza y visión borrosa y doble. A los niños puede serles fatal un vaso de horchata que contenga alrededor de 10 almendras amargas, aunque esto depende de su edad y constitución orgánica.

Cuando se utiliza la horchata como alimento o como alimento-medicamento interesa que sea lo

DERECHO DE GENTES Y ETICA ESPAÑOLA

UE la historiografía, para algunos, no es ciencia exacta, es cosa tan demostrada todos los días que citar ejemplos sería casi como enunciar el orden natural de los números. En esto, el lugar primero, el sitio cabecero de la mala fe, la ha venido constituyendo ese monstruo histórico, nacido de las pasiones antiespañolas de los siglos XVIII, XIX y aun parte del XX, que tomó el nombre de «Leyenda negra». Nunca mejor y más precisos los vocablos: leyenda, por lo que de invención, de fantasía, de irrealismo encerraba; negra, por los matices, los tintes, las sombras oscuras como inalterables y únicos subrayados de los hechos.

Pero ha sido ahora, precisamente en las últimas décadas, cuando en distintos países se han venido llevando a cabo una serie de objetivos estudios sobre los clásicos españoles del derecho de gentes. Ello ha tenido su razón de ser en que los tiempos críticos del XV y del XVI están colocados históricamente, como hace notar Antonio Trujol en innegables situaciones de analogía con el mundo del siglo XX, ya que en ambos períodos cronológicos se dieron y dan parecidas circunstancias y problemas de organización de la sociedad en el ámbito nacional e internacional. Además, la hondura con que los teólogos y juristas españoles de la época trataron los problemas, su perspectiva, su fino juicio, han sido causa también de que la ciencia histórica y jurídica de nuestros días los tome como ejemplo, a manera de espejo, y adecuando las diferencias de tiempo y espacio, espurgue, cale, seleccione y aprenda de aquellos españoles que, cuatro o cinco siglos después, siguen siendo de la misma calidad que el apellido dorado que lleve el siglo en que vivieron.

Ahora, pues, en la mitad más sazónada del siglo XX, continuando las filas nobles de hispanistas, ilustres por decir simplemente la justa y pura verdad de los hechos, por hacer de la historia ciencia exacta, más aún, exactísima, sin interpretaciones

prepensadas, el doctor Joseph Höffner, catedrático de la Universidad de Münster, ha terminado y dado a la sagacidad del público un libro de auténtica historia: «La ética colonial española del Siglo de Oro». Y fué el Instituto de Cultura Hispánica el que, editándolo, ha puesto al alcance de la mano, del conocimiento y del idioma de los pueblos de la otra orilla del mar las verdades, los relatos y las narraciones del catedrático alemán, mente clara y decisiva, cúspide hoy de la ciencia histórica europea.

La edición alemana viene encabezada por tres palabras: «Christentum und Menschenwürde» («Cristianismo y dignidad humana»). Y de tres partes consta el trabajo: el fondo histórico espiritual de la ética colonial española del Siglo de Oro, su fondo histórico-político y el despertar de la conciencia cristiana. Si hubiera que sintetizar hasta el extremo, podría decirse que la primera contiene el entronque con el pasado, estableciendo la «mentalidad del orbis christianus medieval» con toda una serie visionada de las concepciones medievales acerca de la ordenación del orbe; la segunda expone el marco histórico de la época sobre el cual se van a asentar las firmes bases de la ética colonial española del Siglo de Oro, momento grandioso, presidido por la idea de lo nacional de la España unificada de los Reyes Católicos y de Felipe II, y la tercera analiza la gran labor misionera y legislativa de España en la descubierta América, pone de manifiesto la amplia elaboración sistemática de la problemática ético-colonial por la escuela española del derecho natural y de gentes, cuya obra y aportaciones son dignas de parangón y semejanza con las mayores hazañas políticas y militares de la España imperial.

Habla Höffner de esta «edad áurea de la escolástica española tardía». Juicio exacto, y no por elogioso desmesurado. «El influjo de la escolástica española sobre la vida espiritual y política de la España de entonces fué

mucho más importante y duradero que, por ejemplo, el de las modernas universidades sobre la vida pública de la actualidad.» La ética colonial escolástica, tal como pone de manifiesto el catedrático alemán, ha sido la que, «abandonando viejos derroteros», colocó la problemática filosófico-social sobre el suelo del derecho natural y, a tenor de la realidad contemporánea, admitió la soberanía de los Estados nacionales frente al Emperador.

Documento histórico de excepcional importancia, el libro del doctor Höffner tiene aún, como él mismo expresa, otra virtud, otra declaración honestísima de verdad: «En este nuestro siglo, en medio de los conflictos sociales de la hora actual, está reservada a la ética y política coloniales españolas del Siglo de Oro una lección de excepcional importancia. Sociólogos modernos piden que las políticas de salarios sean completadas con lo que ellos llaman "política vital". Sostienen que una pura y aislada política de salarios, aunque haga llegar a las manos de los obreros más dinero, no procura su felicidad. Es preciso considerar al hombre en el seno de su familia, de su vecindad, de su parroquia... Política vital significa, además, creación de viviendas, arraigo de los trabajadores en el muniten la fe católica. Sólo de escipio, en la cultura nacional, ta manera, por la integración en todas las esferas de la vida humana, encontrarán aquéllos su verdadera felicidad.»

La línea recta de España, quebrada, por desgracia, en los siglos de liberalismo, ha mantenido esta tendencia. La política colonial española del Siglo de Oro, con su Legislación de Indias, es ejemplo; la política social del Movimiento Nacional, bajo el caudillaje de Francisco Franco, imagen y semejanza. Como dice Höffner, la política de ciertos países de un lado y otro del Océano debía mirarse en España. De esta manera el hombre materialista, infeliz aunque perciba altos salarios, podría encontrar en los valores hispanos el modelo, la guía y la certeza.

suficientemente espesa para que pueda asemejarse a la leche corriente. De acuerdo con este criterio para la preparación de un vaso se toman de 20 a 40 almendras, según su tamaño, que sean frescas. Luego se escaldan con agua caliente para quitarles el pellejo, lo que se hace sin hervirlas, para evitar que se coagule su albúmina. Después se las parte y tritura en un mortero de piedra

hasta reducirlas a una pasta. Obtenida la pasta se le añade el agua que se desea, haciéndola pasar varias veces por un tamiz o exprimiéndola en una servilleta, si se desea que no lleve partículas gruesas. Para aumentar su valor nutritivo, en lugar de agua se puede usar suero de leche.

Las molestias de su preparación pueden evitarse recurriendo a productos industrializados de pas-

ta de almendras dulces, que se diluye en agua en el momento de su toma, lo mismo que se acostumbra a hacer con la leche condensada.

Uno de los puntos en que hay que tener más cuidado con la horchata de almendras es en el de su temperatura. Tomada caliente resultaría desagradable, muy fría suele ser perjudicial. Lo mejor es beberla tibia o algo más



Se debe comer menos, pero el menú debe ser restringido a costa de las grasas

bre todo, en los granos. Estos alcaloides son: cafeína, en un 3 por 100, y teobromina, en un 0,02 por 100. Además tienen un glucósido, la kolutina-cafeína, que en el estómago se desdobra en glucosa, cafeína y c tanoide rojo. El peligro de estas bebidas que contienen kola reside precisamente en su riqueza en cafeína.

El comportamiento dentro del organismo humano del café, del té y de estas bebidas que contienen kola es muy distinta. En la acción del café y del té existen, incluso en el organismo sano, grandes diferencias, que no pueden explicarse solamente por la cantidad de cafeína existente en ambas bebidas. Matcht supone que en el té la acción de la cafeína es inhibida y contrarrestada por una sustancia aromática, llamada adenina, que falta casi por completo en el café. En los experimentos se ha podido comprobar un manifiesto antagonismo entre la cafeína y la adenina con respecto a la irritación refleja en la respiración y la estimulación cerebral. En el café con leche, la leche y la lactosa despliegan una acción antagonista semejante. Por su parte, la pectina, la leche y el azúcar moderan igualmente la reacción del jugo gástrico, intensamente estimulada por la cafeína. Esto es muy interesante, porque a la cafeína se le achaca en muchas ocasiones la formación o el empeoramiento de una úlcera en el tubo digestivo.

Realizando experimentos en gatos con cafeína, administrando 100 mg. por kilo de peso, se ha conseguido producir úlceras en el estómago de estos animales. Tales úlceras se forman asimismo en el aparato digestivo del hombre con menos cantidad de cafeína; esto es, con 5 mg. por kilo de peso. Si el café se toma frío, la acción nociva de la cafeína es más intensa, porque provoca mayor secreción de jugos. Por eso es recomendable beber el café caliente. En todo caso el café más perjudicial es aquel que se toma cargado o negro, frío, solo y sin azúcar.

En cambio, el té es más inofensivo, porque su cafeína, ya de por sí escasa, es contrarrestada por la adenina, y también porque el té se ingiere casi siempre caliente.

mezclado con leche o endulzado.

Por el contrario, las bebidas refrescantes modernas que contienen kola son aún más nocivas que el café para la salud, porque su contenido en cafeína es de 35 a 36 mg. por cada 150 cm. cúbicos de líquido. Todos los inconvenientes citados en el caso del café y del té se encuentran reunidos en ellas. A saber: se beben frías, contienen una mínima cantidad de glucosa, insuficiente para neutralizar la cafeína, no están protegidas por la leche ni por la adenina y se ingieren en abusiva abundancia. El modo de evitar sus riesgos es tomarlas con moderación, o sea, un botellín al día por persona.

En todo caso yo propondría la industrialización y la higienización de nuestras típicas bebidas: la horchata y la limonada.



La horchata es un excelente alimento veraniego

si es verano. Entre las ventajas de la horchata de almendras hay una fundamental: no necesita agregarse otra sustancia para darle sabor. De esta forma se puede beber el café y de otras sustancias que pueden ser perjudiciales para los temperamentos nerviosos. Los organismos delicados, en todas las formas, la horchata puede sustituir a la leche en las preparaciones alimenticias, ya sea con yemas de huevo batidas, bizcochos o ga-

lletas. Esto convierte a la horchata de almendras en un alimento ideal para todas las personas, encontrando más contraindicaciones que las alteraciones de la digestión. En el caso de las diabetes, aun en este caso también se puede beber si se la endulza con azúcar. Por lo que se refiere a las enfermedades de este alimento, el consumo de este alimento ofrece un amplio campo de acción. La horchata está muy indicada en la úlcera de estómago, en la intestinal y asimismo en los procesos inflamatorios de la garganta, como la amigdalitis que se traga más fácilmente que otros alimentos. Se debe tener en cuenta que no se tome demasiada cantidad, ya que no se toleran bien las personas que tienen un intestino delicado. Se padecen dolencias febriles del aparato digestivo. Por este motivo los pediatras han encontrado la horchata muy útil en el tratamiento de ciertas alteraciones del intestino de los niños, bien sola o asociada al suero de la leche. En términos generales, los médicos la aconsejan en las enfermedades infecciosas febriles, pues no es tóxica, no aumenta la sudoración y favorece la eliminación de sustancias nocivas por la orina.

En Cataluña, las madres lactantes vienen utilizando desde hace mucho tiempo la horchata de almendras. Es muy recomendable en este caso, ya que aumenta las grasas del alimento natural infantil. Todo esto indica la gran importancia de la horchata de almendras en la alimentación, tanto de las personas sanas como de las enfermas.

EL DISCO ROJO DE LAS BEBIDAS REFRESCANTES

Ha llegado el momento de poner en guardia a mis lectores sobre ciertas particularidades de las modernas bebidas refrescantes que en estos días lanzan sus sensacionales «slogans» a lo largo y a lo ancho de la tierra. Indudablemente, estas bebidas refrescantes, preparadas con todos los rigores de la técnica y la higiene, por poderosas empresas, poseen irrebatibles virtudes que les permiten ir arrebatando adeptos día tras día a nuestra castiza limonada y a la estupenda horchata.

Las modernas bebidas refrescantes están exentas de alcohol, pero contienen kola, por lo que no son totalmente inofensivas si se ingieren a grandes y continuadas dosis, como se acostumbra, acuciados por el calor. Los árboles de kola pertenecen a la misma familia vegetal que el cacao. Las nueces de kola contienen alcaloides en la cubierta del fruto y, so-

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre,



EL MENU DEL VERANO

LAS COMIDAS Y BEBIDAS MÁS ADECUADAS EN LOS MESES DE CALOR

EL GAZPACHO Y LA HORCHATA, RECOMENDABLES DESDE EL PUNTO DE VISTA MEDICO (VEA PAGINA)